

ARTE, CIENCIA, Y EPISTEMOLOGÍA

Conversaciones con CÉSAR LORENZANO



Autores

CÉSAR LORENZANO

CLAUDIO ABREU

RAÚL CHULLMIR

UNTREF

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE TRES DE FEBRERO

Lorenzano, César Julio

Arte, ciencia y epistemología : conversaciones con César Lorenzano / César Julio Lorenzano ; Claudio Abreu ; Raúl Chullmir. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones Z ; Eduntref, 2020.

146 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4494-83-2

1. Epistemología. 2. Biografías. I. Abreu, Claudio. II. Chullmir, Raúl. III. Título. CDD 121

© 2020, César Lorenzano
www.clorenzano.com.ar

Diseño y diagramación: Bibi Lorenzano

Impreso en el taller de la Cooperativa de Trabajo El Zócalo Ltda.
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Libro de edición argentina.



Arte, ciencia y epistemología: conversaciones con César Lorenzano de César Julio Lorenzano, Claudio Abreu y Raúl Chullmir, tiene una licencia Creative Commons Reconocimiento NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

ARTE, CIENCIA Y EPISTEMOLOGÍA
conversaciones con **CÉSAR LORENZANO**

César Julio Lorenzano
Cláudio Abreu
Raúl Chullmir

INDICE

Prólogo	7
Gogui y yo - Una amistad duradera.....	9
Vida personal y familiar	15
Formación y trabajo en medicina	29
Militancia política de la juventud	37
Exilio	45
El regreso a Argentina	57
CBC y la filosofía de la ciencia en Argentina	63
Planificación académica	67
Gestión académica	75
Evaluación académica	79
Filosofía de la ciencia	83
Filosofía de la medicina	97
Filosofía del arte	117
Crítica de arte	129
Fotografía	133
Chef	143
Para terminar	145
Anexo 1	149
Anexo 2	153
Anexo 3	155
Bibliografía	157

Agradezco a Cláudio Abreu y a Raúl Chullmir, colegas con vuelo propio, que pensaran que mi vida y obra pudieran interesar a alguien más que a ellos mismos, y dedicaron muchos días en realizar esta larga entrevista que terminó como una conversación entre amigos.

La versión final agrega recuerdos de exilio y de viejas historias. Aunque desgrabada, revisada y pulida más de una vez, no por eso pierde ese aire de informalidad con que se realizó.

Recorrí a su compás el largo camino de mi vida, y mientras lo hacía, sentía la presencia de Graciela, mis hijos, mis padres, mis maestros, discípulos y amigos que compartieron conmigo hondas convicciones sociales, políticas, académicas, filosóficas, artísticas. He sido afortunado en tenerlos a mi lado. A todos ellos, gracias.

PRÓLOGO

Cesar Julio Lorenzano, filósofo y médico, es entrevistado en este libro por un filósofo, Cláudio Abreu, y un médico, Raúl Chullmir.

“Como egresados del Doctorado en Epistemología e Historia de la Ciencia de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, la UNTREF, hemos tenido la suerte de ir forjando una amistad con el profesor Lorenzano.

Estas *Conversaciones* han sido el resultado de apreciar que la vida y el trabajo de César eran un marco interesante para ser expuesto, no sólo para un público general atento al acontecer de la historia de nuestro país, sino también para el estudiante o graduado que quisiera acercarse a sus experiencias y al desarrollo de su labor como epistemólogo.

Este libro puede dividirse en dos grandes territorios. El histórico, que abarca los relatos que van desde su infancia y sus abuelos hasta su vida actual. Y el profesional y académico que involucra, además de su formación como médico, el cambio que realizó hacia el campo de la filosofía de la ciencia.

Fueron diez entrevistas de alrededor de tres horas cada una en su departamento de la avenida Rivadavia. Hemos preguntado con entera libertad a sabiendas que en nuestras indagaciones se incluían temas que no sólo iban a provocar en César alegría, sino también recuerdos que harían revivir en él momentos de profunda tristeza y melancolía. Así se fue desarrollando un cuestionario en el que se habló con entera libertad, sin importar el tema que se estuviera tratando.

Las entrevistas fueron desgrabadas y el material reordenado. Pues si bien teníamos un guion inicial, las charlas fueron siguiendo el curso del momento, dejándonos llevar por los sentimientos y curiosidades, en medio de algunos intervalos de café que la Sra. Fabiola nos iba acercando junto a alguna deliciosa torta de ricota. Charlas muy agradables que para nosotros han tenido un valor inestimable.

Creemos haber tocado todos los asuntos de interés. Si algún tema no se incluyó no fue por impedimento del entrevistado sino por nuestra propia falta. Tenemos a nuestro favor el que César sea dueño de una personalidad intelectual abarcativa, que nos ha hecho lidiar con nuestras propias restricciones. Son límites que ocasionalmente pueden percibirse dentro del texto.

Con una profundidad poco vista, César es uno de los epistemólogos de referencia en lengua hispánica y además, el creador y director de unos de los pocos posgrados de la región en el que se ofrece una sólida formación en historia de la ciencia y epistemología.

Para quienes conocen de cerca la obra de este filósofo, las *Conversaciones* pueden llegar a ser casi un curso de epistemología. Sería un curso peculiar, pues sin dejar de ser profundo, César se explaya en temas epistemológicos con el ritmo de una charla coloquial. Con la riqueza y paciencia que lo caracterizan, explica con palabras sencillas elaboraciones complejas cual río tumultuoso que llega a destino de un modo claro, transparente y tranquilo.

Estamos agradecidos con César, quien desde el primer curso de posgrado que nos impartió en la UNTREF nos abrió sus puertas, presentando frente nosotros las estimulantes dimensiones de una vida académica e intelectual solidaria. César es de una generosidad poco vista en el mundo intelectual. Nos abrazó como discípulos y lo hizo de un modo desinteresado.

Estamos felices por haber vivido, el filósofo y el médico, esta aventura junto al Dr. César Lorenzano, médico y filósofo.

Esperamos que estas *Conversaciones con César Lorenzano* resulten estimulantes y sirvan para conocer mejor su personalidad, su historia y su pensamiento.”

Cláudio Abreu

Raúl Chullmir

Buenos Aires, abril de 2020

GOGUI Y YO - UNA AMISTAD DURADERA

por C. Ulises Moulines

Su nombre oficial es César J. Lorenzano; pero para los amigos más cercanos, entre los cuales tengo el placer de contarme, su auténtico nombre siempre ha sido, y seguirá siendo, simplemente “Gogui”. (Desconozco el origen de esta apelación, pero eso poco importa.)

Como él mismo lo explica en la entrevista a continuación, Gogui y yo nos conocimos en 1976 en la Ciudad de México. Éramos prácticamente vecinos. Ambos vivíamos en la zona residencial denominada “Torres de Mixcoac”, un lugar no especialmente estético, pero sí práctico por diversas razones, entre otras porque no estaba muy lejos de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, (en comparación con las habituales distancias monstruosas en la Ciudad de México). Con frecuencia hacíamos juntos el camino hasta el Instituto de Investigaciones Filosóficas (“IIF”) de la UNAM. Tanto Gogui como yo éramos recién llegados en México, yo procedente de Alemania después de haberme doctorado allí, Gogui por haber huido con su familia de la dictadura militar en Argentina. En cierto modo teníamos en común el ser exilados víctimas del fascismo: Gogui de una manera obvia y directa, yo de manera indirecta por ser hijo de republicanos catalanes que habían tenido que huir de la pestilencia franquista. Claro que nuestras afinidades no se limitaban a estas circunstancias político-familiares. Desde el primer día que nos conocimos, Gogui me contó que, aunque su profesión oficial era la medicina, y especialmente la radiología, y que era como médico que se ganaba el sustento en el Hospital “20 de Noviembre” de la Ciudad de México, su pasión secreta (o no tan secreta) era la filosofía de la ciencia. También me contó que había comenzado a seguir cursos regulares de filosofía de la ciencia en Buenos Aires, bajo la tutela de Gregorio Klimovsky, quien lo había iniciado en la filosofía clásica de la ciencia, como heredero del positivismo lógico. Por mi parte, le expliqué a Gogui que, entretanto, se habían dado nuevos desarrollos en la filosofía de la ciencia, en parte impulsados por la obra revolucionaria de Thomas Kuhn, de la que Gogui había leído algo, en parte por el nuevo enfoque estructuralista iniciado por Joe Sneed y Wolfgang Stegmüller pocos años antes, del que Gogui aún no estaba enterado.

Desde el primer día que acompañé a Gogui hasta el IIF, lo introduje allí con algunos de mis colegas (los que podían ser más interesantes para él), le di informaciones sobre los seminarios y conferencias que se organizaban allí y, de manera más o menos informal, lo introduje en los rudimentos del

estructuralismo metacientífico y de su reinterpretación de Kuhn. Por todo ello Gogui mostró en seguida un gran interés. Se dio la casualidad de que, poco tiempo después de estos primeros encuentros, pude intervenir para que Joe Sneed fuera invitado al IIF por un par de semanas para dar algunas conferencias sobre el estructuralismo. Gogui asistió a ellas regularmente, y aunque la exposición de Sneed era, en ocasiones, bastante técnica y difícil de seguir, para mi sorpresa Gogui fue uno de los asistentes a las conferencias que mejor las siguió, planteándole a Sneed preguntas y comentarios muy pertinentes. También a nivel personal se estableció un genuino vínculo de amistad entre Joe y Gogui.

Ciertamente, Gogui aprendió cosas de mí, pero también yo aprendí cosas de él, en particular sobre la filosofía de la medicina. En aquella época, yo estaba convencido, como la inmensa mayoría de mis colegas en filosofía de la ciencia, que no podía haber una filosofía específica de la medicina, porque ésta, o bien era, en sus aspectos más teóricos, una rama de la biología aplicada, y por lo tanto su filosofía quedaba englobada bajo el rubro “filosofía de la biología”, o bien consistía, en sus aspectos más prácticos, en un conjunto amorfo y ateórico de recetas, algo parecido al arte culinario o a la carpintería. Debo a Gogui el que me hiciera comprender, tanto con base a consideraciones metateóricas generales, como aduciendo ejemplos concretos, que la medicina (al menos una gran parte de ella) es una ciencia teórica autónoma, no reductible a las teorías biológicas existentes. Incluso me demostró detalladamente la existencia de un concepto teórico genuino específico de una determinada teoría médica, no definible en términos observacionales ni reductible a conceptos biológicos previos: el concepto de stress. Desde entonces he abandonado mi visión simplista de la medicina, y me alegra que Gogui mismo indujera ulteriormente a algunos de sus discípulos a que desarrollaran reconstrucciones estructuralistas de ciertas teorías médicas, que no tienen nada que envidiar, en lo que se refiere a su rigor formal y a su adecuación metodológica, a las numerosas reconstrucciones estructuralistas existentes de teorías físicas, biológicas o de otras ciencias.

A partir de esa época, Gogui y yo empezamos a encontrarnos regularmente, no sólo en el Instituto, sino también, puesto que éramos casi vecinos, en las Torres de Mixcoac, ya fuera en mi apartamento, o bien en el suyo, donde tuve ocasión de conocer a su esposa Graciela, tan gentil como culta, además de excelente artista, así como a sus cuatro hijos. Uno de ellos, Pablo, era entonces un adolescente más bien tímido, de quien nadie podía prever (o al menos yo no) que con los años se convertiría en uno de los filósofos de la ciencia más prominentes de Latinoamérica...

A partir de mediados de 1977, mis contactos con Gogui disminuyeron drásticamente, no por razones personales o filosóficas, sino simplemente geográficas. En efecto, pasé primero un año como profesor invitado en California, y a renglón seguido otro año como investigador invitado en la Universidad de Bielefeld, en el Norte de Alemania. Fue sólo hacia fines de 1979, a mi regreso a México, que se reanudaron nuestros contactos asiduos. Algo después, les presenté a Gogui y a Graciela a mi esposa Adriana, con quien en seguida establecieron, como se dice, “buena química”. Los cuatro nos encontrábamos con frecuencia para cenar. Adriana trabó amistad no sólo con el matrimonio Lorenzano, sino también con sus cuatro hijos, e incluso con el perro que se habían traído de Argentina, cuyo nombre no recuerdo, pero que se caracterizaba por ser muy cariñoso y por reírse cuando nosotros nos reíamos de algo (al menos ésa era la interpretación que daba Gogui a las muecas del hocico del perro.) También invitamos a Gogui y a Graciela con frecuencia a nuestra casa, y alguna vez Adriana puso en el tocadiscos música de tango, a lo cual Gogui y Graciela reaccionaron inmediatamente poniéndose a bailar con un ritmo inigualable y con auténtica compenetración. Me percaté entonces, para mi asombro, de que Gogui no sólo era un excelente filósofo y médico, sino también un tanguista imbatible...

A partir de 1984, mis contactos con Gogui volvieron a espaciarse mucho, de nuevo por razones estrictamente geográficas. En efecto, Adriana y yo emigramos definitivamente a Bielefeld, en cuya Universidad obtuve la cátedra de filosofía de la ciencia. Poco después, la familia Lorenzano se reintegró a su país natal (la pesadilla de la dictadura se había desvanecido), por lo que, aunque Adriana y yo íbamos de vez en cuando a México a pasar las vacaciones, tampoco nos podíamos encontrar con ellos.

En 1988 fui nombrado catedrático de Filosofía e Historia de la Ciencia en la Universidad Libre de Berlín. Algunos años después, Pablo, quien entretanto se había licenciado en Filosofía en la UNAM y se había dejado convencer por su padre de que el mejor enfoque metodológico en el mercado es el estructuralismo, decidió ir a doctorarse en Berlín, bajo mi dirección. El tema de su tesis fue una reconstrucción histórica y metodológica de la genética mendeliana, obra de gran rigor tanto formal como historiográfico dentro del más fiel espíritu estructuralista. Yo no pude asesorar a Pablo en sus estudios de doctorado con toda la asiduidad que hubiera querido, pues entretanto me habían nombrado Director del Instituto de Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Múnich. Pero de vez en cuando yo podía ir a Berlín, o bien Pablo se las arreglaba para venir por unos días a Múnich, y así podíamos discutir mejor el desarrollo de su

trabajo. Fue durante esta época, cuando Pablo hacía sus estudios de doctorado, que Graciela y Gogui vinieron a pasar unos días en Berlín. Una institución cultural berlinesa había invitado a Graciela (quien ya gozaba de gran renombre artístico) a que expusiera sus obras plásticas en una galería en la parte oriental de la ciudad (hacía poco que había caído el muro). En esa ocasión, Graciela nos obsequió a Adriana y a mí en con una de sus últimas obras, una escultura de una belleza y originalidad insuperables, un tesoro artístico que nos ha acompañado en nuestros diversos domicilios desde entonces y que ocupa actualmente un lugar destacado en nuestra casa de Auxerre. Después de esta breve estancia de los Lorenzano en Berlín, habrían de pasar bastantes años sin que yo viera a Gogui, pero claro que mantuvimos el contacto epistolar. Entre otras cosas, en cuanto salió publicada mi primera y única novela, “Antes del olvido” envié un ejemplar dedicado de la misma a la familia Lorenzano. Gogui la leyó con suma atención y empatía, y me hizo comentarios muy pertinentes. Muchos años después, en 2014, Gogui volvió a un análisis muy fino de “Antes del olvido” a través de un intercambio epistolar conmigo. Este intercambio ha sido publicado recientemente en la *Festschrift* dedicada a mi persona y compilada por José Díez bajo el título *Exploraciones pluralistas – Las filosofías de C. Ulises Moulines*.

A partir de 2003, Adriana y yo empezamos a pasar temporadas más o menos largas en Auxerre, una encantadora ciudad medieval de la Borgoña, donde habíamos comprado una casa con un gran jardín. Fue cuando la casa ya estaba habitable, que Gogui y Graciela, aprovechando un viaje por Europa, vinieron a visitarnos y a pasar unos días con nosotros. Graciela estaba ya muy enferma, y todos intuíamos que su fin estaba cerca; pero fue un consuelo que todavía pudiéramos gozar de su compañía por unos días, que disfrutara de nuestro jardín primaveral, y poder mostrarle los encantos de Auxerre y sus alrededores. Fue la última vez que vimos a Graciela.

Mis contactos personales con Gogui volvieron a ser un poco más regulares a partir del momento en que los estructuralistas hispanohablantes decidimos que sería bueno organizar simposios estructuralistas cada dos años, para intercambiar resultados y ver qué perspectivas se abrían. El primero de estos simposios tuvo lugar en Zacatecas (México) en 1999, y desde entonces se han seguido dando regularmente, a veces en México, en ocasiones en Argentina, o bien en España, e incluso una vez en Auxerre. Por diversas razones, ni Gogui ni yo pudimos asistir siempre a dichos simposios, pero sí con cierta frecuencia, para comprobar que nuestra amistad seguía incólume como siempre. Mi último encuentro con Gogui fue en un simposio organizado en Salamanca en 2017. Tengo la firme esperanza y el firme convencimiento de que ésa no será la

última vez que, una vez superado el coronavirus de marras, volvamos a coincidir en algún lugar de éste o del otro lado del Gran Charco.

La firme amistad entre Gogui y yo se basó desde el principio no sólo en una indudable afinidad personal, sino también en que compartimos una serie de intereses – estéticos, culturales, políticos y por supuesto filosóficos. Ahora bien, ello no significa que coincidamos en todo. En particular, en filosofía de la ciencia y en epistemología general desde el principio tuvimos divergencias, las cuales ya en México discutíamos acaloradamente (para sorpresa de nuestros comunes amigos mexicanos, que no comprendían que dos individuos que se “peleaban” tanto, pudieran ser tan buenos amigos...). Por supuesto, Gogui y yo coincidimos en nuestra admiración por la obra de Kuhn y por adherirnos a los principios básicos de la metateoría estructuralista. Pero al entrar en el detalle del desarrollo de la metodología estructuralista de reconstrucción de teorías, empiezan las divergencias. Ellas se deben en lo esencial a diferencias en nuestras respectivas posiciones ontológicas, o para ser más precisos y empleando un neologismo bárbaro que he acuñado en algún escrito anterior, se trata de divergencias en nuestra ontoepistemosemántica, y ello independientemente del programa estructuralista, al que, repito, ambos nos adherimos. No es éste el lugar para discutir a fondo las divergencias filosóficas entre Gogui y yo,

El propio Gogui nos dice en dicha entrevista que él se considera materialista, fisicalista y nominalista. Por mi parte, en cambio, soy decididamente anti-materialista, anti-fisicalista y platonista.

Sé que no lograré hacerle cambiar de opinión. Pero eso es lo de menos. Lo importante es formular e intercambiar nuestros desacuerdos, bajo la capa de la amistad que siempre nos ha vinculado.

Auxerre, abril de 2020

VIDA PERSONAL Y FAMILIAR

Raúl Chullmir: Empezamos con la vida personal. ¿En qué tipo de familia nace César Julio Lorenzano?

Nací en una familia en la que mi papá era médico, y mi mamá maestra. Mi papá provenía de una familia italiana muy pobre. Pudo estudiar medicina en Rosario, porque en Santa Rosa, donde vivía, ganó las elecciones el partido socialista, que entre otras medidas ofreció una beca para que siguiera estudios universitarios el mejor alumno secundario. La ganó papá, considerado históricamente el mejor alumno de la primaria y de la secundaria de Santa Rosa. En Rosario pudo estudiar durante tres años con esta beca, hasta que el Partido Socialista decide cobrarle impuestos a la Iglesia y se interviene la municipalidad. Papá se quedó sin beca, pero ya a esa altura era el mejor alumno de la Facultad de Medicina y ganó el puesto de practicante mayor en el hospital universitario, un cargo con sueldo y con vivienda adentro del hospital. Preparaba las historias clínicas, ayudaba a dar clases, daba clases él mismo e investigaba junto con los profesores de clínica los tratamientos para la tuberculosis. Pero tuvo tan mala suerte que hizo una tuberculosis muy severa y permaneció internado en el hospital durante un año y medio. Pasaban los compañeros delante de la fila de las camas de la sala de internación y decían “este se muere pronto”. Se hacía sin que nadie lo ayudara los neumotórax -uno de los pocos tratamientos para la tuberculosis en una época en la que no había medicamentos específicos-. El aire inyectado en la pleura reducía de tamaño el pulmón para que reposara y curara. No solo no muere. Cura definitivamente con calcificaciones y adherencias visibles en la radiografía de tórax que lo acompañan hasta los 87 años. Finalmente vuelve a Santa Rosa y en Santa Rosa funda el primer centro mater no-infantil –como iniciativa de ONG diríamos ahora– preparando leche maternizada (baubere) y comenzando a imponer la hidratación en las diarreas infantiles.



Figura 1: César Lorenzano a los 4 años en Coronel Charlone, provincia de Buenos Aires

Mi mamá era también de familia italiana, aunque acomodada, al contrario de la de mi papá. Mi abuelo materno decía con orgullo que viajó a Argentina en la segunda del barco, y no en la clase común de los inmigrantes. Se instaló en Santa Rosa con un corralón de cerveza, carbón y soda. Mi mamá estudió magisterio, se recibió de maestra, se casó con papá a sus veinte años y se instalaron primeramente en Coronel Charlone, un pueblito pequeño de 600 habitantes en el oeste de la provincia de Buenos Aires, a pocos kilómetros de General Villegas. Nací en Santa Rosa, porque mi mamá fue a tenerme a la casa paterna, junto a mi abuela.

Mi abuelo paterno era calabrés. Salió de Italia, sospecho, perseguido. Era la época de alzamientos campesinos en el sur de Italia, reprimidos hasta su exterminación. Una película con Marcelo Mastroiani, "Allonsanfan" -dirigida por los hermanos Taviani en 1974-, narra esta historia. Eso hizo de la zona sur de Italia un lugar subdesarrollado. El abuelo fue a parar a Brasil. Allí trabajó en una fazenda, como se llama a las grandes extensiones de tierra dedicada a diversos cultivos, como el arroz, donde los trabajadores eran explotados de manera similar a los obreros de los yerbatales en Argentina. La patronal tenía la tienda de raya donde debían comprar obligatoriamente, contrayendo una deuda que nunca saldaban. Si alguna vez pedían sus sueldos –cosa que hizo el abuelo–, se lo daban, pero eran perseguidos por los matones de la fazenda que los mataban, les sacaban el dinero y regresaban con el botín. Los matones encontraron al abuelo en un bar a una distancia de la fazenda y lo balearon dándole por muerto. Muchos años después me mostraba las cicatrices redondas que le dejaron las balas. El abuelo se transformó en una especie de Robin Hood que llegó a tener más de 50 hombres a caballo para defender a los italianos explotados del sur de Brasil. Ahí conoce a su esposa y la rapta (era la tercera hija y no la dejaban casar). La costumbre italiana era que se casaban las dos mayores y la que no, se quedaba a cuidar a los padres. Deja Brasil con mi abuela atravesando todo el Litoral argentino para llegar a Buenos Aires y de ahí a Santa Rosa donde se instalan definitivamente. Su primer hijo nace en San Pablo, en Brasil. Todas las familias de la época eran numerosas, y la mía no fue una excepción. En Santa Rosa nacen siete hijos más; mi papá es el primero de la serie. Mi abuela muere joven y el abuelo se encuentra sin saber qué hacer para criarlos. Trabaja en un obraje de caldén, un árbol de madera dura similar al quebracho, autóctono de la Pampa, con bosques que ocupaban el 24% del territorio, hoy perdido en más de sus dos tercios. El abuelo era un líder nato. Desde el obraje llegaba con los compañeros de trabajo a Santa Rosa para participar en los actos del partido socialista, al que votaban. En el obraje, recibía y daba trabajo a los italianos que venían huyendo de distintos lugares del mundo.

Posteriormente, trabaja como albañil. Él y su hijo mayor, Domingo –también albañil– se inscriben en el instituto técnico de Santa Rosa, recibéndose de Maestro Mayor de Obras, que los habilitaba a firmar planos de edificios de una planta. Bueno esa es la historia de mi familia paterna. Pobre, rebelde. Con escaso capital cultural. Pero constante y muy capaces. Al contrario de la acomodada familia materna, con concertistas de piano y cantantes de ópera en Italia. El nono Ferro escuchaba los conciertos del Colón en su primitiva radio a galena, principalmente los de ópera.

R. C.: ¿Cómo se llamaba su abuelo?

Serafín, como mi papá.

R. C.: ¿Y su abuela paterna?

Teresa Esposada.

R. C.: ¿Y sus abuelos maternos?

Joaquín Ferro.

R. C.: Joaquín y ¿su abuela?

Ida Rivera

No la conocí. No conocí a ninguna de las dos abuelas. Tengo un recuerdo imposible de mi abuela Ida al lado de la cama, cuando nací. Hasta el día de hoy la imagen se vuelve a presentar, y la siento verdadera.

Y de su infancia...

Mamá contaba siempre que lo veía pasar a papá desde la ventana rumbo a la escuela, con sus pantaloncitos cortos, unas zapatillas gastadas, sin siquiera calcetines que atenuaran el frío del invierno pampeano. No obstante, fue el mejor alumno.

R. C.: ¿Cuánto se llevaban de edad?

Siete años.

R. C.: De su infancia, ¿qué es lo más antiguo que recuerda?

Mi recuerdo más antiguo es de Coronel Charlone donde viví mis primeros tres años. Es un pueblito de tierra. Lo que recuerdo es que en la casa de al lado vivía un catalán, Juan Mutt y Ema, su mujer, mucho más joven, muy amigos de mis padres. Además, su casa tenía como casi todas las casas, unos terrenos enormes en los que plantaban de todo un poco. Los recorría como si fueran un mundo encantado. Aunque apenas levantaba una pulgada del suelo, debía tener la obstinación y la determinación de los Lorenzano, porque

recuerdo que, si discutía con mi mamá entonces me iba “a lo del turco Mafud” (así lo decía a mis tres años), a admirar los animalitos domésticos –gallinas, conejos– y los árboles frutales, las plantaciones de tomates, lechuga, perejil. Pero lo que quizás más me impresionó y recuerdo de esa época era que en lo de los Mutt estaba la usina del pueblo, una dinamo que daba luz de 6 a 9 de la noche y se acabó, a dormir todo el mundo. Salvo los sábados que había cine en el club del pueblo donde pasaban películas.

R. C.: Más o menos, ¿en qué año era eso?

1940.

R. C.: ¿Dónde hizo la escuela primaria?

La primaria la hice en Trenque Lauquen. Cuando tenía cuatro años papá se mudó desde Charlone a Trenque Lauquen e instala su consultorio. Ahí estaba un hermano y con él habían comprado un hotel: el Hotel Trenque Lauquen. Mamá, que era maestra, comienza a dar clases en la Escuela N°3. Una escuela alejada del centro en la que cursé primero inferior, en la que había enseñado Almafuerte, un gran poeta, muy reconocido, que cuenta que fue a sembrar abecedario allí mismo donde se siembran los triguales. Todavía recuerdo uno de sus “Sonetos medicinales”, que recité en alguna festividad escolar:

*No te sientas vencido ni aun vencido,
no te sientas esclavo ni aun esclavo;
trémulo de pavor, piénsate bravo,
y acomete feroz, ya malherido.*

*Ten el tesón del clavo enmohecido
que ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo;
no la cobarde intrepidez del pavo,
que amaina su plumaje al primer ruido.*

*Procede como Dios, que nunca llora:
o como Lucifer, que nunca reza;
o como el robledal, cuya grandeza
precisa del agua y no la implora...
Que muerda y vocifere vengadora,
ya, rodando en el polvo, tu cabeza!*

En esa escuela inicié mi carrera pública de recitador. De chiquitito recitaba poemas. Otros habituales en las festividades eran unos hermanos descendientes

de indígenas de la región, muy talentosos, que tocaban la guitarra, cantaban, bailaban el pericón, zapateaban, y que años después tuvieron fama como los “Indios Tacunau”.

R. C.: ¿Le gustaba la escuela? ¿Le gustaba ir a la escuela?

Me encantaba. Después pasé a la Escuela N° 2 que quedaba en el centro de Trenque Lauquen, donde mamá también era maestra.

R. C.: ¿En qué grado era eso?

En primero superior. Aprendí a leer y a escribir en el jardín de infantes, aunque fui muy poco. Hay una anécdota que cuenta papá. Me mandaron a los cuatro años, o algo por el estilo, y tenía tal cara de aburrido que a papá le dijo a mamá: “a ese chico idiota no me lo mandes más a hacer el jardín”. Siguiendo la tradición familiar fui el mejor alumno de la primaria y el mejor alumno de la secundaria. En el año '54 me inscribí en la Facultad de Medicina... tenía 17 años.

R. C.: Cuénteme, ¿su papá se había inscripto en el Partido Socialista?

Papá fue becado por el Partido Socialista pero nunca militó. Nunca pude reconstruir esta parte de la historia, pero recuerdo que comentaba amargamente el vacío que le hizo la gente del Partido Socialista cuando regresó graduado. Año 1934, plena crisis de los años '30, la primera gran cosecha que hubo no se pudo vender porque estaba en crisis su principal mercado que era Inglaterra. Se construyeron silos. El siguiente año hubo otra gran cosecha que tampoco se pudo vender, entonces se utilizó el trigo y el maíz para alimentar la caldera de las locomotoras.

Papá, ante la indiferencia del Partido Socialista, es captado por el caudillo conservador de la época, quien les consigue trabajo como agentes penitenciarios a dos de sus hermanos. Otro de los hermanos, el menor, entra por concurso como telegrafista, ascendiendo por su capacidad a Inspector General de Telégrafos del Estado. Papá ya era médico y estaba instalado en Santa Rosa en la sala materno-infantil.

R. C.: ¿Él trabajaba en el hospital en la sala materno-infantil y tenía su consultorio en su casa?

Sospecho que sí. Esa es una etapa que no la viví. Los relatos nunca son muy completos, ¿no?

R. C.: Pero digamos, ¿qué orientación política tenía?

Conservadora.

R. C.: Era conservador. ¿Qué partidos apoyaba? ¿Quién era el candidato en esa época?

En la Provincia de Buenos Aires el gobernador era Fresco. Era la época del “fraude patriótico” llamado así porque las elecciones eran amañadas para que nunca ganaran los candidatos de la oposición. Cosa muy curiosa, uno de sus grandes amigos era un escribano de nombre Simini, también conservador, que cuando nace el peronismo –igual que muchos conservadores– pasa a integrar los cuadros intelectuales del peronismo. Elegido diputado, Simini llega a ser presidente de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires. El peronismo se nutre de dos raíces: el laborismo de Cipriano Reyes y el Partido Conservador, por eso el vicepresidente de Cápura era Solano-Lima, un conservador popular. Fresco, en la provincia de Buenos Aires, era también un conservador popular; un caudillo que hoy se llamaría un populista conservador. La gobernación fue aceptablemente buena. Impulsó la industria, creó escuelas, etc., pero con fraude. Barceló, de Avellaneda, era uno de los caudillos conservadores más conocidos. Hay una historia poco difundida que comienza cuando aproximadamente en 1915 Gardel sale de festejar su cumpleaños y un sicario le pega un tiro en el tórax. Gardel salva su vida con transfusiones y cirugía, quedando con mucho temor a un próximo atentado. Le pide ayuda a Barceló, quien encarga a su guardaespaldas, Ruggierito, que se ocupe del asunto. Ruggierito se entrevista con quienes supuestamente eran los responsables del atentado. Las amenazas desaparecieron. Gardel empieza a concurrir y a cantar en los actos conservadores atrayendo gente. Un aspecto poco conocido de un cantante popular que pasa a militante conservador.

R. C.: ¿Cuántos hermanos son ustedes?

Dos.

R. C.: ¿Cómo se llama su hermano?

Luis, ocho años menor.

R. C.: ¿Se hablaba de política en la casa?

Siempre. En la casa y todas las noches cuando salíamos a pasear en coche, cuando papá terminaba el consultorio.

R. C.: ¿Qué auto tenía? ¿Se acuerda? Negro seguro...

Debería ser un Ford. Casi seguro que era un Ford porque papá era hincha de los hermanos Gálvez mientras que Fangio era de Chevrolet. Escuchábamos las carreras por radio. Era la época de las carreras en las carreteras con coches comunes preparados para rendir mucho más.

R. C.: ¿Cuál fue el primer libro que leyó? O por lo menos que se acuerda.

Lo que recuerdo era la colección de Historia de Billiken. Eran distintos volúmenes de Historia de Grecia, Roma, etc. Y la gran colección del Tesoro de la Juventud. El primer libro importante que leí debe haber sido en quinto grado: El Santo de la espada que es la historia de San Martín escrita por Ricardo Rojas. Corría el año 1950, año del sesquicentenario del nacimiento del Libertador. Fue el último año que concurrí a la Primaria y después entré a la Secundaria en Trenque Lauquen.

R. C.: ¿Cuándo viene a Buenos Aires?

En el '54.

R. C.: ¿Vino a estudiar Medicina?

Claro. No había otra cosa.

R. C.: ¿En qué sentido no había otra cosa?

No había otra cosa para estudiar; estudiabas Ingeniería, Abogacía o Medicina. Papá era médico... Seguí el deseo de mi padre.

R. C.: ¿Dónde vivía en Buenos Aires y con quién?

En primer año era un chiquilín. Vivía en la casa de una tía hermana de mi mamá en Floresta. Estuve ahí solamente un año porque mi cuarto lo tuvo que ocupar mi prima Chita cuando se casó. Su marido era teniente primero del Ejército. Mi primo Osvaldo, su hermano, era médico. Papá, que había tenido un éxito grande como médico, había juntado capital y comprado un edificio de 12 departamentos –pequeños departamentos que todavía existen– en Estados Unidos y Av. Jujuy. Uno de esos se desocupó, era el primero al frente, y ahí fui a vivir solo. Dos habitaciones, baño, cocina, un patiecito con lavadero y un patiecito exterior.

R. C.: ¿Cómo la conoció a Graciela?

En la Facultad de Medicina. Estudiaba Medicina.

R. C.: Estudiaba Medicina también.

Lo primero que hago cuando me inscribo es relacionarme con el semi clandestino Centro Universitario de Medicina CUM, el centro universitario no peronista, que funcionaba en un viejo edificio en la calle Viamonte y Uriburu. Lo integraban agrupaciones estudiantiles que respondían a diferentes corrientes políticas: el ADER, rama de la Federación Juvenil Comunista; el MUR, en el convivían socialistas y radicales; el Humanismo, formado por

corrientes democristianas, algunas lindando con la derecha más extrema; y finalmente el ARU, Agrupación Reformista Universitaria, en el que coincidían las más variopintas corrientes de la izquierda no comunista: marxistas independientes, anarquistas, miembros de PRAXIS –fundado por Silvio Frondizi, teórico de origen marxista, hermano de Arturo, futuro presidente de la nación, y de Risieri, futuro rector de la UBA-, y otros como yo, que buscaban un mundo mejor.

Nos enfrentábamos a la derecha peronista y a la Alianza Libertadora Nacionalista que ocupaban el hermoso edificio del Centro de Estudiantes de Medicina -hoy Centro Cultural Rojas de la UBA- al que habían pertenecido figuras notables como José Ingenieros, José María Ramos Mejía, que eran médicos, pero también filósofos y escritores.

R. C.: En esa época la mayoría de la universidad era antiperonista.

Toda la universidad era antiperonista.

R. C.: Pero me iba a contar cuando fue la primera vez que la vio a Graciela.

Ella pertenecía al ADER y yo al ARU.

R. C.: ¿Estamos hablando de qué año? ¿En qué año estaba de la facultad?

Empecé en el '54 y esto sería '55 ó '56. Estaría en segundo o tercer año.

R. C.: O sea que empezó a militar más o menos pronto.

Inmediatamente.

R. C.: ¿Por qué?

¿Por qué no?

R. C.: Pero bueno, no todo el mundo militaba en esa época.

Y en esta época tampoco.

R. C.: En esta época tampoco. Pero ¿qué fue lo que lo impulsó a militar?

Mirá, nunca me pregunto porqué hago las cosas. Soy el único de mi generación que nunca se psicoanalizó ni fue psicoanalista. ¿Por qué lo hice? No lo sé.

R. C.: Sigamos con Graciela. Estaban en dos agrupaciones distintas en el '56 y ¿cómo la conoció?

El núcleo de militantes universitarios era muy chico, no había tanta gente. Era muy natural que nos conociéramos porque había asambleas. Cae Perón y eso fue una efervescencia muy grande. Nosotros –ARU– nos quedamos con lo que era la sede del CUM. Comienza la lucha “libre-laica” y empieza el gobierno

tripartito paritario dentro de la universidad, así que intervenimos en las elecciones. Estábamos todos juntos y todos éramos miembros del centro universitario.

R. C.: Bueno, pero usted la vio a Graciela y la eligió.

No inmediatamente. Demoramos como tres años en...

R. C.: Se veían como si fueran amigos, compañeros.

A veces nos encontrábamos en el comedor de la facultad y conversábamos.



Figura 2: César y Graciela, 21 de septiembre, festejo del día de la primavera de 1958.

R. C.: ¿Qué pasó? ¿Cómo terminó siendo su novia?

Es toda una historia. En el año '57 Graciela va al Festival de la Juventud de Moscú. Fue con la madre que liquidó el departamento para poder pagarse el viaje y estuvieron seis meses recorriendo Europa. Entre otros lugares, además de ir a Italia, fueron a París varios meses, dos o tres meses. Vivían en un hotel 2 estrellas en el que se hospedaban entre otros, estudiantes latinoamericanos, y el cubano Nicolás Guillén, gran poeta que luego de la revolución fue ministro de cultura. Mi futura suegra, que cocinaba con un calentador para abaratar la estadía, compartía su comida con estudiantes amigos de Graciela y con Guillén, con el que traban una sólida amistad. Un par de años después Guillén viene a Buenos Aires. Tengo una

foto de la fiesta de cuando mi suegra cumplió 50 años y está Nicolás en la mesa con nosotros.



Figura 3: En 1959. Festejo de los 50 años de la mamá de Graciela, Luisa Paley. La fotografía muestra un extremo de la mesa del festejo y en ella se ven Luisa Paley, César y el poeta Nicolás Guillén.

Guillén era el poeta del PC y todavía no había habido Revolución Cubana –y estaba cansado de ser llevado de aquí para allá por el Partido Comunista–. Así que aceptó gustoso la fiesta que le organizamos en el ARU. Cantamos, comimos empanadas, tomamos vino. Nicolás nos emocionó con sus poemas. Recuerdo que Daniel Hopen, que en ese momento tenía 16 años (y yo era un hombre de 19) decide recitar un poema. Nicolás escuchaba atentamente mientras Daniel, con toda la irreverencia de sus 16 años, decía:

*“Una lágrima derramó Berta,
Berta derramó una lágrima,
una sola lágrima derramó Berta
¿por qué Berta derramó una lágrima?
Porque Berta era tuerta”.*

Nicolás se moría de risa. (Veinte años después Daniel es asesinado por la dictadura militar. Lo recuerda una calle de Mar del Plata).

Salimos juntos de la reunión Graciela y yo. En esa época había dejado el departamento de la calle Estados Unidos y vivía en un departamento en Av. Santa

Fe al 2400. Pasamos por casa y, a partir de ese momento, no nos separamos más. La madre estaba en otro viaje.

R. C.: ¿Y Graciela se recibió?

No. Graciela había estado un año en Exactas. No le gustó. Estuvo dos o tres años en Medicina y no se recibió. Creo que no tenía el menor interés, ¿no? La mamá, como buena idishe mame, ya que no tenía un hijo médico quería tener una hija médica.

R. C.: ¿Y cuándo se casaron?

Apenas cumplí los 22 años. Cumplí 22 años el 9 de julio del '59. Me casé el 10. Había adquirido el compromiso ante mi padre de terminar de recibirme en diciembre. Me recibí en diciembre del '59 y juré en marzo del '60.



Figura 4: 10 de julio de 1959. Graciela y César a la puerta del registro civil donde se casaron.

R. C.: Hizo la carrera en cinco años, entró en el '54 y se recibió en el '59.

Di un año libre, ya no me acuerdo muy bien cómo era la historia. Tendría que revisar los papeles, pero más o menos fue así. Di un año libre porque, entre otras cosas, había perdido un año por las huelgas provocadas porque el go-

bierno de Frondizi implantó la educación privada universitaria. Rendí 23 exámenes el último año.

R. C.: Muy bien. ¿Su primer hijo lo tuvo en el año?

En marzo del '60 nació Sandra. No había cumplido un mes cuando fue con Graciela a mi jura de graduación en el salón de actos de la facultad.

R. C.: ¿Después quién nace?

Pablo, dos años después, pero ya me había instalado en El Talar de Pacheco

R. C.: ¿Qué fue ser padre para usted siendo tan joven? Recién había empezado su carrera como médico.

Ser padre... Simplemente era padre. Una de las cosas que debo haber heredado de mi viejo. Mi papá siempre se hizo cargo de su familia, fueran lo que fueran las circunstancias y debo haber heredado eso porque siempre fui muy responsable de la mía.

R. C.: No le interesó que siguieran Medicina ni mucho menos, ¿o tuvo ganas de que alguno siguiera?

No. Nunca. No les marqué o impuse un camino. Uno de los golpes más fuertes que me dio la vida después de la muerte de los pacientes que operé, ocurrió a los nueve años de recibido, es decir, cuando terminaba de cursar gastroenterología. Tuvimos una nena que muere a los tres días de haber nacido. Era una nena preciosa. Tuvo una hemorragia cerebral intraparto.



Figura 5: Con una compañerita más alta, Sandra y Pablo saliendo del jardín de infantes.

R. C.: ¿Eso fue después de Pablo?

Pablo tenía siete años, Sandra nueve. Una nena hermosa que yo sabía, su-
pimos todos, que iba a morir rápido. Así que hice mi segunda gran depresión
que me duró tres años. Por suerte luego nacieron Bibí y Daniel.

R. C.: Y la primera cuál fue, porque usted dice “la segunda”.

Al poco tiempo de haberme recibido cuando muere de poliomielitis una
persona que quería muchísimo. Era una prima mía muy muy querida. Además,
debo haber sentido el shock de instalarme, trabajar como médico, etc.

R. C.: Es mucho más duro de lo que parece.

Es. En esa época empecé a hacer fotografía, cine.

R. C.: O sea no es que largó, pero sí que empezó a dedicarse a otras cosas.

Siempre me dediqué a otras cosas.

R. C.: Aja, porque esta es la primera que las nombra además de la militancia.

La militancia me llevó a leer. Digamos que para cuando me recibí había
leído unos 300 libros de política. ¿Qué sería a lo que llamaba libros políticos?
Marx, Lenin, Proudhon, Kropotkin, Rudolf Rocker, Luigi Fabri, Enrico Malatesta,
etc. Autores de izquierda, socialistas, anarquistas.

R. C.: Y cuando falleció esta prima lo sintió y tuvo una depresión.

Sí, se me pasó cuando empecé a hacer fotografía. Cada vez que tengo una
cosa que no anda bien hago una actividad y se me empieza a pasar. La otra
depresión me duró tres años, que es lo que duran las depresiones.

R. C.: ¿Lo afectaba en su trabajo?

No, para nada.

R. C.: Era una sensación interna...

Una enorme tristeza.

**R. C.: ¿Lo afectaba en alguna otra parte de su trabajo, de su vida de relacio-
nes, o era una sensación que sobrellevaba al viejo estilo?**

No sé cuál es el viejo estilo.

**R. C.: El viejo estilo es eso de que los hombres se tienen que bancar las
cosas.**

Me la bancaba.

R. C.: Por eso, el viejo estilo. Los hombres se tienen que bancar las tristezas, no se expresan.

No lo sé.

FORMACIÓN Y TRABAJO EN MEDICINA

Raul Chullmir: Eran épocas de los grandes profesores de la facultad. ¿Se acuerda de alguno que le haya impresionado? Eran épocas de las clases magistrales, ¿no?

Sí, me acuerdo de que, en primer año, tuve a Collivadino. Collivadino era cirujano anatomista y Galli era el otro profesor de anatomía. Recuerdo que el profesor de fisiología era Aldo Imbriano, que insólitamente decía que enseñaba fisiología peronista. Para escapar de su cátedra me inscribí en la cátedra paralela de Manuel Litter, farmacólogo, autor de un conocido texto de farmacología. De él aprendí el núcleo central de la medicina –la fisiopatología– que me guió en toda mi práctica médica. En septiembre de 1955 cae Perón, y Bernardo Houssay se hace cargo de la cátedra de fisiología por un par de meses. Como me inscribí en el turno voluntario de exámenes, en noviembre, tuve la fortuna y el susto de rendir –y aprobar– la materia con Houssay en la mesa de examen.

Recuerdo en semiología a Bosco, cardiólogo, jefe de servicio del Hospital Ramos Mejía, que enseñaba a palpar el “choque de la punta” del corazón, e insistía –acertadamente– que el ventrículo izquierdo era anterior, y el derecho posterior. Como dato curioso, fue profesor de mi papá en Rosario.

R. C.: ¿Galli de Galli Mainini? ¿Era un anatomista también?

El Galli de anatomía era cirujano. Galli Mainini era fisiólogo y trabajaba con Houssay. Fue el que descubrió la reacción de Galli Mainini para el embarazo, la reacción del sapito. Lo conocí muchos años después cuando empecé a hacer cirugía en el Hospital de San Fernando. En ese momento investigaba lo que llamaba fenómeno de los 21 días, y que consistía en una reacción tardía al trauma quirúrgico consistente en una insuficiencia de las hormonas suprarrenales, que explicaba complicaciones posquirúrgicas que ocurrían inesperadamente en posoperatorios normales. Muere muy joven después de su cuarto infarto, sin haber terminado su investigación, y sin que nadie la continuara.

R. C.: ¿El practicantado dónde lo hizo?

El practicantado lo hice en Avellaneda. Estuve dos o tres años. El de Avellaneda era uno de los tres grandes policlínicos que fundó Ricardo Finochietto. Todavía estaban los médicos que se formaron y eran discípulos de Finochietto.

R. C.: ¿Ricardo trabajaba en el Hospital de Avellaneda?

No, esto ya era el '56.

R. C.: Ah, ya no estaba el peronismo y lo habían sacado.

Sí, pero estaba toda la gente de él. Así que conozco anécdotas de Ricardo contadas de primera mano. Las enfermeras eran formadas por Ricardo y estaban como monjas metidas en el hospital tres años hasta que egresaban.

R. C.: ¿Qué recuerdo tiene de esa formación finochiettista?

Ya recibido o aún cuando estudiaba medicina asistí a una serie de clases que dictaba Ricardo en la calle Lima al mil y pico, que fueron recopilados por Adrián Spadafora. Trataba los temas de tal manera que parecían sencillos. Recuerdo que pasaba unas transparencias escritas y dibujadas por él mismo.

R. C.: Yo tengo al libro ese.

Es excepcional.

R. C.: Cirugía básica se llama.

Asistí a cada una de esas conferencias. Fue una experiencia inolvidable. Después hice el curso de cirugía gastrointestinal en anima bili—en perros anestesiados— con Ricardo en el Sanatorio Finochietto de la calle Córdoba. Su hermoso edificio antiguo fue demolido para dar lugar a una torre moderna.

R. C.: ¿Qué recuerdo tiene de la revolución del '55? ¿Cómo lo vivió?

Cuando llegué a estudiar a Buenos Aires, mi papá era “contrera” —como se decía en esa época—. Sin embargo, tuvo una actitud que influyó mucho en mi vida y es que, a pesar de ser contrera, su amigo, el escribano Simini le ofrece ser médico escolar en Trenque Lauquen. Papá acepta y es médico escolar mientras duró el peronismo.

R. C.: Contrera es antiperonista.

Sí. Cae Perón y papá, a pesar de que no era peronista, devuelve el cargo porque dice “este cargo me lo dio mi amigo, mi amigo no está más y yo no puedo seguir con esto”. Poseía una honestidad, una consecuencia total entre lo que pensaba y lo que hacía. Mamá, que ya llevaba varios años de maestra, es nombrada directora de la Escuela N° 2.

En la Facultad de Medicina casi no había mujeres y recuerdo a dos: una alta, bellísima, con un peinado así, como el de las esculturas clásicas, por lo que le decíamos “la griega” y una de ojos celestes —la encontré años después— y por supuesto, Graciela mi mujer.

R. C.: ¿Se recibió en los '60 y fue a Béccar y luego a El Talar de Pacheco? O sea, se puso a trabajar como médico...

Inmediatamente. La historia oficial era que yo quería hacer cirugía. En realidad, nunca quise hacer cirugía, pero mi papá quería que fuese cirujano. Papá quería que me instalara en Carlos Pellegrini como cirujano y él en Trenque Lauquen (era a 60 km de distancia). Yo no quería ni en broma ir a Pellegrini. Igual papá siempre me ayudó, me apoyó. Estaba feliz cuando fui con Graciela a Trenque Lauquen para que la conocieran. Todavía no nos habíamos casado. Mi mamá enloqueció, le compró ropa para tirar al techo, porque tenía por fin una hija; papá estaba encantado también.

R. C.: Entonces, quiso ser cirujano o, mejor dicho, apuntó para cirujano y se anotó...

En esa época tenías que ir a un lugar...

R. C.: No había residencias...

No. Mi suegra se había operado de un cáncer de mama con Jorge Viaggio. Jorge Viaggio era discípulo directo de Enrique Finochietto, no de Ricardo.

R. C.: Yo lo tuve de profesor de cirugía en el Pirovano.

Claro. Y Jorge, que vivía en San Fernando, tenía un pabellón entero de Oncología en el hospital de San Fernando (que es el hospital que está en Virreyes). Así que me instalé en Beccar y fui a trabajar con Jorge Viaggio. En Beccar estuve un año. Como decía una paciente “qué tranquilidad da tener un médico en la cuadra”, es decir, que trabajaba muy poco. Durante dos o tres años aprendí cirugía del más alto nivel. Había un dentista en el servicio de Oncología, (Sadi Gell, un gran amigo) cuyo cuñado era médico en El Talar de Pacheco; muere muy joven; el consultorio queda vacío y entonces me lo ofrecen a mí. Primero comienzo a atender el consultorio (situado en Hipólito Yrigoyen y México sobre la ruta 197) por un porcentaje. Recuperé la clientela, e inmediatamente alquilé casa y consultorio. Así que nos mudamos de Beccar a El Talar. Un par de años más tarde papá me da 800.000 pesos para que compre la propiedad. Nunca supo que agregué ciento cincuenta mil más para destrabar la venta.

R. C.: Como médico general.

Como médico. Mientras, seguía yendo al hospital, hasta que hubo una... Era muy difícil tener alguna idea política en esa época. Nunca fui comunista, pero me negué absolutamente a hacer anticomunismo, lo que es totalmente distinto. Graciela, cuando estaba en ADER, conoció por mí el informe Kruschew.

Kruschew, Secretario General de Partido Comunista de la URSS, presenta un informe en el 20 Congreso del Partido (1954, aprox.) en el que demuele la figura

de Stalin y muestra que fue un desastre completo. Ahí comienza a el proceso de ruptura que culmina con Gorbachov.

R. C.: En la etapa de la escuela quirúrgica, ¿las clases de cirugía las hizo siendo estudiante antes de recibirse?

Calculo que sí. No creo que hubiera ido desde El Talar a las charlas de cirugía básica a la tarde. Me costaba un enorme esfuerzo llegar desde El Talar a la Panamericana, que terminaba entonces en San Isidro. Tampoco en tren era sencillo. El tren al Talar era de dos etapas, Retiro-Victoria era la primera, y desde Victoria salía un ramalito que iba a San Antonio de Areco pasando por Talar.

R. C.: Entonces, está en el consultorio en el Talar y en el Hospital de Virreyes.

Sí, hasta que le arman a Viaggio una causa judicial. Jorge Viaggio tenía un gran carisma personal y además organizaba cosas en los barrios para prevenir el cáncer –trabajó mucho con la asociación de cáncer de mama, por ejemplo– y esto molestaba una enormidad, así que nos echaron a todos. Estuve un año sin ir a ningún hospital hasta que papá, a través de un diputado radical, consigue que me levantaran la interdicción y empecé a trabajar en el Hospital de Tigre. Era el '63. Ahí trabajé 14 años.

R. C.: Hasta que tuvo que exiliarse.

A los ocho años de haberme recibido -tenía apenas 30 años- cuando tuve tres intervenciones quirúrgicas que terminaron, finalmente, en la muerte de los pacientes. La cirugía tiene mortalidad y llegó un momento en que ya no lo toleré más. Así que me fui a hacer el curso anual de gastroenterología en el Hospital de Gastroenterología Bonorino Udaondo.

R. C.: Ser cirujano es muy difícil. Pasar esa etapa en donde uno no sabe si la culpa fue de uno, de la enfermedad, o una mezcla de los dos. Pero esa sensación de “podía haber hecho un poco más, pero no quise, no supe o no pude” es realmente muy difícil.

Es muy difícil. Además, me di cuenta de que perseguía el sueño de mi padre, no el mío.

R. C.: Pero eso era en la Av. Caseros, en la zona sur de la ciudad. Era un viaje, porque usted vivía en Pacheco.

En El Talar. Sí, tenía un viaje largo. En los primeros años tenía que llegar hasta San Isidro y de San Isidro por la Av. Libertador hasta la Av. Pueyrredón, y de allí al Udaondo.

R. C.: Y ahí hizo Gastroenterología, ¿se acuerda con quién? ¿quién era el jefe?

Mahur. Él era el profesor del curso universitario.

R. C.: ¿Lo terminó?

Sí, claro. Ahí quedé encantando con D'Alotto (D'Alotto era el radiólogo). Me pareció tan cómodo el trabajo ese, mirar una radiografía en el negatoscopio, escribir como diagnóstico dos letras, SP, sin particularidades, cuando el estudio es normal.

Seguí yendo al Udaondo ahora como concurrente al servicio de radiología en gastroenterología con D'Alotto durante un año. Cuando terminé eso, al año siguiente, fui a hacer radiología durante varios años con Martella en el pabellón 6 del Rawson (donde había estado la escuela quirúrgica). Tengo hechos cursos para tirar el techo en la Escuela Quirúrgica Municipal para Graduados de los Finochietto.

El jefe de cirugía del Hospital de Tigre era Abel González, discípulo de Jorge Viaggio (probablemente el mejor discípulo junto con un urólogo que fue esposo de la actriz Inda Ledesma). Abel fue importante en mi vida porque estaba muy interesado en la literatura, hacía que en el Servicio se comentaran libros, comidas, películas. Ahí aprendí a hacer cirugía general y a usar las técnicas de colecistectomía con colangiografía intraoperatoria y manometría, que permitían un diagnóstico preciso de la vía biliar, seguido de una biopsia hepática. Fue muy importante además porque en el año '76 la hija le pone una bomba al jefe de policía o algo por el estilo.

R. C.: ¿La hija de quién?

De González. Empieza una persecución específica a la gente...

R. C.: ¿De González? O sea que le puso la bomba a Villar, a Magariño o a alguno de esos.

Sí, seguramente.

R. C.: Que la puso debajo de la cama.

Exactamente.

R. C.: Fue la hija de González...

Sí.

R. C.: Nunca fue comunista, ¿por qué empezó la persecución? ¿Por qué fueron por usted?

Oíme, me dejaron cesante. El 20 de junio recibo un telegrama por el cual me dejan cesante de mi cargo concursado del hospital. Voy al hospital...

R. C.: ¿Usted no lo esperaba?

Yo me preparaba para quedarme. Había cursado el posgrado con Klimovskiy, empezaba a trabajar en Filosofía de la Ciencia, había recibido a mi hermano que se había exiliado y yo me quedaba. Pido hablar con el coronel y le pregunté “¿por qué me dejaron cesante?” y me dice “por ideólogo”. Vos no sé si recordás que el general Saint Jean dijo “iremos por los terroristas, después por los simpatizantes y finalmente por los ideólogos”. Yo dije “muchas gracias por el aviso” y en una semana estaba en México. Dejé de dormir en casa. Simultáneamente ocurrió un hecho sumamente curioso. Vivía en El Talar de Pacheco sobre Hipólito Irigoyen, apenas cruzando el paso a nivel del tren que salía de Victoria. A quince cuadras más o menos siguiendo un camino de tierra paralelo a la vía está Don Torcuato. Allí tenía su consultorio el Dr. Ackerman. Un médico de pueblo, como yo, al que no se le conocía ninguna actuación gremial médica, ni menos política. Siempre me pregunté porqué irrumpió en su sala de espera un grupo de tarea militar, y se lo llevó. Me pregunté por qué apareció muerto varios días después. Sospechaba que tenía que ver con que a pocas cuadras de distancia, al final de la calle Avellaneda, esa calle que sale de la estación Virreyes en San Fernando, y llega hasta la Panamericana, vivía Adolf Eichmann, el jerarca nazi que instrumentó la “solución final” al “problema judío” eliminándolos en las cámaras de gas de los campos de concentración. Lothar Hermann, sobreviviente de Dachau, ciego por las torturas que padeció en el campo, lo identifica por la voz y escribe veintiséis cartas a Israel denunciando la presencia de Eichmann en Argentina sin que se le preste ninguna atención.

El agente del MOSSAD que encabeza el equipo que captura a Eichmann llevándolo a Israel donde es juzgado por sus crímenes, cuenta que se lo envía porque reciben la información que era posible que el sobreviviente lo reconociera por la voz, que no padecía el Alzheimer que había invalidado el testimonio de otros sobrevivientes en otros casos. No es aventurado suponer que Lothar y su hija se atendieran con el Dr. Ackerman, judío como ellos, con su consultorio a pocas cuadras de donde vivían, y que fuera éste quien informó que Lothar no tenía ningún deterioro cognitivo. Ni que este fuera el motivo por el cual el Dr. Ackerman fue asesinado por la dictadura militar.

Después, cuando tuve acceso a mi expediente de la Dirección de Inteligencia de la Policía Bonaerense, que pedí a la Comisión Provincial de la Memoria, vi que tenía 70 páginas en las que figuraba: “es miembro de la comisión directiva de la Asociación Médica del Norte, es vocal del Distrito IV Médico —es decir que figuraba como gremialista médico—, estuvo en el servicio de Jorge

Viaggio, conocido comunista que fue echado, etc.”. Buenos motivos todos para irme como lo hice. Además, en el año '68 estuve una semana preso.

R. C.: ¿Cómo fue eso?

En el año '68 tocan el timbre, salgo del consultorio y hay un policía que me dice “doctor, ¿puede llegarse hasta la comisaría? Me dijeron que lo llevara, pero le aviso y vaya usted luego”. Llego y me ponen preso. El gobierno de Onganía estaba en esa época en sus últimas fases. Así que estuve preso dos días en la comisaría de Pacheco y después me trasladaron a la comisaría de Tigre donde éramos unas 60 personas, entre ellas un dirigente de la construcción de la huelga del año '36. Había todas las clases de personas y de orientaciones políticas presas en comisarías de la zona, en un operativo que llamaron “palos y a la bolsa”.

R. C.: Claro, ¿pero era ir a buscar sospechosos de ideología?

No tengo la menor idea. ¿Pensarían que podríamos estar involucrados en manifestaciones contra el gobierno? No hay que olvidar que estábamos a pocos días del Cordobazo. La policía nos trató bastante bien. Ellos también pensaban que Onganía no iba a durar mucho, y que entre nosotros podría estar un futuro diputado, un futuro ministro, con el cual era mejor estar en buenas relaciones.

R. C.: Nunca se enteró. O sea, ¿cuál fue el motivo por el cual usted sí y otros no?

Por qué a varios sí, porque a Jorge Viaggio también lo pusieron preso. Salí a la semana, entre otras cosas porque el esposo de una prima, se presentó con todos sus galones de capitán del ejército y me sacó. Pero Jorge Viaggio estuvo preso en la comisaría de Martínez durante varios meses. Se las arregló para hacer el primer trasplante de páncreas en una diabetes. Chapo Bortagaray hizo la cirugía y la técnica-estrategia fue de Jorge Viaggio que lo hizo estando preso. Era la época en que comenzaban los trasplantes de órganos, de corazón, sobre todo. Finalmente, Jorge sale en libertad.

Llegó la dictadura en marzo de 1976, y quemé todos mis libros. Era peligroso leer. ¿Porqué tiene un médico que leer filosofía? Mucho lo quemé en el club; tiré al río dos hermosos revólveres, uno Smith & Wesson y otro Colt calibre 32, heredados de mi papá. No quería tener ningún arma porque hacían requisas, ¿no? Agarraban un barrio e iban casa por casa, buscando “material subversivo”. A un tipo lo llevaron preso porque tenía un libro sobre hidroponía que se llamaba Cultivos en Cubas e interpretaron que se refería al país, no al cultivo en barriles.

R. C.: Lo recuerdo perfectamente.

Así que yo era un ideólogo perfecto. Cuando volví al país quise ver el decreto por el que me dejaron cesante; estaba mi nombre y el de los otros médicos, pero el expediente estaba vacío; no había el menor rastro de quién había denunciado a quién ni dicho qué. Serían hoy los partidarios de Macri, seguramente.

R. C.: ¿Cómo preparó el exilio? Me dijo que alguien lo estaba esperando...

Mi hermano.

R. C.: Su hermano se había ido antes que usted.

Sí, había llegado a casa en El Talar desde Córdoba. En Córdoba había empezado la represión.

R. C.: ¿Qué hacía su hermano?

Mi hermano en ese momento tenía un programa de radio sobre tango, era profesor universitario creo que de comunicación.

R. C.: Y su hermano entonces llegó a su casa.

Sí, con su segunda mujer.

R. C.: Eso fue en junio más o menos ¿o en mayo?

Sí, más o menos. La primera mujer era Rina Menna. Rina Menna se casó con mi hermano cuando tenía 16 años. Fui testigo de la boda en Córdoba. El hermano de Rina Menna era Domingo Menna, el segundo de Santucho. A Rina la torturaron y la mataron posteriormente, y ya había comenzado la represión violenta en Córdoba. Supe mucho después que mi hermano estuvo torturado durante una semana. Creo que eso lo cambió para siempre.

R. C.: Fue a su casa.

Fue a casa y estuvo 15 días o algo por el estilo.

MILITANCIA POLÍTICA DE LA JUVENTUD

Cláudio Abreu: ¿Cómo se inició en la militancia estudiantil?

Ingresé en el '54 y en el '55 se fue Perón. Eran los últimos momentos del gobierno peronista. Mi padre no era peronista y yo tampoco. No había estudiantes peronistas en la universidad, pero había una cúpula, en general de miembros de la Alianza Libertadora Nacionalista, un grupo de ultraderecha que ocupaba el CEM -Centro de Estudiantes de Medicina-

Inmediatamente entré en contacto con el Centro Universitario de Medicina (CUM) que era el centro no peronista semi clandestino (clandestino en el sentido de que pegaban cartelitos, boludeces así).

Cae Perón y tomamos la facultad, tomamos también el centro de estudiantes de medicina. Fui el socio nº12 y no fui el nº1 porque llegué un rato tarde. Empezamos a hacer trabajar al centro de estudiantes de medicina como un auténtico centro estudiantil. Había tres o cuatro grupos —ya lo comenté—; estaba el humanismo católico (que abarcaba desde el catolicismo progresista hasta el catolicismo semi fascista); también estaban el radicalismo y el socialismo en el MUR; estaba el ADER que era el ala estudiantil de la juventud comunista (la FEDE) y estábamos nosotros que éramos el ARU con todos los tipos sueltos del progresismo.

Raúl Chullmir: Ideológicamente, ¿dónde se ubicaba?

Había de distintos lugares. Había gente de Praxis, que era la agrupación política de Silvio Frondizi. Silvio Frondizi era el hermano del Frondizi presidente y un muy buen teórico. Fue el primer autor que entrevistó la globalización en el primer tomo de “La realidad argentina”, dedicado al análisis del capitalismo mundial y nacional, mientras que el segundo tomo exploraba la revolución socialista en Latinoamérica y el país.. A él pertenecía Marcos —Quito— Kaplan que fue un experto en petróleo —lo encontré después en el exilio en México—. También algunos trotskistas, anarquistas, tipos sueltos como yo. A mí me sirvió mucho porque aprendí infinidad de cosas. Leía vorazmente e hice mi experiencia política.

C. A.: ¿Qué autores leía en esa época?

Bueno, por empezar literatura. De literatura la francesa, como las obras de Sartre, Simone de Beauvoir, Camus. Eso era indispensable. También Marx, Lenin. Y la inolvidable colección de ciencia ficción de la revista “Más Allá”.

Hay una historia que la reconstruí no hace tanto tiempo. Ahí creo que empezó mi interés en la filosofía. Mejor dicho, como me interesaba la filosofía y la sociología leía por supuesto a Kropotkin, a Proudhon.

Kropotkin era un príncipe ruso, anarquista, con el libro más importante que se ha escrito después de Darwin: El apoyo mutuo. En ese libro muestra que las especies sobreviven no por la competencia entre ellas sino por el apoyo entre sus miembros; las bandadas, las manadas, sobreviven sin lucha intra-especie sino por el apoyo mutuo que se brindan. Era una concepción que desafiaba al darwinismo social. Eso, por supuesto, Kropotkin lo traslada al plano político y social. En la época de Marx, la Comuna de París se hace socialista y revolucionaria y es derrotada. Kropotkin muestra cómo se puede sobrevivir en una ciudad aislada cultivando por hidroponía en los balcones, etc. Es muy interesante.

Pero lo más curioso que me pasó lo descubrí hace muy poco. Cuando volví a Argentina el primero que me da un espacio en la universidad fue Mario Margulis. La Facultad de Sociología había desaparecido, la dictadura la había cerrado. Mario Margulis era muy conocido; había sido sociólogo, antropólogo, autor de varios libros. Cuando regresa al país lo nombran decano normalizador para refundar la carrera de Sociología. Entonces me llama a mí y me pregunta qué es lo que quiero hacer. Pese a mi libro de teoría del arte, mis cursos versaban siempre sobre historia y filosofía de la ciencia. Pensé que era hora de enseñar e investigar el campo artístico. Así que propuse un seminario de Sociología y Teoría del Arte que se transforma en el más popular de la carrera de Sociología. Llegué a tener más de cien alumnos en cada cuatrimestre, y eso que no era obligatorio sino optativo. Mirá, durante cerca de 20 años la mitad de los sociólogos se recibieron con mi seminario. Fui el primero que se hizo hacer una base de datos para hacer una encuesta. No se conocían todavía las bases de datos especializadas para ciencias sociales.

R. C.: Pero ahí nos salteamos un par de años me parece.

No, porque esto tenía que ver con mi interés por el Arte. Lo descubrí porque, no hace tanto tiempo, alguien –supongo que habrá sido alumno nuestro porque era muy joven cuando llegamos– publica un libro del que leo el resumen en Página 12 y así me entero de lo siguiente. Él escribe sobre dos mujeres.

Una es América Scarfó y la otra Susana Valle. Susana Valle es la hija del General Valle que fue fusilado por Aramburu y Rojas. América Scarfó es la amante de Severino Di Giovanni. Severino Di Giovanni es italiano por supuesto, antifascista, un anarquista, tipógrafo de oficio, que edita un periódico político –Culmine–. Posteriormente realiza actos de terrorismo que tenían como objetivo a los fascistas del país, que dirigían colegios, empresas, asociaciones, difundiendo abiertamente el fascismo. Es capturado y lo fusilan en febrero de 1931. América Scarfó es la hermana de Paulino Scarfó, compañero de Di Giovanni, fusilado el día siguiente. América tenía 16 años. Asiste al fusilamiento de su amado y de su hermano y sale sin derramar una lágrima. Ninguna de las dos se dio por

vencida. Susana Valle reivindica la memoria de su padre y crea un movimiento dentro del peronismo, etc. Continúa militando. ¿Qué es de la vida de la piba Scarfó? Años más tarde funda con su nuevo compañero una editorial: Editorial Américalee, editorial anarquista que yo leía y que no sabía que debía su nombre a América Scarfó, amada de Severino Di Giovanni.

De esa editorial leí dos libros que a mí me marcaron muchísimo. Uno es La moral de Epicuro. Su autor es un filósofo francés, Jean-Marie Guyau que muere a los treinta y pico de años y que tiene muy pocos libros. Era anarquista. La moral de Epicuro es la fundamentación de una moral sin Dios. El otro libro es El utilitarismo inglés. Es muy curioso, pero leía eso a los 17 años más o menos. También es curioso que Marx escribiera su tesis sobre Epicuro.

Además, Herbert Read, el principal crítico y teórico del arte inglés, es traído por la editorial Américalee que hace un acto enorme en la plaza de la estación Buenos Aires en Barracas, donde estaba el local de la FORA (Federación Obrera Regional Anarquista). Así fue que conocí al principal teórico e historiador del arte de ese momento, que, además, me enseñó una cosa que descubrí muchos años después. Read refiere que algunos artistas pintan una imagen interior tan detallada que es como si la estuvieran viendo en la realidad, a la que llama "imagen eidética". Uno de ellos decía que veía hasta los pelos de lo que estaba pintando. Lo leo en Herbert Read y lo dejo pasar. Muchos años después le comento a Graciela "vos fijate que hay pintores que hacen esto, que pueden ver, recordar imágenes con todos sus detalles". Me dice "¿vos no lo ves así? Si evocás las caras de tus hijos ¿no las ves?" y le dije que no. Es decir, descubrí que no tengo imagen eidética, que mi percepción es de índole estrictamente estructural. Es decir, soy un estructuralista nato.

Bueno, esta es la historia de cómo a partir de mi militancia universitaria, entré en contacto con el anarquismo, con el arte, con la filosofía.

¡Ah! Christian Ferrer es quien escribe acerca de estas dos mujeres, Valle y Scarfó en El corazón empurpurado.

C. A.: Uno siempre tiene la idea de que hay que formar los cuadros políticos. ¿cómo era eso de la formación?

Teníamos discusiones internas más que nada. Vivíamos en el Café Los Estudiantes. Estudiábamos juntos. Lo que sí hicimos fue traer a los principales teóricos de izquierda a conversar con nosotros como, por ejemplo, Silvio Frondizi. Había una persona notable, J. Posadas, seudónimo de Homero Cristaldi, ex centro medio de Estudiantes de la Plata, dirigente de una corriente trotskista que fue denominada después como trotskismo planetario o algo por el estilo. Era trotskismo planetario porque planteaba que los ovnis eran tripulados por camaradas comunistas, ya que una civilización tan avanzada

tecnológicamente necesariamente debía ser comunista. Decía que la guerra atómica era inevitable y la tarea que tenía que hacer la izquierda era construir refugios antiatómicos.

Era un delirio absoluto. Su segundo, Fanjul, dio una charla para nosotros que voy a recordar toda mi vida. Era en la casa de F. F., un compañero de la agrupación y sobrino de un senador chileno, que lo mataron o se exilió. La casa era muy linda. Fanjul se sentó en un sillón de cuero y dijo “por mi boca habla el proletariado del mundo”. Mientras tanto, un compañero de agrupación que todavía no había renunciado como oficial de la policía revoloteaba detrás del sillón su chapa ante nuestra mirada atónita. Era un cuadro como para hacer una comedia.

Bien. Así que entramos en contacto y conocimos de primera mano a todas las figuras políticas de la época. La Universidad de Buenos Aires era espectacular, era la universidad de Risieri Frondizi. Sale la revista Tía Vicenta de Landrú, salen los escritos de Carlos del Peral —un gran humorista— y aparecen los escritos del, probablemente, mejor historiador que haya dado el país en mucho tiempo que es Milcíades Peña.

C. A.: ¿Escribe acerca de qué?

Historia argentina. En esa época se vendía en fascículos que eran cinco o seis libritos. En general son todos muy interesantes y tienen tesis propias porque la historia argentina estaba escrita o por el mitrismo o por el Partido Comunista. Es decir, los intelectuales o pertenecían al mitrismo o al Partido Comunista. Milcíades Peña era un marxista independiente. Ya desde el comienzo, cuando se caracterizaba la sociedad argentina, la tesis que prevalecía era que la sociedad agrícola ganadera, la de la colonia, era feudal. Esto venía muy bien para las tesis comunistas estalinistas en las cuales hay una etapa feudal a la que sigue la etapa burguesa. Así que la tarea política era llevar a la sociedad argentina del feudalismo a la burguesía. Sobre esto podría hablar 15 horas.

Lo que mostró Milcíades Peña es que era capitalista. La sociedad argentina fue siempre capitalista y no hubo etapa feudal, sino que eso fue un invento ideológico. Muchos años después leo la tesis de doctorado de Samuel Amaral, profesor nuestro de la universidad, que hace un estudio de los libros de contabilidad de las estancias argentinas en las que figuran los sueldos de los gauchos. Es decir, es absolutamente capitalista con libros de contabilidad llevados al pelo. El feudalismo es una relación de dominación basada en el diezmo, ¿no? No es plusvalía.

C. A.: En algún momento me dijo algo de que aprendió Piaget con Moreno.

Sí, Nahuel Moreno. Él fue un dirigente trotskista, uno de los primeros trotskistas que hubo junto con el hijo del General Justo, Liborio Justo. ¿Quién era

Nahuel? Era el heredero de una gran fábrica de pastas, con lo cual financió inicialmente su partido político. Bien. Él fue quien me dio cursos de Piaget. Cuando empecé a interesarme en Piaget había sólo tres tipos que escribían eso: Rolando García, Antonio Battro y un libro acerca de la dialéctica de Nahuel Moreno.

R. C.: ¿También le interesó Freud pero nunca quiso psicoanalizarse?

En el año '58, '59, el psicoanálisis argentino era muy cerrado y había muy poca gente. Estaba Marie Langer, Rascovsky, Garma. Rascovsky y Garma dieron clases públicas, durante seis meses una vez por semana o algo así, en la Facultad de Medicina y llenaban el auditorio de Anatomía. Yo fui uno de los que no se perdían esas charlas. Era un chico muy inquieto. Asistí a todas las clases. Todos los que pertenecían a todas las agrupaciones estudiantiles se hicieron psicoanalistas menos yo.

R. C.: ¿Por qué?

Al interesarme compré los libros de las Obras Completas de Freud en la edición de Ballesteros que era la única que había en ese momento. Me recibí y el psicoanálisis recién empezaba a tener su despegue. Era muy exótico hacerse psicoanalista, pero a mí me interesaba mucho. Entonces me recibí y le digo “papá, me interesa mucho esto de la psiquiatría, el psicoanálisis” y con esa visión del futuro que tienen los padres me dice “pero nunca te vas a poder ganar la vida con esto, ¿por qué no hacés cirugía mejor?”. Resultado: al cabo de ocho años dejé cirugía —no gané un peso como cirujano— y a mis amigos psicoanalistas les salían billetes por las orejas. Nunca necesité hacer psicoanálisis.

Ah, años después dirigí una Maestría en Psicoanálisis durante cerca de 12 años. Daba el curso de metodología y fui el codirector de la Maestría de la Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados que era la tercera entidad después de APA y APdeBA. Ahí fui profesor de mis compañeros de facultad que se hicieron psicoanalistas, ya veteranos didactas en psicoanálisis, porque para ser profesor de una maestría debían tener título de maestría, como no lo tenían, debían cursar mi materia. Así que me reencontré con ellos y fui su profesor. Muy gracioso.

R. C.: ¿Su padre qué decía cuando veía que estaba militando?

Papá estaba en Trenque Lauquen. Vivía solo.

R. C.: ¿Y qué piensa que hubiera dicho?

Mi viejo era conservador. Llegamos a la convención de no hablar nunca de política. Además, siempre fui un buen estudiante, así que ¿qué me iba a decir?

C. A.: ¿Por qué no es peronista?

Mi viejo no era peronista. Recuerdo perfectamente escuchar la radio y oír todos los días “son las 20:25, hora en que Eva Perón entra en la inmortalidad”. Cuando muere Evita todos éramos llevados a actos en su memoria. No se podía no ser peronista. No se podía. Debías tener el escudito peronista bien a la vista para poder entrar en cualquier cargo público. En la provincia de Buenos Aires, donde yo vivía, el gobernador primero fue un tipo –Mercante– que era relativamente capaz, pero Perón lo liquida inmediatamente porque era demasiado capaz. Perón no toleraba a ninguno que estuviera a su altura. ¿Cómo se llamaba el que siguió a Mercante? ¡Aloé! Le dedicaron un chiste en el que se decía que había escrito un libro llamado “Como pienso”, que podía interpretarse como pensaba, o que comía pienso, por lo caballo que era.

Era una bestia completa. Me acuerdo de que llegó a Trenque Lauquen –yo era un chico, pero estaba enterado de las cuestiones políticas– y escucharlo en la plaza en una fecha patria hablando mientras los alumnos estábamos formados tomando frío, fue un auténtico suplicio. No supe ver, no podía ver, por edad, las cosas positivas del peronismo. Cuando llegué a Buenos Aires el peronismo estaba en plena decadencia con el “cinco por uno no va a quedar ninguno” -hablando de quienes no eran peronistas-, y “hay que salir con el alambre de enfardar en el bolsillo” -para atar a los opositores-. Cosa demasiado curiosa, tenía varios grupos de amigos, y en uno de ellos estaba Cabarreta. ¿Quién era Cabarreta? Era un hombre grande, inspector de la policía, que decidió estudiar medicina. Entonces se sentaba con nosotros y charlábamos. Nos decía “muchachos, no hablen en voz alta porque acá todo el mundo escucha”. Estaban unos reconocidos torturadores en la seccional 1 de la Policía Federal, Lombilla y Amoresano, que está en la calle Urquiza frente al Hospital Ramos Mejía. Conocíamos muy bien las relaciones de Perón con el nazismo y el apoyo que tenía de la Alianza Libertadora Nacionalista, fascista y semi nazi. Entonces, todo este tipo de cosas a mí me llevaron a no ser peronista. Muchos años después pude apreciar los aspectos buenos del peronismo y porqué la gente podía ser peronista, pero para mí ya era muy tarde. ¿no?

C. A.: ¿Por qué no es antiperonista?

Es verdad, si bien nunca fui peronista tampoco fui antiperonista, salvo en una primera etapa. Cuando vi el bombardeo sobre Plaza de Mayo, me asomé –estaba a 20 cuadras–, caminé hasta Av. Independencia y de ahí hasta Belgrano. Veía como los aviones picaban y tiraban bombas. Cuando cae Perón nuestra agrupación fue la primera en sacar volantes que decían “en una democracia discrepar no es traición” porque apenas discutías lo actuado por la Revolución Libertadora, pasabas a ser un traidor a la patria o cosas por el estilo.

La agrupación sacaba un periódico que se llamaba El despertador. Los primeros números los escribió Alan Poe Castelnuovo, que era el hijo de Elías Castelnuovo. Castelnuovo era un gran escritor, miembro del grupo de Boedo, integrado por Álvaro Yunque, el padre de Verbitsky, Leonidas Barletta, Nicolás Olivari.

Alan era un poco mayor que nosotros, se recibe y quedo a cargo de escribir “El despertador”.

Me acostumbré a analizar argumentos de los demás y mostrar sus contradicciones, esa era una de mis especialidades. Ahí empecé a aprender a escribir. Algunos años después, durante la guerra africana de Biafra, me encargaron un artículo sobre esa guerra fratricida. Ya me había recibido. Lo primero que hice fue buscar en, por lo menos, dos o tres periódicos y seguir durante dos años todas las noticias que aparecieran sobre la guerra. A partir de eso escribí un artículo que fue publicado en una revista de izquierda.

R. C.: ¿En qué momento empezó a pensar la medicina en función social? Tiene escritos sobre una medicina social.

Los escribí en México. Ya en mi consultorio de El Talar a muchos pacientes no les cobraba, a otros les regalaba remedios y a otros les daba dinero para que compraran los remedios. Eso era así.

EXILIO

Raúl Chullmir: ¿En qué año se exilió?

En 1976; el primero de Julio salió el avión en el que viajé a México. Pasó un hecho muy curioso: me fue a despedir toda la familia y algunos amigos. Vieron que revisan mi equipaje, que el personal me hizo pasar adentro y que no salía. Estaban preocupadísimos. Esto era porque iba vía Lima a México y llevaba mi ampliadora fotográfica. Entonces, ¿cómo un tipo que va de turismo se lleva la ampliadora fotográfica? Finalmente salí, todo el mundo respiró tranquilo –yo también–. Estando sobre Lima, después de tres horas, el aeropuerto estaba cerrado por tormentas y regresamos a Ezeiza. En ese momento lo que es ahora el primer edificio –que fue después lugar de Aerolíneas– era el hotel de Ezeiza. Me dieron una habitación y le hablé a Graciela por teléfono, que no podía creer que había regresado. Me dormí con el whisky que compré en el free shop y después salí definitivamente.

R. C.: ¿Viajó solo?

Sí, viajé solo. Mi hermano Luis se había exiliado 15 días antes y estaba parando en un edificio sobre la calle San Jerónimo (es un lugar relativamente céntrico del Distrito Federal y que pertenece a los evangelistas). Ahí fui con mi jarrito de acero para hacer té, los tés que llevaba, y los 10 libros que llevé en mi valija: Popper, Nagel, Kuhn, las obras completas de Freud, las obras completas de Shakespeare, y ya no recuerdo qué más. Compartí ese edificio con el exilio nicaragüense. Los nicaragüenses, uno o dos años después, derrocaron a Somoza. Estaban ahí esperando. Después de tener una represión muy fuerte, se fueron a México.

R. C.: ¿Su hermano ayudó a preparar su llegada?

Me recibió en el aeropuerto y me llevó al alojamiento que ofrecía el Consejo Mundial de las Iglesias (del protestantismo progresista) a los exiliados de las dictaduras latinoamericanas. Permanecí allí pocos días, junto a la dirección nacional del sandinismo, enfrentado a la sangrienta dictadura del “Tacho” Somoza.

Había estado en México un año antes, así que conocía México y tenía gente amiga, los Pérez Campusano. Cuando llegó mi familia, paramos en el Hotel Geneve, al que llamaban Hotel Génova, en vez de Ginebra, como corresponde, mientras encontraba un alojamiento permanente. Al día siguiente ya tenía alquilado un departamento gracias a que los amigos mexicanos salieron de garantía para que alquilara en las Torres de Mixcoac, que es un complejo de

unas 20 torres rodeadas por una muralla o algo por el estilo como si fuera un barrio cerrado. Los departamentos mexicanos son mucho más generosos en dimensiones que los departamentos argentinos, y estuvimos a gusto.

R. C.: Usted comentó que lo habían recibido muy bien, ¿a todos los recibían así?

México es un lugar que recibe exiliados. Recibió al exilio español completo, recibió al exilio chileno, al uruguayo y a nosotros. Además, se exiliaron universidades enteras. El exilio español de varios años antes colaboró a la formación del México moderno. Se exiliaron dos o tres universidades completas de España, ¿no? Y formaron el núcleo cultural, profesional, de México. Como decían, “nosotros hicimos este país”. El exilio argentino cayó justo cuando se inauguraban varias universidades nuevas: la UAM (Universidad Autónoma de Metropolitana) con sus tres campus. Afortunadamente para nosotros, no había en México tantos cuadros académicos como los que se necesitaban para ponerlos en marcha. Lo hizo el exilio sudamericano, compuesto en un número importante por investigadores, profesores universitarios. Nos precedieron en el exilio artistas e intelectuales perseguidos por la Triple A de López Rega, como Nacha Guevara, Luis Brandoni, Noé Jitrik.

Noé Jitrik y Tununa Mercado fundan la Comisión Argentina de Solidaridad, instalada en una casa cedida por el gobierno mexicano, a la que nos incorporamos. Formamos una gran familia que daba apoyo a los que iban llegando, conseguía la indispensable visa de trabajo, denunciaba internacionalmente los crímenes de la dictadura. Los sábados cenábamos en la sede de la CAS y veíamos una película que pasaba el inolvidable Moluchi -Iván Baigorria- antropólogo cordobés que recobró su cargo cuando regresó del exilio. Puse un consultorio para atender gratuitamente a todo el exilio argentino. Era como un club de amigos. Prácticamente todos los intelectuales, sociólogos, profesores universitarios pertenecieron o pasaron por la CAS.

R. C.: ¿Cuántos llegaron a ser los argentinos que estaban ahí? ¿Se acuerda?

2.500, más o menos. Además, fue tan importante para México que hace un par de años la embajada argentina en México hizo un gran acto de homenaje al exilio argentino. Nosotros somos los argenmex. Nos agradecieron muchísimo y nosotros a ellos.

Cláudio Abreu: Como corresponde.

Como corresponde. Ahora te das cuenta porqué recibo a toda la gente que viene al país y necesita algo.

C. A.: ¿Cómo consiguió trabajo?

Iba con una carta de recomendación para un radiólogo mexicano, lo tenía que encontrar directamente. Esto era el segundo día. Finalmente me encontré con Filiberto Flores Servín, radiólogo mexicano, que me llevó al hospital 20 de noviembre. El Hospital “20 de noviembre” es el hospital de tercera derivación del sistema de seguridad para trabajadores del Estado. Es decir, es un lugar muy importante de 10 pisos, mil camas, un servicio de radiología espléndido y muy moderno. El amigo mexicano, este radiólogo, me llevó a ver a don Eduardo Echeverría –hermano del presidente de ese momento, Luis Echeverría– que era un gran cirujano y figura por peso propio. A su vez, era fundador del ISSSTE (Instituto de Seguridad y Servicios Sociales del Estado) y del hospital “20 de Noviembre” aunque no era su director sino la persona de más influencia. Habló conmigo y me dijo: “Dr. Lorenzana –siempre me llamaban Lorenzana, que es un nombre más común que Lorenzano; los mexicanos no recuerdan el episodio, pero había un obispo Lorenzana que acogía a los niños espósito y les daba su apellido por lo que había montones de Lorenzana– conmueve que un profesionalista como usted tenga que buscar trabajo fuera de su país, pero acá tiene un lugar”. Inmediatamente me llevó al jefe de radiología. Había dos vacantes todavía, y me hice cargo de una. Le escribí a un radiólogo amigo, Mario Báiz, el mismo que me había dado la carta de recomendación. Había sido echado del Hospital de Haedo, así que emigró con su familia y fue el otro radiólogo argentino del 20 de Noviembre. Pudo regresar a Argentina mucho antes que yo, cuando sus compañeros del Haedo se hicieron cargo del servicio de radiología del “Hospital Italiano”. Estuve 10 años en el hospital mexicano.

A la semana de llegar a México, llegó Graciela con los cuatro hijos que creían que iban a Disney World, los tomos de Historia del Arte de Aguilar y la ropa que hubieran podido rescatar en sus valijas.

R. C.: Llegó a México como radiólogo y volvió a Argentina como filósofo de la ciencia. ¿Cómo fue eso?

Apenas me instalé en las Torres de Mixcoac lo primero que hice fue ir a la facultad de Filosofía.

R. C.: ¿Puede explicarlo un poco mejor?

Bueno. Había hecho el posgrado con Klimovsky...

R. C.: ¿En qué momento y en qué año hizo el posgrado con Klimovsky?

Era muy difícil hacer posgrados. Prácticamente en la universidad no había maestrías, no había doctorados, al menos en lo que me interesaba, cien-

cias sociales, psicología. Empiezan a implementarse lo que se llamó “licenciaturas de posgrado” que eran el equivalente a una especialización o una maestría y duraban dos años. La primera que intenté hacer fue en Sociología con Gino Germani y el programa no me interesó. Yo era mucho más duro que Gino Germani y más ignorante, por supuesto. Pero llegó un momento en que la Autopista Panamericana llegó cerca de mi casa en El Talar de Pacheco y la Universidad de Belgrano empezó a quedar a 20 minutos de viaje en auto. Veo que ofrece una licenciatura de posgrado en Psicología que es lo que quería seguir. Voy, me inscribo. Había tenido una entrevista con el decano de posgrado y poco tiempo antes de comenzar a cursar me dice: “Lorenzано, ¿usted es psicólogo?. Y le digo “no, soy médico, radiólogo”. Me responde “esto es para médicos psiquiatras o psicólogos, no puedo inscribirlo en esta licenciatura; pero fíjese que charlé con usted y tengo un posgrado que le va a interesar seguro: Metodología de la Investigación dirigido por Klimovsky”. No sabía quién era Klimovsky, pero igual me inscribí y empecé a cursar. Creo que fue en el '73.

R. C.: ¿Qué le decía Graciela de estas nuevas inclinaciones?

Una de las características de nuestro matrimonio es que cada cual se desarrollaba por su cuenta. Graciela participó conmigo, era una de las militantes universitarias, después me acompañó en la militancia política –de lo cual no voy a hablar–. Muere una hija nuestra –eso lo conté– y Graciela salió de eso yendo al taller de cerámica de Leo Tavella que era el mejor ceramista que hubo en el país. Graciela en el año '73 ya obtiene el Segundo Premio Nacional de Cacharro. En el año siguiente obtiene el Premio Nacional de Escultura en Cerámica. Así que ella desarrollaba la parte del arte y yo hacía mis estudios de filosofía de la ciencia. Siempre nos acompañamos.

R. C.: Así que tu ingreso a Filosofía es cercano al fallecimiento de la chiquita.

Sí, más o menos. Hay días, cada tanto, que recuerdo cuando puede haber muerto o cuando puede haber nacido, pero lo olvido. El asunto es que ahí aprendí filosofía de la ciencia. Éramos veinte inscriptos en el primer año. Soy un excelente alumno, así que me sentaba en primera fila, tomaba apuntes y en el segundo año fui el único que quedó.

R. C.: Para depresión de Klimovsky.

No, él estaba encantado. Escuché varias veces sus clases, y supe hasta en qué lugar decía los chistes. Podía reproducir sus clases, aunque no hacía los

mismos chistes porque me daba vergüenza, pero una vez lo hice. Lo tuve de profesor a Klimovsky en primero y segundo año, tuve Estadística con Puente, Filosofía de la Psicología con Charito Lorez Arnaiz; Ruth Sautu fue también mi única profesora en Metodología o Filosofía de la Sociología, en segundo año. Con Ruth hicimos una muy buena amistad porque charlábamos, yo de medicina aplicada a las ciencias sociales, y ella de ciencias sociales. En fin. Nos hicimos muy amigos y cuando terminamos el curso me dice “Lorenzano muchas gracias, aprendí mucho con usted”; yo también aprendí mucho con Ruth. Por eso cuando necesité un metodólogo en el doctorado le pregunté a Ruth que me mandó a uno de sus ayudantes.

R. C.: Entonces, llegó a México y una de las primeras cosas que hizo fue ir a la Facultad de Filosofía de la UNAM.

Sí. Recorría los pasillos y no había nadie. Tropiczo en un pasillo con una placa que decía “Seminario de metafísica” y pensé “qué locos del diablo, un seminario de metafísica”. Ni siquiera podía entender lo que era eso. Me recibió Carlos Pereyra, filósofo de las ciencias sociales, de la historia, muy talentoso, que murió muy joven -nos estimábamos mucho-. El que me recibió después en el Instituto fue Mario Bunge. Que también me recibió muy bien; me regaló su libro de la investigación científica y al año siguiente se fue. Esto era en el '77 o '76. Mario se fue a fines del '76. Peleado con todo el mundo como era su costumbre, después de decir que en México no hay Lógica.

C. A.: Tuvo una charla con él, le presentó el Instituto y empezó a estudiar. ¿Cuándo empezó a cursar?

Filosofía en la UNAM comprende al Instituto de Investigaciones Filosóficas y a la Facultad de Filosofía y Letras que no son lo mismo, tienen distintas autoridades, etc. Yo a lo que entré es a la Facultad. La facultad tenía tres cátedras de Filosofía de la Ciencia y se dictaba durante un año, dividido en dos cuatrimestres –semestres se llamaban allá–. Mario Bunge estaba como miembro del Instituto y además dictaba una de las cátedras de filosofía de la ciencia. Cuando se va, deja sin titular a una de las cátedras. El único que conocía algo de Filosofía de la Ciencia era yo, así que tomé el lugar de Mario Bunge. Retrocediendo, eso fue en el '77. En el '76 yo estaba en las Torres de Mixcoac. Voy a la facultad caminando –no tenía coche todavía– en la misma dirección de un muchacho –yo había cumplido 39 años en México– de 30 años, alto, delgado y rubio. Empezamos a caminar y le pregunto “¿a dónde vas?” y me responde “a la facultad”, le digo “yo también, ¿cómo te llamas?” y dice “Ulises”. Llegamos juntos a la Facultad de Filosofía y desde entonces fuimos amigos para toda la vida.



Figura 6: Ulises Moulines en una actividad del Instituto de Investigaciones Filosóficas .

C. A.: ¿Cursó algo en México para poder tener un cargo de profesor en el grado?

Yo tenía un título de grado en medicina, y eso habilita para dictar clases en la universidad. Aquí ocurre lo mismo. Además tenía un buen conocimiento en filosofía de la ciencia.

La universidad tiene maestrías y doctorados. Ya en el '77 me inscribí en la maestría, pero no tenía el título de grado en filosofía. Para tenerlo, y cursar la maestría rendí un examen global de la licenciatura ante un tribunal formado por tres profesores que me dieron por aprobado el 60% de la carrera y me dieron 12 materias de prerequisite que las cursé y aprobé. Ahora, con el título de grado en filosofía, pude ingresar a la maestría. Mirá, el número no me acuerdo, pero si bien entre maestría y doctorado eran como 20 cursos o algo por el estilo, yo debo haber cursado 40. Es decir, aprovechaba todo lo que había. Hice la tesis de maestría sobre teoría del arte, "La estructural psicosocial del arte" (es una teoría del arte basada en Piaget). Tuve como director de tesis a Néstor García Canclini.

R. C.: Mientras tanto usted seguía trabajando como médico, de eso vivía.

Como médico tiempo completo (y sueldo completo) y como profesor de Filosofía de la Ciencia dedicación simple (y sueldo simple). En el '78 empecé a dictar también la cátedra de Historia de la Ciencia que hacía 15 años que no se daba y que aproveché para dar todos los semestres un tema distinto: Galileo, Newton, Freud, etc., mi hijo Pablo fue alumno mío en los dos cuatrimestres de Filosofía de la Ciencia, que era obligatoria y después se quedó dos años cursando Historia de la Ciencia que era optativa.

La ultrasonografía (ecografía en Argentina)

No quisiera terminar de responder tus preguntas sobre el exilio sin agregar mi experiencia de diez años como médico del servicio de radiología del Hospital "20 de Noviembre".

Sucedió que al poco tiempo de incorporarme, el estado mexicano organizó un curso de tres meses destinado a formar a radiólogos de los distintos servicios del DF en la entonces nueva tecnología de imágenes por ultrasonido. Una plaza era para el "20 de Noviembre". Nadie tenía interés en ir, así que decidieron enviar al único que no podía negarse. Allí fui. Los profesores eran el Dr. Johnson de Denver Colorado, autor de los mejores artículos científicos en esa especialidad y el vice presidente de la Asociación internacional de ultrasonido, un médico de origen japonés cuyo nombre no recuerdo.

Aprendí con los mejores. Cuando llegó al "20 de Noviembre" el primer equipo de ultrasonografía, yo era el único que podía manejarlo, y enseñar a los residentes del servicio. En un principio, aunque hacía los estudios nadie los tomaba muy en serio. Incluso los residentes mascullaban por lo bajo cuando les tocaba rotar por mi sección. Al cabo de un año, me consultaban incluso los otros médicos del servicio y los residentes se peleaban por rotar por ultrasonografía. Llegué a formar más de sesenta especialistas egresados de la residencia, mexicanos, pero también peruanos, bolivianos, colombianos, dominicanos, además de varias decenas de radiólogos de los hospitales del ISSSTE situados en las provincias que venían a hacer una pasantía de actualización conmigo. Muchas de las tesis de graduación de los residentes eran investigaciones acerca de la eficiencia de los diagnósticos ultrasonográficos, contrastándolos con los resultados de anatomía patológica de biopsias y autopsias. Para nuestra sorpresa, los datos arrojaban un porcentaje de diagnósticos correctos que igualaban e incluso superaban del resultados de prestigiosos servicios de Estados Unidos. En síntesis fui uno de los tres fundadores desde el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado de la ecografía en México. Esa experiencia me permitió luego, regresado a Argentina, a incorporarme como radiólogo ecografista del Hospital Francés, y trabajar con equipo portátil propio en sanatorios del conurbano. Papá, que escuchaba sin prestar atención cuando le contaba de mis actividades como filósofo -sin duda dolido todavía por no haber satisfecho sus expectativas como médico- ahora engolaba la voz remarcando cada palabra cuando decía que era médico del hospital Francés-.

C. A.: ¿Desarrolló alguna otra actividad académica?

Dirigí un seminario de investigación de 40 profesores. Había una entidad que se llamaba "Colegio de Bachilleres" que entonces era relativamente nuevo, grande, con filiales en todos los estados de México, y con un cuerpo de pro-

fesores que querían iniciarse en la investigación. Entonces, dirigí ese seminario durante varios años.

R. C.: Trabajaba como médico y como filósofo ¿Cuál le interesaba más?

Cada vez que ingreso a esos diferentes mundos lo hago a nivel profesional: para los fotógrafos soy un fotógrafo profesional; para los historiadores soy un historiador profesional; para los filósofos soy un filósofo profesional. Es así. Nadie me toma, en ninguno de los campos en que trabajo, como un amateur, me toman como su par. Si cocino y publico mis recetas, también lo hago como un profesional; tengo miles de seguidores y recetas premiadas.

C. A.: Hay importantes resultados de la maestría.

Pude dar rienda suelta a mi interés por el arte con la tesis de maestría. Esa tesis fue publicada por la editorial Siglo XXI en el año '82 como La estructura psicosocial del arte. En el año '83 hago un análisis de unos murales fenomenales. Envío el escrito anónimamente y obtengo el primer premio en el Salón Nacional de Crítica del Arte. Por eso te digo que soy un par para los historiadores de la ciencia, los filósofos de la ciencia, los teóricos del arte, y los críticos del arte. No he parado nunca de trabajar. No paro ni sábados ni domingos. Nunca paro. Por eso he podido hacer tantas cosas, ¿no?

R. C.: Estamos en el '77 y ahí escribe el artículo sobre la medicina como ciencia empírica.

En el Instituto de Investigaciones Filosóficas los miércoles había un seminario de investigación en Filosofía e Historia de la Ciencia. Lo dirigía Mario Otero, filósofo uruguayo amigo de Bunge y citado por Bunge. Cuando llegó Ulises, se incorpora al Instituto de Investigaciones Filosóficas, y a codirigir el seminario. Creo que fue Ulises que me invitó a ir al seminario, ya no me acuerdo. Pero el asunto es que todos los miércoles iba al seminario y charlaba, siempre fui un discuditor. Un día Ulises llega a casa —como dije, vivíamos en el mismo complejo habitacional— y me dice “César, ¿por qué no nos contás algo de medicina en el seminario?”. Bueno y escribí el artículo ese Análisis metodológico de una ciencia empírica: la medicina y lo presenté en el instituto. Además, me dijo Ulises “si haces Filosofía de la Medicina no precisas tanto formalismo lógico”. Ese fue mi comienzo como investigador de la historia y la estructura del conocimiento médico. En el '77 llega Joe Sneed, el iniciador de la metateoría estructuralista, invitado por Ulises, que escribe los primeros artículos en español difundiendo la, en ese entonces, nueva corriente epistemológica. Creo haber sido el primero en utilizarla como una herramienta para el análisis de las teorías de la medicina.

C. A.: En este momento, ahí en este Instituto, estaban Otero, Salmerón... ¿quién más estaba ahí?

Ramón Xirau, exiliado español. Luis Villoro, una de las grandes figuras de la filosofía mexicana. Villoro escribe *Creer, saber, conocer*, uno de los primeros libros de teoría del conocimiento escrito en México. Margarita Valdés, y Margarita Ponce, que se dedicaba a filosofía de la biología... ¿Quién más? Hugo Margáin, un muchacho muy capaz que lo matan (es el esqueleto que tiene guardado el Instituto en el placard). No voy a decir públicamente por qué lo mataron, pero le pegan un tiro y se desangra porque le dieron en la poplítea o la femoral y se desangra. No voy a ahondar en esto, son chismes.

C. A.: ¿Qué se discutía ahí?

Como conté, había metafísica, pero no en el Instituto sino en la Facultad. En el Instituto se estudiaba e investigaba filosofía analítica. Invitaban filósofos del exterior, Strawson, etc. Mark Platts fue un filósofo especializado en teoría del significado que se quedó a vivir en México. Asistí a un seminario notable que dictó sobre Wittgenstein, que me sirvió muchísimo para mis propias investigaciones. Estaba Laura Benítez, que recién había terminado su tesis sobre Descartes, y Antonio Robles, con quienes dimos una serie de cursos para profesores de la preparatoria (corresponde a nuestro colegio secundario). Muy inteligentes los dos, Robles inteligente y gracioso. De él aprendí los palíndromos “oidos, os odio”, “Ada, rusa rasurada”, “A la rusa rasúrala”, etc. etc. Escribía los más desopilantes palíndromos.

C. A.: En el doctorado trató la estructura del conocimiento.

Durante mi primer año en México era un filósofo de la ciencia clásico. Estudiaba siempre todo el día y además salía del hospital al café de enfrente –Don Polo– a tomar un café americano con una torta cubana –un espectacular sandwich de pierna de cerdo, palta y pasta de frijoles– para estudiar por ejemplo a Waismann en su libro sobre las relaciones entre Wittgenstein y el Círculo de Viena. Las placas radiográficas estaban separadas por un papel amarillo, que guardaba para escribir en ese papel amarillo todo lo que tenía que escribir, incluyendo mis clases. ¿Qué me habían preguntado?

C. A.: ¿Cómo llegó a este tema para el doctorado?

Yo seguía con la onda piagetiana. Era un neopositivista que aceptó a Kuhn después de criticarlo durante un año entero en mis apuntes y en mis clases, e hice mi “conversión khuniana” un año después, en el '79 cuando empecé a conocer los primeros escritos de Ulises sobre estructuralismo. Al mismo tiempo conocí los primeros artículos sobre Bourdieu de Néstor García Canclini, que me los pasaba

para que se los comentara, y por eso fui uno de los primeros que introdujo Bourdieu en la carrera de Sociología. Estaba muy impactado por Bourdieu, igual que ahora, eso no ha cambiado en mi vida. Para mí el conocimiento fue siempre no proposicional. Utilicé a Piaget para fundamentar la teoría del conocimiento práctico no proposicional o algo así, ¿no? La idea básica es que, como de costumbre, uno, para hacer filosofía tiene que conocer ciencia o al menos alguna ciencia. Me basé en Piaget, en la psicología de Piaget, y me interesó mucho el conocimiento práctico porque no había sido estudiado prácticamente casi por nadie.

C. A.: Y una vez más usó Piaget.

Sí. La tesis parte del supuesto de que el conocimiento práctico con el que actúan los artesanos, los artistas, los deportistas o cualquiera de nosotros en la vida cotidiana es la continuación, en el adulto, de la etapa sensorio-motriz descrita por Piaget. Una etapa que comienza con las acciones exploratorias con las que el pequeño sujeto epistémico aprende a localizar y succionar el pezón materno y se complejiza hasta que al llegar a los dos años se desplaza e interactúa con objetos y personas de su entorno, previendo las consecuencias de sus actos.

A los dos años comienza la etapa simbólica en la que adquiere el lenguaje, y los tanteos ya no son prácticos, sino que los realiza en su interior antes de actuar y resolver el problema que surge en su medio. En esta etapa las palabras están ligadas a la imagen de los objetos con los que se aprendió a usarlas -objeto paradigmático diría Wittgenstein-, y las oraciones se componen por las semejanzas que guardan entre sí las imágenes ligadas a las palabras, por lo que el niño de tres años habla como si fuera un poeta. Finalmente llega al concepto donde no hay imágenes, donde las palabras, las oraciones, no evocan imágenes y se organizan siguiendo reglas gramaticales y lógicas. Un proceso que sigue hasta los 16 años cuando posee todas las estructuras lógicas. Estas categorías que desarrolla desde el nacimiento a la adolescencia un sujeto epistémico cualquiera y que para Piaget son las condiciones de posibilidad del conocimiento, coinciden con las condiciones de posibilidad kantianas que dejan de ser a priori, como lo piensa Kant, sino que son el resultado de un largo camino en el cual un sujeto epistémico cualquiera las construye por etapas desde el nacimiento hasta la adolescencia. Es decir, eso es Kant genitizado. Se puede interpretar que, para Piaget, estas etapas que el sujeto epistémico sigue para llegar a las categorías kantianas son escalones que se dejan atrás una vez superados. Mi interpretación es que cada una de estas etapas persisten en el adulto lógico, hipotético deductivo, que actúa con las estructuras del conocimiento práctico, ama y crea con el conocimiento simbólico. Cuando se lee literatura, se pasa por dos etapas: una en la que se lee sub vocalizando, como si se

leyera en voz baja y la segunda en la que directamente se lee, sin sub vocalizar. Un fenómeno curioso es que llega un momento en que el lector se sumerge en el mundo del texto, y comienza a verlo, y a los personajes actuando en él. Es el pensamiento simbólico el que nos lleva a ese mundo del arte.

C. A.: Cuanto más te sumerjas, mejor.

Vivís en el mundo que describe y esto ya es simbólico. Es decir, el pensamiento simbólico persiste siempre y es lo que dota de contenido a ese mundo, lo inviste libidinalmente, como diría Freud. El ejemplo del arte permite ir más allá, y sostener que el pensamiento simbólico actúa también en el mundo cotidiano, en nuestro recorrido por el mundo, al que dota de significado.

Esta persistencia de etapas anteriores en el sujeto adulto es la que me permite ir de la etapa sensorio-motriz de Piaget al conocimiento práctico del adulto, al know how, distinto al know that proposicional. En mi tesis de doctorado hago primeramente una reconstrucción semi estructuralista del conocimiento práctico según Piaget. Luego muestro cómo el conocimiento teórico tal como lo presenta el estructuralismo es un conocimiento práctico. Son dos etapas. La primera, la del sujeto epistémico que actúa con conocimiento práctico, es lo que desarrollo más tarde de manera independiente y con un enfoque más complejo.

C. A.: No todo conocimiento es proposicional.

Mi idea es que ningún conocimiento es proposicional.

R. C.: ¿Y el conocimiento de base teórica, la física teórica?

Tampoco es proposicional. El conocimiento físico es disposicional. Las leyes físicas no dicen lo que ocurre -lo que carecería de interés-, sino que predicen lo que ocurriría si se dieran tales o cuales factores en el mundo y esto es atribuirles una disposición a comportarse de cierta manera. Sin esta predicción disposicional no hay acción humana posible. Ni siquiera planificar un experimento de laboratorio. Popper dice cosas parecidas en La lógica de la investigación científica.

R. C.: Que, aunque sea teórico tiene una disposición práctica, que se hace en la mente del pensador.

No hay mente.

R. C.: ¿No hay mente?

No hay mente.

Hay una disposición a la acción.

R. C.: Está buena esa.

¿Cómo aparece y actúa la disposición? Muy simple, hay un estímulo externo que la despierta, la hace actual.

No es innata, se construye. Una vez que está constituida se despierta la disposición por un estímulo externo. Es decir, ¿por qué te levantas y vas al baño? Porque la vejiga despierta la disposición de orinar y vas caminando para el baño sin que tengas que decirlo ni pensarlo. Si fueras un bebé, orinarías en el pañal. Es muy elemental todo esto.

EL REGRESO A ARGENTINA

Cláudio Abreu: César, ¿Pensó en quedarse para siempre en México?

Lo pensé seriamente. Es decir, me fui para no regresar. No pensé nunca que se iba a acabar la dictadura, y no quería repetir la experiencia del exilio español que decía “el año que viene estoy en España”. Pasaron tantos años que gastaron el dedo golpeando la mesa diciendo “este año volveremos”. No, yo me preparé para quedarme para siempre. Cae la dictadura y ahí empiezo a pensar en el regreso. Ocurrió también que me arrebataron dos concursos de tiempo completo que había ganado, uno en la UAM Xochimilco y otro en la UNAM. En la UNAM competí con Juan José Saldaña, que posteriormente tendría una brillante carrera académica, llegando a la presidencia de la División Internacional de Historia de la Ciencia. Me presenté al concurso porque era un cargo de tiempo completo en filosofía de la ciencia y lo gané. El sindicato intervino y le dio por ganado el concurso a él, porque era titular de la otra cátedra de historia de la ciencia. Protesté, pero no hubo nada que hacer. El otro concurso era de Filosofía de la Medicina en la Facultad de Filosofía de la UAM Iztapalapa, un concurso que gané y, por esas internas que hubo dentro de la universidad, se anuló incluso el llamado a concurso; como si no se hubiera hecho nunca. Bueno, no tuve un tiempo completo en la universidad y eso atentó mucho contra que me pudiera quedar.

C. A.: Y aquí por las condiciones que veía, era posible volver.

Políticamente era posible volver; económica y socialmente fue un error que dejó de serlo después de los años. El mundo había cambiado mucho.

C. A.: ¿Qué sintió al llegar?

Estaba mi familia, estaban papá, mamá, mis amigos de siempre. Lo que sentía es que había dejado a mis amigos mexicanos.

C. A.: ¿Eso fue lo bueno de regresar?

Lo bueno y lo malo. Escribí un artículo sobre la experiencia que tuve cuando llegué. Era una experiencia similar a la Rip Van Winkle quien duerme durante 20 años y regresa a su pueblo para darse cuenta de que todo ha cambiado. Mi dicho de ese momento es “el hombre que no es, volvió al lugar que no está”.

C. A.: ¿Cómo sintió que la sociedad argentina recibió a los exiliados que regresaban?

Nos recibió aceptablemente bien. En realidad, la sociedad argentina no se preocupaba de esto, los que se preocupaban eran los académicos que se habían

quedado en el país (muchos de los cuales eran cómplices de la dictadura). Se vivió —o ellos lo vivieron— como “nosotros nos quedamos y aguantamos todo y ellos pudieron formarse, hacer doctorados”. Me volví a insertar, no gracias a los argentinos que se habían quedado, sino gracias a los compañeros de exilio. Nos encontrábamos unos 25 amigos los sábados en “El Taller”, ese café y restaurante de cuando Palermo no era Palermo Hollywood. Algunos provenían del exilio y otros eran sobrevivientes de la masacre universitaria en La Plata. Ese fue nuestro grupo de pertenencia durante años. Comíamos, discutíamos de política. Un día Mario Margulis me dice “¿qué te parece si das un curso de arte?”. Así que propuse y dicté un seminario de Sociología y Teoría del Arte. Eso lo conté, ¿no? Después otra amiga me ofreció la oportunidad de entrar al Ciclo Básico Común. Al Ciclo Básico entré con una dedicación semiexclusiva para a los seis meses tener una exclusiva y mi propia cátedra que heredé de un profesor que la dejó.

C. A.: ¿Esta amiga era exiliada también?

Exiliada también. Además, se contaban con los dedos de la mano los que sabían filosofía de la ciencia. Al poco tiempo, fui director del departamento de Introducción al Pensamiento Científico y empecé a dar cursos de formación para mi gente y para el resto. Organicé congresos para incitar la investigación dentro del CBC y traía gente para que hablara. Me di el gusto de que dieran simultáneamente sus conferencias Klimovsky y Enrique Marí, que representaban los dos polos, en ese momento, de la epistemología.

C. A.: Regresó, entonces, como filósofo de las ciencias. ¿Trabajó como médico después del exilio?

Tuve una experiencia de lo más curiosa, porque hice reemplazos en las vacaciones de colegas en institutos de radiología, y retiraba mi porcentaje porque necesitaba dinero. Ya era profesor titular de la UBA con la máxima dedicación, pero el sueldo eran 300 dólares por mes y no alcanzaba absolutamente para nada. Al finalizar los 15 días de vacaciones, me entero de que querían pagarme lo que se le paga a un residente. Así que mi primera experiencia de trabajo médico fue desastrosa.

C. A.: ¿Fue la única experiencia trabajando como médico?

No, seguí trabajando como médico todo el tiempo. Trabajé como médico hasta el año '98.

C. A.: ¿En consultorio?

En diversas experiencias. Compré un equipo portátil de ecografía y empecé a hacer ecografías en diversos sanatorios del conurbano. También trabajé

durante dos años para un ecografista. Después me hice cargo del departamento de radiología del Instituto Lambertini en San Isidro. Sí, trabajé todo el tiempo en ecografía y radiología. Después volví a Pacheco como ecógrafo del radiólogo que había allí. Esto fue hasta el '97, '98. En el '98, cuando se pone en marcha la UNTREF, le digo a Martín Kaufman, el vicerrector “mirá, voy a dejar tal cosa si vos me aseguras tal otra cosa”. Así dejé de hacer medicina.

Raul Chullmir: ¿Le costó dejar medicina?

Sí y no. Era demasiado trabajo. Estaba en el Ciclo Básico como director, hacía las ecografías, escribía, publicaba, etc. Fui el primer investigador de categoría 1 que tuvo el Ciclo Básico. Ya no sé cuántas cosas más hacía.

Lo que llegué a apreciar de la medicina —que había sido, como te contaba antes, el sueño de mi papá— era la relación con la gente, eso era inefable. Es decir, era ver la clientela y saber que estaba viendo al nieto de la persona que había atendido antes de que fuera madre siquiera. Era atender a la abuela, la hija, la nieta. Saber que abría la puerta de la sala de espera y que me encontraría con caras amigas. Eso ya no lo tenía más en mi trabajo ecográfico, así que no, no me costó.

También ocurrió, dentro de las tantas experiencias y cosas que abandoné, que en el año '90 un amigo, también del exilio, fue nombrado dentro de la Secretaría de Ciencia y Tecnología como director del Sub Programa de Innovación Tecnológica. Estábamos charlando, cuando me dice “¿no querés hacer algo en el Subprograma?” y le digo “sí ¿qué te parece que podemos hacer?”. Hice una revista que se llamó I+D Investigación y Desarrollo —nombre que tengo registrado— con el espíritu de que intervinieran en la revista todos los agentes de la innovación tecnológica que no interactuaban entre ellos para que interactuaran simbólicamente dentro de la revista. ¿Quiénes son esos agentes? Científicos, universidades, unidades de innovación tecnológica, de transferencia, empresas. Llegué a sacar cinco números de lo que creo fueron las mejores publicaciones que se hayan hecho dentro del Estado. Eran tan buenos que el Ministerio de Educación me compró 10 mil ejemplares de cada uno de los números para distribuirlos en las escuelas secundarias para que aprendan ciencia y tecnología. En esa revista escribía un artículo central en el que contaba una investigación argentina que culmina con una transferencia exitosa. Eso duró dos años y medio más o menos, hasta que cambió el ministro. Esto es muy insólito, ¿no? Si ustedes se fijan en la fecha es la época de pleno menemismo. El que era secretario de Ciencia y Tecnología era Liotta. Nunca tuve la menor presión política. Mi amigo, Oscar Colman, Director del Subprograma de Innovación Tecnológica, respetó absolutamente todo lo que yo hacía. Ahí aprendí a editar y a recortar artículos para que cupieran dentro del formato de la revista.

Interactué con científicos de primera línea que pertenecían al comité de editores de I + D, como Héctor Torres, Daniel Filmus o Alberto Cassano, de Santa Fe, a quien recuerdo muy bien porque fue el primer ingeniero doctor que hubo en el país. Me contó algo que no sabía y es que el gran problema que tuvo la investigación durante la dictadura de Onganía –quien intervino la Universidad de Buenos Aires, atacando sobre todo a la Facultad de Ciencias Exactas–, en lo que se conoce como “la noche de los bastones largos” y que hizo que muchísimos investigadores en la UBA se fueran del país, esa represión no se trasladó al interior y pudieron investigar como siempre. Es algo que no sabía y que condice bastante con el perfil desarrollista de Onganía desde el punto de vista económico, pero dictatorial desde el punto de vista político. Se hizo una presentación pública de la revista en la que, como siempre, hablaron varios –yo también– y habló el ministro Liotta que no tenía ni la más pálida idea de quién era yo, ni lo que hacía. Me decía “señor Lorenzano” ... Pedazo de alcornoque, tenía ganas de decirle, “soy profesor doctor, como usted”. Cambió el ministro y se hizo cargo Del Bello, que era amigo de mi amigo, pero curiosamente subsumió el Subprograma de Innovación Tecnológica en otros programas que se unificaron para crear la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica; desapareció la revista y me tuve que ir. Duró dos años la experiencia. Estaba muy contento porque pensé que estaba haciendo algo útil para el país. Contribuir a la innovación tecnológica era una de mis aspiraciones de política científica. Conocí de primera mano a los principales investigadores del CONICET, que presentaban sus proyectos ahí. Conocí todos los proyectos, uno por uno.

C. A.: ¿Qué veía que era esencial reconstruir?

La universidad. La universidad estaba destrozada. Creamos la carrera de sociología y cuando apenas ingresé al Ciclo Básico Común fui quien sugirió el programa de estudio de Introducción al Pensamiento Científico del Ciclo Básico Común que votó el Consejo Superior de la UBA.

R. C.: ¿El Ciclo Básico cuándo comenzó?

En el '85.

El Ciclo Básico tuvo la enorme virtud de compensar, dar igualdad de oportunidades a quienes se habían formado en buenos colegios, y quienes no. Es lo mismo que hice cuando diseñé el Curso de Ingreso de la UNTREF: igualar oportunidades. Los alumnos que ingresan a la universidad provienen de distintas clases sociales y de distintos colegios, de distintas formaciones, y si no se los forma en el ingreso a la universidad, persisten las desigualdades en lo que se llama el capital cultural. Además, permite a los adolescentes, que maduraban mucho más tardíamente de lo que nosotros habíamos madurado, darse un

tiempo incluso para cambiar de orientación, ver otras posibilidades, evitando que ingresen en una carrera sin que sepan de qué se trata. Creo que esos dos años son muy valiosos para los estudiantes. Les comenté que mi cátedra llegó a tener 36 profesores más o menos y debe haber dado clases a unos 70 mil alumnos más o menos. Cuando lo cuento parecen cifras de la universidad de Shanghai, cifras chinas. Eso hizo que mi libro de Filosofía de la Ciencia fuera el más vendido de todos los tiempos en Argentina. Se editaron y vendieron 14 mil ejemplares y se fotocopiaron infinitamente.

C. A.: ¿Cómo llegó a trabajar en el CBC?.

La memoria es muy floja y también muy selectiva. Cuando oí hablar del CBC me pareció una cosa menor y no quise ni siquiera arrimarme, hasta que me llama la vicedirectora –que me conocía del exilio– y me entero exactamente de lo que es.

C. A.: También otra persona del exilio.

También otra persona del exilio.

CBC Y LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA EN ARGENTINA

Cláudio Abreu: ¿Cuál es la idea que motiva la introducción de Pensamiento Científico en el CBC?

La misma idea que tuve en la UNTREF de tener tres materias básicas: qué es la ciencia, qué es la cultura y qué es la sociedad. Introducción al Pensamiento Científico responde a la pregunta por la ciencia.

Raul Chullmir: ¿Cómo fue su experiencia al enseñar esa materia a adolescentes que recién ingresaban a la universidad?

Lo primero que hice apenas me hice cargo fue una encuesta generalizada para saber qué tipo de estudiantes eran (clase social, etc.) y además planteé una serie de ejercicios de Piaget para saber en qué etapa del pensamiento se encontraban. Para mi sorpresa sólo había llegado al pensamiento lógico la mitad de los alumnos, no porque fueran tarados, sino porque no se los había exigido en nada. ¿Cómo un adolescente llega al pensamiento lógico? Cuando se le plantean problemas y se lo hace estudiar. Es decir, no hace falta que aprenda epistemología, porque llega naturalmente, al igual que llega la edad para que salgan los dientes. Es decir, hay un núcleo que necesita para madurar ciertas condiciones sociales y de entrenamiento. Si existe, el pensamiento lógico sale solo. Así que pensé que la tarea era ayudarlos a madurar planteándoles cosas que no les habían planteado antes.

Al revés de lo que me preguntás, el programa de Introducción al Pensamiento Científico -que se dividía en Lógica y Epistemología - comenzaba con algo tan abstracto como la Lógica, que al ser tan ajena a la experiencia cotidiana de los estudiantes, constituía un desafío que apresuraba su maduración intelectual. Enseñar con ejemplos sencillos cómo está estructurado el pensamiento científico también ayudaba a que construyeran sus propias estructuras epistémicas. Una de las estrategias que usé, por ejemplo... Estoy convencido que los científicos y los detectives suelen usar el mismo tipo de inferencias. No sé si ustedes conocen los cuentos policiales de Rodolfo Walsh. Esos cuentos son excepcionales y están hechos como si fuera un ajedrecista. Entonces, los ejercicios prácticos consistían -uno de los tantos ejercicios, ¿no?- en elegir cuentos en los que deliberadamente se excluía la última página con la solución del misterio y hacer que los alumnos pensaran quien era el asesino, así como el razonamiento por medio del cual llegaron a esa solución. Al hacerlo, reconstruyen la forma de pensar que pone Walsh en los cuentos que son epistemológicamente bien fundados, aunque el autor no sea consciente de esta circunstancia. Como digo siempre, la ciencia es un hecho, algo que pertenece

al moblaje del mundo, al que la filosofía de la ciencia le atribuye una estructura determinada en la medida que lo analiza con ciertas herramientas. Science is a fact, la ciencia es un hecho.

Te cuento una cosa muy simple. Me he encontrado con exalumnas como cajeras de supermercado, que me reconocen por el apellido y me agradecen el haber sido mis alumnas. Una de las secretarias del rectorado que hace años que está en la universidad, Sol Schneider, el año pasado, por primera vez, me dice "Dr. fui alumna suya en el Ciclo Básico y es uno de los cursos que recuerdo con más cariño". Demoró muchísimos años en decírmelo.

Ahora que recuerdo, cuando volví traté de recuperar mi viejo lugar en el Hospital de Tigre... Siempre llego tarde. Llegué tarde a la beca CONICET que hubo para gente del exilio. Llegué tarde para recuperar mi puesto y los radicales ya habían cerrado la posibilidad. Pero era director del hospital Baldassarre, a quien mi papá había ayudado mucho cuando llegó a Trenque Lauquen a hacer cirugía, y me devolvió el cargo que tenía antes del exilio. Así que me transformé en el ecografista del Hospital de Tigre durante cerca de un año, mientras iba al Ciclo Básico. Iba dos o tres veces por semana, llegaba, comía con los médicos de la guardia. Dejé de ir porque en un episodio extrañísimo los médicos hablaban de política y había uno que había compartido amistad con Aníbal Gordon. Aníbal Gordon fue uno de los torturadores de la dictadura, de los secuestradores pertenecientes a los servicios. Al único que veía como progresista, un anestesista muy tímido, en una ocasión decidieron mantenerlo (es decir, maltratarlo físicamente). Mientras lo maltrataban en el suelo, el ayudante amigo de Aníbal Gordon hizo como que le aplicaba la picana. Me paré, grité "¡basta!" y se quedaron mudos. Me fui y no volví nunca más. Bueno, esa era otra de las experiencias de llegada, ¿qué tal?

C. A.: En Argentina, ¿quiénes eran los referentes en Filosofía de la Ciencia?

Gregorio Klimovsky, Enrique Mari, Félix Schuster y algunos discípulos que habían formado.

C. A.: ¿Qué fue lo que introdujo como novedad?

Introduje en mi libro, que se editó en el año '87, las corrientes epistemológicas más actuales -Kuhn, Lakatos, el estructuralismo- así como una visión renovada del inductivismo y del hipotético deductivismo, expuestos en un lenguaje accesible, y con ejemplos provenientes de la medicina que eran comprensibles para todos, al contrario del lenguaje y de los ejemplos usuales de las ciencias exactas. Apenas lo vio Víctor Zavalía le encantó y lo publicó. Esto lo tengo que contar. Estábamos hablando de la modernidad de las impresiones y mientras lo charlábamos había puesto las grandes planchas impresas para que firmara

la primera página de cada ejemplar. Esto es lo más contradictorio que he visto en mi vida, charlar de la modernidad editorial mientras la firma era absolutamente manual. Se vendió muchísimo.

C. A.: ¿Cómo fue la recepción de Lakatos y, en especial, de Kuhn y el estructuralismo?

Te diría que me recibieron muy bien a mí. En esa época, y probablemente lo haya seguido siendo durante años, fui formador de instituciones y formé ALE-HSA (Asociación de Lógica, Epistemología, Historia y Sociología de la Ciencia). En ella hice participar a quienes hacían Filosofía de la Ciencia en el país, incluyendo a Klimovsky, Schuster, etc., para reunirnos una vez por mes los miércoles a contar una investigación. Con esto rememoraba el seminario de Historia y Filosofía de la Ciencia del instituto y el seminario que tenía con mis profesores del Ciclo Básico miércoles por medio. Duró la experiencia ocho meses o algo por el estilo, hasta que me di cuenta de que una vez que contaban una cosa, se acababa y no había más. Lo que quiero decir es que no había programas de investigación, entre otros motivos porque no se financiaba la investigación.

PLANIFICACIÓN ACADÉMICA

Cláudio Abreu: ¿Cómo llegó entonces a planificar la Universidad Nacional de Tres de Febrero y la de Lanús?

También es una larga historia. Yo quería organizar el posgrado, el doctorado que tengo ahora, y en la UBA era imposible porque había que vencer tantos obstáculos, entre ellos que surgiera de un convenio entre Filosofía, Arquitectura y Exactas. Así que trataba de hacer el proyecto y conseguí que le interesara a una universidad del conurbano.

No voy a recordar el nombre, pero es camino a Ezeiza en un desvío hacia la derecha, o la izquierda.

Bien. Llego ahí para hacer el proyecto, invitado por el secretario académico que me presenta al rector, etc. Pasa el tiempo, y el consejo superior no aprobaba la creación del posgrado. Me entero de que el rector no podía presentarlo, debía hacerlo una carrera. En resumen, tenía tantos inconvenientes como en la UBA. Durante meses no supe que ése era el problema. Para entretenerme les redacté el reglamento de posgrado, del que carecían. Durante años la gente de Ciencias de la Educación debía concretar el diseño de una licenciatura en Administración Pública para la UPCN (Unión del Personal Civil de la Nación), con la que se había firmado un convenio. Como no lo hacían nunca, me senté, llamé a la gente de UPCN y en 15 días les hice la licenciatura. Fue aprobada y es el mismo programa que hay en UNTREF, porque vino a nosotros través de uno de los profesores. Ya estaba cancherísimo en hacer esas cosas. Nunca salió mi posgrado. Pero en la universidad el secretario general apreciaba mucho mi trabajo y me presenta a Teodosio, tesorero del radicalismo y diputado nacional por Lanús. Era tercera generación de lanusenses de una familia de tradición. El abuelo había fundado el colegio secundario, el papá la Cruz Roja o el hospital, y él dijo “¿y a mí qué me falta? Una Universidad”. Me pidió que hiciera un proyecto de universidad para presentarlo en el Congreso Nacional. Entonces hice el proyecto completo de la Universidad de Lanús. Se presentan simultáneamente a votación los proyectos de las universidades de Tres de Febrero, de Villa María y de Lanús y salen aprobadas las tres universidades.

Ana Jaramillo es nombrada rectora normalizadora de la Universidad de Lanús. En el plazo estipulado de tres años concreta un proyecto original de universidad que fue aprobado por la CONEAU y el ministerio.

Mientras tanto, faltaba que fuera normalizada la Universidad de Tres de Febrero. El ministerio nombra en 1997 a Aníbal Jozami como rector normalizador, y a Martín Kaufmann como vicerrector. Años después supe que en el ministerio les mencionaron mi nombre. Me contactaron en septiembre para que asesorara

en el proyecto de Universidad. Tres meses después el proyecto estaba listo para ser presentado a la CONEAU, que lo aprueba en marzo del '98. La mutua empatía y la coincidencia de pareceres hizo que avanzara rápidamente en el diseño de una Universidad de nuevo cuño que evitara los problemas con los que había tropezado a lo largo de mi carrera académica y podía sintetizar diciendo que en las universidades tradicionales organizadas por facultades, las corporaciones profesionales son máquinas de impedir cualquier cambio que no sea de su interés. En esencia, se trataba de renovar los mecanismos de acordar e implementar cambios.

Y de crear una Universidad sólidamente asentada en principios de solidaridad social, con fundamentos epistemológicos que interpretaran los cambios profundos de la nueva -entonces- sociedad del conocimiento. (El Proyecto Institucional y Académico que crea la Universidad Nacional de Tres de Febrero puede verse en la página web de la Universidad y en academia.edu.)

En abril del año 1998 comenzamos las clases. En diciembre una asamblea universitaria nombró a Jozami rector y a Kaufmann vicerrector, terminando el proceso de normalización.

Con la escritura del Proyecto no terminó mi etapa de planificador en la UNTREF (entre paréntesis, esta sigla fue otra de mis propuestas aceptadas por Jozami, y que dio lugar a un comentario de Klimovsky, que cuando se lo dije, exclamó "UNTREF, suena bien, como un nombre ruso, IVAN UNTREF").

En 2005 el país estaba inmerso en un proceso de reindustrialización, por lo que cuando el rector me pidió que presentara un proyecto de cambio en la Universidad para realizarse en los próximos diez años, puse el acento en las ingenierías -algo impensable años atrás-.

Raul Chullmir: ¿Cuál es la historia del Posgrado en Epistemología e Historia de la Ciencia?

Estaba el Congreso Internacional de Historia de la Ciencia en San Pablo, Brasil. No tenía un peso y mi suegra me dio los 500 dólares para que pudiera ir. En el viaje me encuentro con Alfredo Kohn Loncarica, que era el director del departamento de Historia de la Medicina de la Facultad de Medicina de la UBA. Nos hacemos muy amigos y también me hago muy amigo de Ubiraitan D'Ambrosio. En ese momento era una figura clave en Historia de la Ciencia en Brasil y miembro del staff de la División Internacional. Otra de las personas que conozco es a Horacio Capel, gran figura de la cultura española, director del Departamento de Geografía Humana de la Facultad de Geografía de la Universidad de Barcelona, director de una revista internacional en la que publica infinidad de gente. Es tan importante mi amigo Horacio que Anthropos, que es una revista europea muy importante, le dedica un número exclusivo. En ese

número exclusivo hay una fotografía en la que aparecen tres personas: él, Kohn Loncarica y yo. Posteriormente me invita a dar un curso en Barcelona, etc. Fue decisivo para mí ir en ese momento a San Pablo.

C. A.: Es un doctorado en el que se tienen que cursar diversos seminarios antes de hacer la tesis. Por lo general, no hacés tantos cursos en un posgrado, ¿por qué es así el diseño?

En primer lugar, tenía la experiencia de México. La Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM exigía que se completaran créditos en cursos de posgrado para la maestría y otros créditos para el doctorado. La oferta de cursos era muy grande, muchos de los cuales los dictaban profesores del exterior, de primer nivel.

En segundo lugar, el posgrado está inspirado en una maestría que se llevó a cabo en la UAM Iztapalapa, cuyo diseño corresponde a Mario Bunge. En el año '75 o '74 hubo un congreso de Filosofía en Guanajuato, en el que se enfrentan dos maneras distintas de ver la ciencia y la sociedad; una es la de Mario Bunge y otra es la de Eli de Gortari. Eli de Gortari fue un filósofo mexicano marxista experto en lógica dialéctica, que es conocido, entre otras cosas, porque fue uno de los tantos profesores de la UNAM que el estado mexicano encarceló en la represión que siguió a la "matanza de Tlatelolco" de 1968, un parteaguas en la historia mexicana, cuando una manifestación pacífica de profesores y alumnos fue masacrada en la plaza de ese nombre. Eli de Gortari concitó la solidaridad de Rudolf Carnap, quien, aunque enfermo, viajó a México para pedir por la libertad de un colega cuya ideología y forma de ver la filosofía no compartía, pero con quien era solidario. Finalmente, se hace la maestría inspirada por Mario Bunge en la UAM-Iztapalapa. Yo dicté el primer curso de Filosofía de la Ciencia en esa maestría.

¿Por qué Mario Bunge hace una maestría abierta a egresados de distintas disciplinas y no a filósofos? Porque dice "los filósofos no conocen nada de ciencia, por lo tanto, no pueden inscribirse en un posgrado de filosofía de la ciencia". No quise ser tan terrible y no quise excluirlos, tengo filósofos cursando el posgrado. Pero la idea se mantiene, tiene que haber propedéuticas para alumnos provenientes de diferentes carreras que no han cursado nunca una materia de tipo epistemológico, histórico, etc.

C.A.: Hay también seminarios para la formación de los filósofos.

En realidad los seminarios son para los egresados de cualquier disciplina, incluyendo los de filosofía, dado que éstos deben reaprender lo que conocen de filosofía de la ciencia a la luz del enfoque de nuestro Posgrado, que los lleva desde los autores clásicos a las concepciones semánticas más actuales.

El objetivo último del diseño curricular en dos carriles -el de epistemología y el de historia de la ciencia, que incluye a la ciencia argentina, es que adquieran un punto de vista coherente con el que investigar la ciencia, lejos del eclecticismo para el que cualquier concepción es válida.

C. A.: ¿Cómo ve hoy el resultado? Porque el doctorado ya tiene más de 60 tesis defendidas. ¿Está contento con el resultado?

¿Podría no estarlo? ¿Por qué podría no estarlo? Las tesis son de muy buena calidad -reconocida por la CONEAU en su evaluación- y nuestros egresados, provenientes de Argentina, pero también de México, España, Colombia, Brasil, y otros países son reconocidos en su buena formación dondequiera ejerzan su profesión. Investigan, publican, participan en congresos nacionales e internacionales. Nuestro posgrado se ha constituido en el mayor formador existente de recursos humanos en filosofía e historia de la ciencia.

R. C.: ¿Qué tiene que controlar?

Tengo que controlar que no se caiga en lo que llamaría “desviaciones filosóficas”. No sé si se terminó de entender que la Filosofía de la Ciencia que enseñamos en el posgrado está diseñada como herramienta para analizar la ciencia desde el punto de vista epistemológico, histórico, social o contextual, y que los egresados puedan intervenir en cualquiera de los aspectos de la producción científica. No para analizar y discutir cerca de filósofos. No para las discusiones intra filosóficas. La filosofía dejó de ser filosofía el día que se separó de la ciencia y empezó a dedicarse exclusivamente a discutir filósofos, en un quehacer que es absolutamente endogámico y no sirve para nada. Habíamos llegado a esa conclusión con Eduardo Rabossi. ¿Eso se los conté?

Eduardo Rabossi tiene un libro –pensé que no había salido, pero salió póstumo– del que habíamos hablado mucho. Compartíamos la fundación del Comité de Ética del CONICET y nos quedábamos charlando después. (En el comienzo Dios creó el Canon. Biblia Berolinensis. Gedisa. 2007)

Rabossi me preguntaba “César ¿cuándo empezó la Medicina?” y le respondí que “la Medicina moderna nace a mediados del siglo XIX”. “Eso era lo que pensaba -agregó- porque creo que la Filosofía también comienza a mediados del siglo XIX”. No existe filosofía como tal, la historia de la filosofía es una reconstrucción que hace un grupo de filósofos (Kant, Hegel, Schiller), de lo que constituye el corpus de lo que se va a conocer como “Filosofía”. Esto ocurre cuando en la reforma de Humboldt de la universidad se crea el departamento de Filosofía, que es un departamento que tiene todas las disciplinas científicas dentro del departamento y además tiene Filosofía, que es la que coordina todo eso. Filosofía es filosofía más todas las disciplinas científicas, menos Medicina

que ya tenía vida propia en las universidades desde Bologna en 1400 y pico. Entonces, ellos son los que definen qué es Filosofía, cuál es la historia de la Filosofía, cuáles son sus problemas, cómo se resuelven los problemas, lo que se llama el Canon de Filosofía. Cuando se separan las disciplinas científicas, y la filosofía se queda sine materia, se aparta de la ciencia y comienza esta tarea inútil de comentar filósofos. Así que quedamos en organizar juntos una carrera de Filosofía donde la Filosofía sirviera para hacer algo. Por ejemplo, le decía y lo sigo diciendo: “el filósofo de la historia tiene que saber analizar historia, incluso a veces convertirse en investigador de historia él mismo”. Es muy difícil cambiar el enfoque.

Cuando estábamos por hacer la licenciatura, Rabossi viajó a Perú, subió al Cuzco y muere. No la pude hacer con él y pensé que el libro no iba a salir nunca, hasta que me enteré de que salió en forma póstuma. Léanlo, que vale la pena, porque son mis ideas y las de él acerca de qué es la Filosofía, para qué sirve. Corresponde, además, a lo que hacemos nosotros, Filosofía de la Ciencia de una ciencia específica, no dar una vuelta de tuerca más sobre Kuhn. De ahí que yo sea muy clásico, porque creo que muy poca cosa le han agregado a Kuhn los que comentan a Kuhn. Lo mismo con Popper, con Carnap.

C. A.: ¿Cuáles son las dificultades de este trabajo de planificar la educación?

Con respecto a la Universidad Tres de Febrero, tuve la suerte de que como eran los comienzos, no tuve que discutir con nadie. Simplemente le comentaba a Anibal Jozami cuáles eran mis ideas, si a él le parecían bien las aprobaba y las implementaba directamente. Después, cuando se puso en marcha, entrevistaba a todo el mundo. Me hice cargo simultáneamente del Departamento de Ciencias Sociales, de la Maestría y Doctorado en Epistemología, del Curso de Ingreso, de la Secretaría Académica, de la Dirección de Posgrado. No es que tuviera esos nombramientos. Ejercí esos cargos por un tiempo relativamente largo mientras se llenaban los lugares de la estructura de la Universidad. Todo por el mismo precio. Fue una etapa en la que intervenía en todas las decisiones.

Bueno, esa ejecutividad se deriva de que también era médico y los médicos saben dar instrucciones a otros médicos, a enfermeras, al personal administrativo, para que funcionen los distintos servicios hospitalarios. Organicé servicios de medicina, consultorios privados, aprendí administración por programas y estuve presente cuando se reconstruyó el servicio de radiología del “20 de Noviembre” en México. Al mismo tiempo, desde el Estado mexicano nos daban cursos de planificación y de algo que para mí fue muy importante: evaluación.

Así que aprendí cómo tiene que ser el circuito que debe seguir una orden radiográfica, desde que se toma el estudio solicitado, hasta que el diagnós-

tico se ensobra junto con la radiografía y se entrega al paciente en el tiempo estipulado.

C. A.: Piensa que planificar podría ser su forma de militancia política?

Te digo que nunca me analicé ni sé porqué hago las cosas. No me preocupa, se fue dando. La vida me dio oportunidades y las fui tomando. Por ejemplo, durante años me hice cargo del Departamento de Metodología de la Investigación en la Facultad de Medicina, donde dependían de mí todas las carreras, y el Curso de Metodología de la Carrera Docente de metodología. Allí me acompañó Angelito Pardo que está conmigo desde hace 30 años. Tenía mi propio despacho, pero ya no podría ocupar tantos lugares.

R. C.: Lo plantea como “las cosas se fueron dando” y no parece ser la vida de una persona a la que le fue dada la cosa, sino que usted la orientó.

Claro. Muchas de las cosas empezaron porque estaba muy preocupado por la formación médica. Cosas personales, ¿no? Mamá se enfermó cuando regresé de México, y se internó en el Hospital Alemán. Funcionaba de una manera totalmente distinta a cómo entendía que debía ser el trabajo médico. En mi concepción, y como era anteriormente, el jefe junto a todos los miembros del staff recorre la sala, se detiene en cada una de las camas, el encargado de ese paciente explica qué le ocurre, qué debe hacerse, el jefe pregunta a los colegas su opinión y finalmente autoriza un curso de acción. Eso no existe más. Nadie es responsable de nada.

Desde que el responsable de un paciente es un equipo, y no un médico determinado, la atención es totalmente despersonalizada.

El problema me llevó a entrevistarme, por ejemplo, con Ferreira, el Decano de la Facultad de Medicina de la UBA. Cuando sale la Ley de Educación Superior —que es bastante buena, a pesar de todo—, en realidad la ley fue consensuada entre el radicalismo y el peronismo, pero después por razones políticas el radicalismo se abrió. Entonces le dejaron a la Facultad de Medicina la posibilidad de organizar exámenes de ingreso, ya que era del sentido común de los responsables de la educación médica en el país, que el problema eran los alumnos, y que la mala formación médica se resolvía limitando su ingreso, y no la manera en que se enseñaba. La primera tarea que me di cuando tuve la dirección del Departamento de Introducción al Pensamiento Científico fue entrevistar a los decanos de cada facultad para ver lo que querían y lo que yo podía darles. Uno de ellos fue Ferreira.

R. C.: ¿Estaba Ferreira en el Hospital de Clínica?

Era Decano de Medicina. En esa época se había hecho, por ejemplo, un examen de admisión a la residencia en el que los aspirantes fallaron en caracteri-

zar la clínica y el tratamiento de una insuficiencia aguda cardíaca. Es decir, los egresados no sabían cómo tratar un edema agudo de pulmón ni cómo diagnosticarlo. Yo estaba muy preocupado por todo eso, ¿no? Entonces le sugerí que lo había que hacer, como cuando estudió mi papá que estudió por una beca, era intentar salvar a los mejores para que se constituyeran en un núcleo que pudiera irradiar hacia el resto. Así surgió un programa que llevó a cabo Ferreira de 200 alumnos que tenían seguimiento personalizado. Eso anduvo muy bien. También estuve en todas las cosas de planificación en medicina, incluyendo una reunión en que todos los responsables de la educación médica estaban presentes discutiendo y yo estaba como curioso. Siempre estaban con el asunto de “la formación es muy mala” y “hay muchos alumnos”. A uno se le ocurre decir “no les demos el título si no hacen una residencia de dos años”. Otra vez, la culpa la tienen los alumnos y la solución tiene que recaer sobre los alumnos. Hasta que alguien dice “no, miren, yo me dedico a evaluar y seguir cómo son las residencias y algunas son tan malas que no van a resolver absolutamente nada”, así que esa idea murió. Ferreira, que estaba presente, dice “disculpen, me tengo que ir que van a jurar 200 alumnos y estoy seguro que, si alguien tiene un ataque cardíaco, lo voy a tener que socorrer yo porque nadie de los que juran va a saber hacerlo”. La mejor facultad de medicina que yo recuerde y mejor planificada fue la de Medicina de la Universidad de Tucumán, que estaba muy bien hecha. Los conocí cuando expuse mis pareceres acerca de los Planes de Estudio de Medicina en una reunión en Mar del Plata auspiciada por la Organización Panamericana de la Salud con todos los decanos de Medicina del país, y, posteriormente, cuando empecé a evaluar universidades. La primera universidad que evalué fue la de Tucumán.

GESTIÓN ACADÉMICA

Cláudio Abreu: Tuvo también experiencia en la gestión académica.

Son fundamentalmente dos experiencias, una como director del Departamento de Introducción al Pensamiento Científico y la otra directamente en la Universidad Nacional de Tres de Febrero que la conocés —esto casi es presente—.

Cuando se crea Introducción al Conocimiento Científico en el CBC-posteriormente llamado Introducción al Pensamiento Científico- habría diez o quince personas que tenían conocimientos de filosofía de la ciencia, cuando se necesitaban alrededor de trescientas. IPC se transforma en una enorme escuela de profesores; no solamente yo formaba gente, por supuesto. Había doce titulares y yo era uno de ellos, aunque mi cátedra era la más numerosa porque, además, me tuve que hacer cargo de las comisiones que nadie quería tomar. Organicé cursos, invité a distintas personas a dar charlas y conferencias en el Ciclo Básico (Klimovsky, Mari, Olivé —mexicano—, Rolando García y muchos más). Inauguré, también, las Jornadas de Investigación, lo cual hacía que los profesores profundizaran en algún tema y lo expusieran. Era la primera vez que se hacía esto en el Ciclo Básico.

C. A.: ¿En qué año sucedía esto?

Eran en los años '88, '89 más o menos. También intervine, como director del departamento, en entrevistas con decanos de las distintas facultades de la UBA para arreglar con ellos en qué podíamos nosotros, desde el Ciclo Básico, ayudar al desarrollo de las carreras, incluyendo a Chernusky, decano de Ingeniería, que se mostró muy interesado. Mi libro, además, circuló enormemente en distintas facultades, no solamente por el Ciclo Básico. Con la que tuvimos una relación muy cercana fue con Económicas -la facultad más grande de la Universidad de Buenos Aires con cuarenta mil alumnos-. En Económicas crearon un Ciclo Básico exclusivo, en el cual Introducción al Pensamiento Científico fue dictado parcialmente por profesores de IPC del Ciclo Básico y parcialmente por profesores de económicas con su propio libro editado por Eduardo Scarano, en el que yo escribí el capítulo sobre Kuhn. Tuve el buen cuidado que hubiera siempre un profesor a cargo de una comisión, cosa que no era sencilla porque eran 300 comisiones o algo por el estilo. El solo hecho de tener... Fijate qué antigüedad, se firmaba el cheque de lo que tenían que cobrar los profesores, comisión por comisión; es decir, todos los meses firmaba 300 papeles.

C. A.: Algo que no tiene mucho que ver con gestión sino más bien conceptual. ¿Por qué invitó a Rolando García?

Rolando García era un epistemólogo argentino, discípulo de Carnap, que fue colaborador después muy cercano a Piaget y publicó con él varios libros. Además, fue el introductor de las teorías de Prigogine como pensamiento complejo. Así que era importante invitarlo. Además –como comenté en algún momento– los tres epistemólogos que iniciaron esta disciplina en Argentina, fueron Gregorio Klimovsky, Mario Bunge y Rolando García.

C. A.: ¿Qué aportó León Olive en este contexto?

Primeramente agregó relaciones internacionales al CBC, cosa que es bastante importante. A León Olivé lo conocí apenas terminó de doctorarse. Estaba en México, presentó su tesis de doctorado con el resultado de que Luis Villoro y yo la destrozamos desde el punto de vista de la organización y porque introducía categorías analíticas que no pudo justificar. A pesar de eso quedamos bastante amigos. Posteriormente, él cambia totalmente de orientación y se dedica a las Ciencias Sociales. Ocupa la dirección de la UAM Iztapalapa del departamento de Filosofía. Es investigador el Instituto de Investigaciones Filosóficas del cual fue director un tiempo después. Tenía una idea de lo social interviniendo dentro del pensamiento científico y de la responsabilidad de los filósofos de la situación social –México es un país indígena– de los indígenas. Es decir, trasladó todo esto a la filosofía de la ciencia. Cuando cumplí 70 años y se hizo el Congreso Internacional de Filosofía en San Juan, en el cual me otorgaron la distinción de Maestro de la Filosofía Argentina, habían invitado especialmente a León Olivé e hice una presentación muy laudatoria en la cual recorría toda su trayectoria –se puede consultar, pero yo no la recuerdo muy bien–. Fuimos amigos hasta el último momento. Escribí, cuando murió, una muy sincera y sentida nota en su homenaje.

C. A.: Regresando al Ciclo Básico, había de su parte también la preocupación de actualizar la Filosofía de la Ciencia y consolidar esta materia.

Además, en mi propia cátedra teníamos un seminario cada 15 días en el que yo traía cosas. Había tanto que difundir... El país había quedado atrasado y aislado. Como mi cátedra tenía 36 profesores era un peso bastante considerable.

Otra experiencia de gestión fue la cátedra de Metodología de la Investigación en la Facultad de Medicina. Esa era una cátedra transversal a todas las carreras, que tuve que ordenar, darles material, porque era no solamente Medicina sino Kinesiología, Obstetricia, Pedicuría, etc. Era la Facultad de Ciencias Médicas, no de Medicina. Llegué a tener despacho propio, secretaria y, lo más valioso, no piensen en dinero, tenía estacionamiento debajo de la Facultad de Medicina, lo que era un privilegio enorme. Creo que lo único que gané en todo

eso fue un lugar para estacionar.

Mi estrategia de tratar a mis enemigos es bastante curiosa: les hago favores. Cuando tengo un enemigo le hago favores. Yo no sé si esto sirve o no, pero quedan tan desconcertados que no saben qué diablos hacer. Cuando se abre el concurso de Metodología de la Investigación, me nombran Jurado, y veo que uno de los inscriptos es el que me hizo salir de la Facultad de Medicina. Para su sorpresa, se lo di por ganado. Elogié su trayectoria. Además, después de tanto tiempo merecía la cátedra. Yo no soy vengativo.

C. A.: Me imagino que quedó medio desconcertado.

Totalmente desconcertado. Me agradeció después.

EVALUACIÓN ACADÉMICA

Cláudio Abreu: ¿Qué nos dice de su trabajo como evaluador académico?

Fui el primero que evaluó una carrera antes de que se creara la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria -CONEAU-. Había una oficina dependiente del Ministerio de Educación encargada de iniciar los procesos de evaluación desde la que me convocan a mí, al decano de Medicina de Uruguay y a alguien más para evaluar la carrera de Cirugía del Hospital Italiano. Bueno, esa fue una muy buena experiencia que sentó las bases de cómo había que evaluar y a partir de eso se crea la CONEAU.

La CONEAU empieza a evaluar universidades. Evalué primero la Universidad de Nacional de Entre Ríos que era radical. La evaluación salió regular y, por supuesto como buenos opositores, dijeron “esto sucede porque CONEAU es peronista y esta universidad es radical, mejor nos retiramos de la CONEAU”. Leí el informe, y en realidad la universidad tenía algunos problemas. Le tocaba después la evaluación a la Universidad de Tucumán. Había temor en el ministerio que se repitiera el conflicto y se acabaran las evaluaciones. Fuimos a Tucumán varios evaluadores. Evalué sólo un par de carreras de la universidad, pero escribí el informe con tanta eficacia que me lo agradecieron tanto la CONEAU como la gente de Tucumán. Quedé en muy buenas relaciones con ellos.

No mucho tiempo después, un decreto establece que las carreras de interés público debían ser evaluadas. Como era de esperar, la primera de las carreras en la lista eran las de medicina. El Ministerio de Educación reúne a un grupo de expertos para que diseñaran los requisitos que debían satisfacer las carreras de medicina, de modo que sus egresados tuvieran los conocimientos y habilidades básicos para el ejercicio de la profesión. Al leerlos, no tuve ninguna duda que en su mayoría tenían como fuente el plan de estudios de la Facultad de Medicina de Tucumán, que establecía un número importante de horas de prácticas llevadas a cabo en el hospital de la facultad, pero también en los centros de salud en zonas rurales, con un claro sentido social. Recuerdo que, en contraposición, la facultad de medicina de Córdoba no mencionaba en su plan de estudios la cantidad de horas-prácticas, por lo que podía egresar alguien sin haber visto ningún paciente. Hubo una primera ronda de evaluaciones voluntarias, para probar cómo funcionaba el procedimiento. Se presentaron doce facultades de medicina y las evaluaciones se hicieron siguiendo un cuestionario que elaboraron distinguidos colegas. Una vez hechas, la CONEAU me contrata con fondos del Banco Mundial para que evalúe las evaluaciones. Lo hago y constato que tienen errores metodológicos e interpretaciones prejuiciosas, sobre todo en carreras de universidades privadas. Entonces, corregí una por una, indicando los errores tanto en el

esquema de evaluación como en su implementación. Aunque no era parte de los términos de referencia del contrato, desarrollé un documento teórico acerca del proceso enseñanza-aprendizaje y de la institución como una estructura en la que interactúan agentes sociales colectivos -profesores, alumnos, autoridades, no docentes- en un marco reglamentario específico, en un contexto material -edificios, biblioteca, etc.- y que produce conocimiento puro -investigación- transmitido -alumnos- y transferido -extensión- y cómo en cada punto se evalúa su eficacia. Basado en esto, hago un nuevo cuestionario que fue adoptado por la CONEAU y se aplicó después a Ingeniería como a otras facultades. Bueno, esa es parte de mi carrera como evaluador.

C. A.: Tuvo una experiencia con las Fuerzas Armadas.

Sí. Se habían fundado cuatro universidades de las Fuerzas Armadas: Ejército, Marina, Aeronáutica y ya no sé si había otra o no. Deciden llamar a un grupo de cuatro personas para evaluar la Universidad del Ejército. Me nombran a mí y lo charlé mucho con Graciela. Al final fui, tuve una primera jornada, volví y le dije a Graciela “mirá, no voy a poder aguantar una semana ahí, no voy a seguir”. Finalmente, decidí seguir y aplicar criterios exclusivamente académicos, todo desde el punto de vista académico. Éramos cuatro y quedamos tres, como cuando empiezan a desgranarse los cuatro mosqueteros. Éramos un ingeniero-arquitecto (experto de la UBA), un experto de las FFAA de la Universidad de Belgrano y yo.

Lo primero que me toca evaluar es el Colegio Militar. Me dijeron “le enviamos un auto para que venga” y ni en broma lo iba a aceptar, por lo que dije “yo voy en mi propio Renault 12” que es el auto más feo del mundo, como aparece en las películas. Llegué a la entrada, había un militar al que digo “vengo a evaluar” y me dice “pase doctor, lo están esperando”. Di toda una vuelta a una plazoleta hasta llegar al edificio. Estaban en la puerta, esperándome, dos generales entorchados. Llego con el auto, bajo, me saludan “es por acá doctor”. Había una alfombra roja. Me hacen subir por una escalinata y en los peldaños había una alfombra roja. Al llegar arriba dicen “doctor ¿puede firmar acá? Este es el libro de las visitas ilustres”. Pasé al rectorado y era una habitación grande con sus paredes revestidas de madera. No llegaba el experto evaluador en lo militar y yo me quedaba ahí con los dos generales, esperando. “¿Quiere un café, doctor?” y digo “sí, cómo no”. Llega un señor con guantes blancos y una bandeja con tazas de porcelana para servirnos el café. Empezamos a charlar. No sé cómo fue que a mí se me ocurrió comentar que una de las cosas que me había contado mi amigo Horacio Capel de Barcelona –que sufrió el franquismo y vivió gozosamente el posfranquismo– con respecto a los profesores que actuaron durante la dictadura que “también se construye un país con la derecha”.

Esto es muy clásico, ¿no? Si uno no los deja participar en el juego democrático, van a jugar en el juego que no es democrático. Entonces les comenté esto y dije “así como dice mi amigo, los países también se construyen con la izquierda”. Yo estaba solito delante de los generales diciendo esto y ellos diciendo “sí, sí, doctor”. Asistí a las clases del Colegio Militar, charlé con los alumnos, con los profesores. En el Colegio Militar se dictaba una Licenciatura en Administración y otra en Enfermería. En Administración, porque un militar de carrera es un administrador nato, tiene que administrar hombres, recursos, etc. Me convencí de que el balsismo había ganado en todas las líneas. Cuando el general Balza reconoce la responsabilidad del Ejército en los crímenes de la dictadura y sostiene que nadie está obligado a seguir órdenes inmorales, y esto se refleja en las clases del Colegio Militar, supe que habían cambiado y que no eran un peligro para la democracia.

Evalué también la Escuela Superior de Guerra, ya acá en la zona del Hospital Militar. Todos los aspirantes a grandes cargos estaban ahí. La Escuela Superior de Guerra es donde se forman los militares de alta graduación. Con un aire de inocencia les pregunto: “¿leyeron el Informe Rattenbach?”.

Rattenbach era un general retirado, de un gran prestigio en el Ejército, que produjo un informe lapidario de la guerra de Malvinas, mostrando la ineficiencia y la cobardía de los oficiales. Vi también cómo hacían ejercicios de táctica. Tenían un salón, como si fueran de los chicos de la guerra en el cual habían puesto el ejército enemigo, ellos y etc. Era como si fuera una teatralización de un evento real, porque los que están en el comando no están en el campo de batalla, pero reciben los informes del campo de batalla y, en base a eso, planifican. También evalué los posgrados que tenía la Escuela Superior de Guerra, mientras que mi amigo el ingeniero evaluaba la Escuela de Ingeniería —era muy buena—. El último evento que tiene una evaluación es cuando la comisión evaluadora se reúne con el rector; normalmente es sólo con el rector que, además, se deschava y dice por qué puedo hacer o no tal cosa. Ahí se dan cosas que se cuentan sólo a la comisión y que no se les cuentan a los profesores. Llego junto con el técnico de la CONEAU, que era César Peón, y los otros dos que habían sobrevivido, porque el que representaba al radicalismo era un profesor misionero que había regresado a su provincia. Pero estaban todos los generales, el de Posgrado, el del Colegio Militar, de la Escuela de Guerra, etc. y el Rector, también general; era un hecho insólito. El rector dice “¿Les molesta si sacamos una foto? Porque éste es un momento histórico”. Pensé “realmente es un momento histórico, porque ellos saben muy bien que yo soy un exiliado y que Peón es otro exiliado y nosotros los estamos evaluando”. Realmente fue un hecho histórico.

Escribí la evaluación en la que me basaba, fundamentalmente, en señalar, con el estilo sibilino que tengo a veces, que había una lucha entre dos lógicas,

la militar y la universitaria, y que, si se quería transitar hacia la instancia universitaria se debía ir reemplazando la lógica militar por la lógica universitaria. Entre ellas, había que tener rectores civiles, etc. Era secretario de Políticas Universitarias Juan Carlos Pugliese, radical. Le encantó el informe a la CONEAU y el Ejército tomó en serio mis sugerencias. Antes de esto había hecho una crítica de cómo se planteaba la evaluación de las carreras de Medicina, cosa que recogió Pugliese y lo llevó al Ministerio de Educación. Tiempo después el Rector de la Universidad del Ejército nos invita a Pugliese y a mí a un acto en el que informaría las consecuencias de la evaluación. Estaban tan orgullosos por la evaluación que el Rector de la Universidad cuenta que, cuando fueron a Francia y les llevaron la evaluación dijeron “a nosotros nos evaluaron, ¿y a ustedes?”. Estaban orgullosísimos.

Entre las experiencias que tuve durante la evaluación me impactó la entrevista con el jefe del Ejército rodeado de su Estado Mayor en el imponente Edificio Libertador. Fui el único que le hizo preguntas acerca de la actuación del Ejército en la dictadura y si apoyaba la posición de Balza. Ese general tiempo después trató de conspirar contra Néstor Kirchner, que lo defenestró junto a toda su plana mayor. Esa misma tarde entrevistamos al responsable desde el Ministerio de Defensa de la educación militar. Curiosamente era un funcionario radical al que conocía de los primeros tiempos de la UNTREF. Llegó tres horas más tarde y supimos que su actuación consistió en no interferir con lo que decidían los militares acerca de su propia educación.

C. A.: Habló de la CONEAU.

Soy miembro de la comisión de la CONEAU que estableció las pautas de evaluación de las carreras de Ciencias Sociales. Aún se basan en esos parámetros para hacer las evaluaciones.

C. A.: ¿Cómo vivió el momento de evaluar al Ejército?

Con un sentimiento doble. Creo que no estuve cómodo en ningún momento. Lo que sí, encontré a la hija de la mujer con la que había trabajado en el diseño de una carrera de medicina y todos me reverenciaban cuando se enteraban que había trabajado con ella en el diseño de la facultad de medicina de la Universidad Maimónides. Así que, llegaba precedido de una cierta expectativa favorable.

Fui bien recibido. Pero tenía el problema de cómo decirles lo que pensaba y cambiar la orientación que tenían sin que se ofendieran. Es un buen trabajo. Los dos, el de Tucumán y el del Ejército, son trabajos paradigmáticos de evaluación, como dirían los epistemólogos, y así fueron concebidos.

FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

Cláudio Abreu: En su tesis de doctorado trabajó la estructura del conocimiento. ¿Sigue defendiendo tal cual lo que planteó en este momento, incluso el nominalismo?

Una de mis características es que permanentemente reviso lo que hago, le doy una vuelta de tuerca y sigo. Si hice algo en el año '73 o en el '76, en el 2004 vuelvo sobre el tema. Publico La estructura psicosocial del Arte y 25 años después escribo El enigma del Arte, que es una reflexión en que altero las bases sobre las cuales se asienta todo el pensamiento que tenía sobre el arte. Lo mismo ocurre con la Filosofía de la Ciencia.

Me pides que hable de mi nominalismo. Yo soy médico. Recuerdo que una vez con Pablo los trajimos al país a Larry Laudan y a Rachel, su esposa. Estuvieron acá un mes. Dieron un curso él y Rachel en el doctorado. También dieron otro en la Universidad Nacional de Quilmes. Alguien le preguntó a Larry si él era realista o no era realista en el sentido de si era convencionalista o no; él dijo “puedo ser convencionalista en Física teórica, pero no en Medicina porque si a alguien le tocan el hígado, le están tocando el hígado, no es algo abstracto”. Esto que expresó Larry sin ser médico, para mí es una certeza absoluta, porque parto de eso, lo cual me conduce a un pensamiento de tipo nominalista. No era consciente en ese momento, sí en la tesis del doctorado cuando, para analizar la estructura del conocimiento práctico me baso en el conocimiento científico y específicamente en Piaget. Está encabezado por una cita de Wittgenstein que dice algo así como “la teoría del conocimiento es la filosofía de la psicología” –fijate que está en mi tesis–. Pero no era consciente de lo que estaba haciendo; simplemente, tenía un punto de vista y lo desarrollaba. Siempre hago eso. Creo que determinada cosa funciona y la exploro.

Por ejemplo, soy un firme convencido de que hay estructuras básicas sin las cuales no se puede construir absolutamente nada. No tengo el innatismo de los lingüistas, de Chomsky, pero sí el piagetiano. Según Piaget, existe una serie de estructuras que aparecen sucesivamente en el sujeto epistémico cuando llega el tiempo de que se mielinicen determinadas redes neuronales en el sistema nervioso central -como condición neurológica de posibilidad-, si el sujeto epistémico interioriza los esquemas de las acciones con las que explora el mundo físico y social -condición formal de posibilidad-. Sin esto no puede haber nada. Incluso los empiristas más radicales tienen que aceptar que hay algo innato que es la capacidad de asociar; si no podés asociar, no hay conocimiento, incluso para los anti-innatistas de cualquier género. Sin abandonar el empirismo, tomo de Piaget la noción de agrupamiento, que es una modificación de la

noción de estructura de grupo de las matemáticas, en las cuales hay elementos, asociación, transitividad y algo muy importante: la operación inversa, que permite comprender que aunque los parámetros con los que encuadramos los objetos de la experiencia cambian, éstos siguen siendo los mismos. Ya en los años '60 y pico hacía las experiencias de Piaget con mis hijos, Pablo y Sandra, y con los pacientitos que me traían las madres. Realmente funcionaba. Los chicos se comportaban como lo dice Piaget. Exploraba, por ejemplo, si habían desarrollado la constancia del volumen de líquido. A un chico de cuatro años le mostraba un frasco de boca relativamente estrecha y un frasco de boca ancha y de distintas formas, el primero con agua. Le digo "en este frasco tengo agua y en este no tengo nada". Vuelco el agua de uno al otro y le pregunto "¿hay la misma cantidad de agua?" y el chico dice "no" dando varias explicaciones, una de ellas es "¿no ves que esto es más grande?". Llega un momento en que interiormente puede revertir la acción; como en un video, la operación inversa revierte en su interior el pasaje del agua, como si volviera al primer frasco y lo llenara como antes de pasar al segundo frasco, y comprende que no importa que el agua esté en un recipiente más grande; el volumen de agua es constante pese a toda la deformación que le impriman todos los continentes.

C. A.: Así que Piaget fue bastante importante para este trabajo del doctorado.

Sí, lo que cambié años después es que le agregué la impronta social a la estructura piagetiana. Esto lo llamo "pospiagetianismo", porque hay una construcción por encima de la estructura piagetiana. Esto Piaget no lo sigue. En la historia de la ciencia que publica con Rolando García, un mismo tipo de estructura posibilita las teorías de

Aristóteles y de Newton. Lo que introduzco es pensar a la ciencia como la construcción histórica de una comunidad científica cuyos miembros poseen las estructuras que estudió Piaget, pero que sobre éstas construyen teorías que toman como base el conocimiento teórico ya elaborado. En síntesis, pienso que la historia de la ciencia no puede prescindir de la ciencia normal y las revoluciones de los paradigmas de Kuhn, o de los cambios dentro de un estilo de pensamiento en largos períodos histórico de Fleck. Lo piagetiano es la condición de posibilidad, pero el conocimiento anterior es la condición de posibilidad del nuevo conocimiento. En este sentido, no es posible Newton sin Galileo, ni Copérnico sin Ptolomeo. La diferencia con Piaget es notoria. Hasta ahí llegué en los últimos años.

Hace muchos años me invitaron a pasar un mes en Santiago de Compostela. Intervine en un congreso internacional y en las charlas internas que había en el departamento de Filosofía. Luis, uno de los filósofos, me dice cuando termino de hablar: "pero tú eres fisicalista" y pensé "tiene razón". Ahí me di cuenta

de que mi pensamiento era nominalista, fiscalista. El fiscalismo de Otto Neurath es muy discutido, porque Otto Neurath va cambiando permanentemente. ¿Qué es fiscalismo? La definición más simple es que el universo está integrado sólo por entidades espaciotemporales. Toda estructura o entidad espaciotemporal es fiscalista. Solamente lo físico existe en el espacio-tiempo. Por eso no acepto las estructuras abstractas, porque no tienen localizaciones espaciotemporales. Hasta ahora nadie de los que sostienen las entidades abstractas ha podido formular una teoría coherente de cómo se las conoce. No tienen una teoría del conocimiento, como no la tenía Platón, que apela a dos mitos, el mito de la reminiscencia y el mito de la caverna para explicarlo. El primero dice que estuvimos anteriormente en contacto con el mundo de las ideas. Por eso mediante preguntas, Sócrates hace que un esclavo llegue desde la ignorancia al teorema de Euclides: tuvo recuerdos, reminiscencia de las ideas; es la teoría democrática y optimista de Platón: todos, incluso los esclavos, las conocen. En el otro mito estamos en una caverna, separados por un fuego de las ideas, de las que sólo conocemos sus sombras deformadas. Sabemos de ellas por los filósofos, los únicos que no están en la caverna y las conocen directamente. Es la teoría antidemocrática de Platón. El platonismo tampoco puede explicar cómo se relacionan las entidades abstractas con el mundo físico. Platón plantea que los objetos de nuestro mundo “participan” de las ideas. Nunca pudo aclarar qué quiere decir esto. El estructuralismo en su primera versión no supera el problema platónico cuando reconstruye a las teorías como modelos matemáticos, y por ende fómales, abstractos, que adquieren significado fáctico -contradictoriamente- mediante aplicaciones caracterizadas como sistemas físicos. Una contradicción que no se presenta si el fiscalismo unifica el plano teórico con el plano de las aplicaciones.

C. A.: Para poner las ideas de Piaget en un contexto social e histórico tuvo que aceptar a Kuhn. ¿Cómo fue esto?

Fue cuando daba clases en México. Daba dos semestres –se llamaban así y no cuatrimestres– de Filosofía de la Ciencia. Tenía unos 20 alumnos más o menos. En el primero daba la versión clásica y en la segunda daba Kuhn, Lakatos, etc. Tomaba mis apuntes como creo que lo hacía Houssay que ahorraba hasta en el papel, porque usaba el papel amarillo que separa las placas radiográficas en la caja.

C. A.: Por las clases tuvo que profundizar en la concepción de la ciencia de Kuhn para enseñarlo a los alumnos.

Sí y es notable, porque mientras preparaba mis machetes en el papel amarillo de las radiografías, al mismo tiempo que resumía lo leído, como hago

siempre, abría un paréntesis con una flechita y pongo lo que a mí me parece. Durante un año lo que veía en los escritos de Kuhn es que en el paréntesis escribía sus defectos y era lo que transmitía a los alumnos. Después de un año dejé de ver defectos, fue lo que se llama Gestalt switch, como dice Kuhn. Hice una conversión kuhniana directa.

C. A.: ¿Qué defectos ve en Kuhn?

No haber reconocido la deuda que tiene con Fleck en la formulación de su concepción de las comunidades científicas y en los paradigmas como entidades que se desarrollan durante largos periodos de tiempo. (Fleck introduce categorías similares a las que denomina “colectivos de pensamiento” y “estilos de pensamiento”.)

C. A.: ¿Por qué cree que Kuhn no incorporó otros aspectos de la concepción de Fleck?

No tengo la menor idea. Pienso en algunos aspectos que pudieran influir en su condición de filósofo, como que políticamente fuera conservador; o que no fuera un investigador científico como Fleck, salvo en la primera etapa de su carrera cuando obtiene el Doctorado en Física. Además, Fleck tuvo que luchar contra el establishment por ser judío y por ser judío es metido en los guetos primero y en los campos de concentración luego. Esta es una experiencia que no tuvo Kuhn ni en broma.

C. A.: ¿Sabe algo acerca de cómo Kuhn llegó a conocer las ideas de Fleck?

Lo conoció a través de un libro que publicó Reichenbach cuando estaba exiliado en Estambul, en el que aparece citada la obra de Fleck en un pie de página, de la que se editaron apenas 640 ejemplares y se vendieron 200. Kuhn consigue uno y el resto los quema el editor como papel viejo. Con un prólogo de Kuhn, la obra principal de Fleck aparece traducida al inglés -posiblemente a instancias del mismo Kuhn-, en la misma editorial en la que se publica La estructura de las revoluciones científica, fundada y dirigida por miembros del “Círculo de Viena” exiliados en Estados Unidos. Es curioso que el mundo filosófico transmitiera la leyenda de que ambos autores destruyeron al neo-positivismo, cuando contaron con su aprobación explícita desde la editorial, y en el caso de Fleck mucho antes, cuando en 1933, Moritz Schlick, el fundador del Círculo de Viena, propone que se publique de la colección de escritos neo-positivistas.

Dos años después de la edición inglesa, dos filósofos alemanes, uno de ellos todavía cursando el doctorando, publican una reedición alemana, recuperando una herencia cultural que las nuevas generaciones perdieron cuando el nazismo extirpa con la Shoa el pensamiento judío de Alemania.

La evolución del estilo de pensamiento de Fleck es más radical que la del paradigma de Kuhn. Es cierto que hay cambio de estilos, aunque no es esto lo que quiero señalar ahora, sino el cambio continuo que ocurre durante un período histórico determinado. Es lo que había dicho anteriormente: el conocimiento anterior es parte de las condiciones de posibilidad del nuevo conocimiento y como continuamente se genera conocimiento nuevo, se alteran permanentemente las condiciones de posibilidad.

C. A.: Muy dialéctico eso.

Absolutamente dialéctico, que va muy bien con mi formación dialéctica, ¿no? Piagetiana, no marxista.

Raúl Chullmir: ¿Y el nominalismo? ¿Por qué es nominalista?

El nominalismo es el otro nombre del fisicalismo. Otto Neurath lo dice muy claramente. Convergamos una cosa, Otto es el teórico más respetado por los miembros del Círculo de Viena, más incluso que Carnap, por ser mayor y, además, fue el redactor del Manifiesto del Círculo de Viena. Lo firman tres (Rudolf Carnap, Otto Neurath y Hans Hahn), pero la pluma es de Otto Neurath.

No sólo eso. Es el teórico de la Enciclopedia Universal de la Ciencia Unificada, que siguió editándose en Chicago, y en la que se publicó La estructura de las revoluciones científicas de Kuhn, y Génesis y desarrollo de un hecho científico de Fleck. Él lo que dice es “la filosofía actual es una continuación de la filosofía escolástica y la filosofía de la ciencia es una continuación del nominalismo”. Es decir, lo que hoy llamamos fisicalismo es nominalismo. Con lo cual interviene el fisicalismo también en el lenguaje.

R. C.: Usted antes había comentado en algún momento que no le gustan los universales –o así lo había entendido en su momento– que no era afecto a los conceptos universales.

Hay un artículo de Brambrough que se llama Universales y parecidos de familia, en el que plantea que Wittgenstein solucionó lo que es conocido como el problema de los universales.

¿Qué son los universales, y cuál es el problema que plantean? Los universales son los términos -palabras- generales que designan muchas, quizás infinitas cosas, tales como mesa, silla, caballo, hombre, anteojos, etc, diferentes a palabras tales como Viena, San Martín, La Gioconda, etc., que designa a un único objeto. El problema de los universales es cómo es posible que uno designe a muchos. Platón propone que la entidad que lo posibilita sea una idea -llamada también por otros autores esencia, entidad abstracta, type, concepto- en síntesis un objeto inmaterial, abstracto, ya que como observa Platón y todos

los platonistas, no puede ser un objeto material; por ejemplo, un caballo determinado, ese caballo a pintas no puede ser un término general. Wittgenstein cambia radicalmente el enfoque. No se pregunta qué es, sino cómo se aprende a utilizar un término general -un universal- y responde que quién enseña a hablar, señala por ejemplo una silla y dice la palabra "silla". Esa silla es lo que Wittgenstein llama un ejemplar paradigmático y el que aprende llamará silla a todas las sillas que ve en un comedor, aunque no sean idénticas, porque se parecen a la primera, el ejemplar paradigmático. Es decir, no hay universal abstracto, sino ejemplares paradigmáticos que sirven de ejemplo para nombrar con una misma palabra otros ejemplares diferentes, ligados entre sí por ser parecidos al primero, y que tienen, en la terminología de Wittgenstein, parecidos de familia. Cada vez que un sujeto epistémico conoce nuevos ejemplares, éstos devienen en ejemplares paradigmáticos. Es decir, lo que señalo es que no hay un único ejemplar paradigmático; hay un ejemplar paradigmático de comienzo, pero cada vez que se enriquece la experiencia se van incorporando nuevos ejemplares paradigmáticos. Por ejemplo, puedo reconocer una silla en una silla de la Bauhaus que es distinta desde el punto de vista fenoménico a las sillas de mi comedor, en la que advierto un parecido de familia y, por lo tanto, también la voy a llamar silla. Ahora bien. Una vez que la acepto como silla, reconozco como sillas a otras cuyos apoyos no son las clásicas cuatro patas, sino de otra índole, porque se parecen a los apoyos de la silla de la Bauhaus, que se ha constituido en otro ejemplar paradigmático. Cambia continuamente lo que puede nombrarse como silla. "Semejanza" o "parecido" no es un nuevo universal, porque va cambiando en la medida que se incorporan nuevos ejemplares, y lo menos que puede pedírsele a un universal abstracto es que no cambie. No hay universal abstracto de ningún tipo, ni con respecto a palabras generales ni con respecto a los mecanismos epistémicos de ejemplares paradigmáticos por los cuales se construye el conocimiento.

El segundo Wittgenstein es un Wittgenstein nominalista que reniega de entidades abstractas, y hace una relectura constructivista de las matemáticas -de lo que no voy a hablar, pues nuestro objetivo es la filosofía de la ciencia, no la filosofía de las matemáticas-. Cuando daba clase, lo primero que hacía era desafiar a que definieran silla y siempre mostraba que, o había cosas que uno llamaría silla y no estaban legítimamente comprendidas en la definición, o la definición tenía contraejemplos que la hacían insalvable. Es decir, que no hay una definición de nada, por lo tanto, no hay una esencia de nada; hay solamente objetos parecidos que forman una familia, poseen un parecido de familia, a los que se los nombra con una única palabra.

Kuhn retoma esta concepción de ejemplar paradigmático de Wittgenstein para la "matriz disciplinar" en el Posdata de 1969 y a través suyo llega a la

concepción estructuralista. Kuhn utiliza la noción de ejemplar paradigmático y la concepción estructuralista en sus comienzos, sobre todo la versión de Wolfgang Stegmüller, introduce el sujeto epistémico y el ejemplar paradigmático. La lectura que se hace en el estructuralismo en ese momento es absolutamente wittgensteniana, aunque después se reniega de eso y la concepción de las aplicaciones de los modelos de la teoría se vuelve platonista; es decir, niegan a Kuhn, niegan a Wittgenstein, bajo el influjo de una transformación platonista. Kuhn no solamente toma la idea de paradigma y de ejemplar paradigmático, sino que cuando describe cómo se aprende una teoría no la describe como algo que se aprende conceptualmente, sino por ejercicios en los cuales intervienen las variables de la teoría en casos concretos.

R. C.: Entonces se rompe el esquema de teoría, porque si la teoría es contemplación, sería la contemplación de una estructura...

De una estructura abstracta y contame cómo se hace para contemplar una estructura abstracta...

R. C.: Acá se conjugan las dos cosas: uno no puede entender la teoría si no hay un ejemplo práctico en donde poder aplicarla.

Más todavía, toda teoría está interpretada desde el comienzo. No hay una teoría que haya que interpretar. Una teoría fáctica ya está interpretada, no puede ser que en la reconstrucción pierda la interpretación, y se transforme en objetos matemáticos abstractos. Porque el que actúa es un sujeto epistémico. El sujeto epistémico es el que advierte las similitudes en base a sus objetos paradigmáticos y esto no puede perderse porque se quiera reconstruir la teoría. Lo único que hay es esto, una red horizontal de ejemplares paradigmáticos y nada más. Puedo coincidir con la versión estándar de la concepción estructuralista en que haya distintos eslabones o planos de estos ejemplares, es decir, los que provienen de una teoría anterior, los que tienen ciertas funciones de la propia teoría y los que después obedecen a una ley. Cuando reconstruyo una teoría, reconstruyo primero ejemplares no teóricos, luego teóricos y finalmente actuales, en similitud a la versión estándar de la concepción estructuralista, pero sin objetos abstractos.

C. A.: Cuéntenos más ampliamente las relaciones entre Kuhn y el estructuralismo.

Hay dos etapas en el estructuralismo. El estructuralismo nace con el libro de Sneed *The Logical Structure of Mathematical Physics*, que es laboriosamente comprensible, dado su complejo aparato formal. Se hace conocer debido a que Wolfgang Stegmüller, el principal filósofo de la ciencia euro-

peo en ese momento, lo vierte en un lenguaje que puede ser entendido por otros filósofos sin tener una formación tan rigurosa desde el punto de vista formal. Pues bien, un tercio de su libro está destinado a justificar la obra de Kuhn desde un punto de vista epistemológico. ¿Por qué? Porque si esto que dice Sneed son las teorías científicas, Stegmüller sostiene que no le cabe a Kuhn el estigma de irracional con el que se lo descalifica. Lo que hace Kuhn es incorporar una nueva racionalidad y esta racionalidad es comprendida a través de la estructura que crea Sneed y que difunde Stegmüller. El primer estructuralismo es kuhniano. Incluso en Sneed las aplicaciones de la teoría son sistemas físicos, no objetos abstractos.

Hay un artículo de Sneed y Moulines de homenaje a Patrick Suppes que publica Adolfo García de la Sienra en la Universidad Michoacana. En ese trabajo se reconoce específicamente la semántica wittgensteniana que aporta Kuhn a la concepción estructuralista que se desarrolla a partir de Suppes.

Esto se pierde totalmente en *Architectonic for Science* y en el libro que publican Ulises Moulines y José Díez de filosofía de la ciencia, fundamentalmente en su segunda edición, en la que incluso se deja de mencionar a Wittgenstein y a Otto Neurath. La semántica es puramente formal y marca una conversión platonista —no me cabe ninguna duda— que, perdida la orientación de Stegmüller, le imprimen Sneed y Ulises; es radicalmente platonista, comenzando por la definición de qué es “conocimiento”. La definición del conocimiento es la definición de Platón, cosa que Stegmüller no hubiera aceptado nunca -conocimiento es creencia verdadera y justificada- y menos para introducir el estructuralismo. Es decir, cuando él hace la conversión kuhniana, y escribe posteriormente la respuesta a Feyerabend, es absolutamente no platonista, porque la introducción del sujeto epistémico que porta las estructuras no tiene nada que ver con estructuras sin sujeto epistémico.

¿Te acordás del libro ese? Feyerabend hace una serie de críticas al estructuralismo...

C. A.: Se trata de La concepción estructuralista de las teorías. Un posible análogo para la ciencia física del programa Bourbaki (Madrid: Alianza Universidad, 1981.)

Cito mucho ese trabajo porque es absolutamente fiscalista, porque son estructuras no abstractas portadas por un sujeto epistémico y un sujeto epistémico, físico, no puede tener estructuras abstractas en su cabeza. Lo que sostengo es que cualquier teoría científica tiene contenido semántico desde el comienzo. Es decir, las investigaciones parten de problemas físicos y conducen a soluciones cuyos elementos son físicos. El lenguaje de cualquier clase es físico, sea escrito o hablado. No se puede perder la calidad de lo físico. Por eso hago una

reconstrucción de ejemplares y no una reconstrucción de modelos. Los modelos son entidades abstractas.

Señalo una contradicción incluso en la primera versión de la concepción estructuralista, cuando todavía las aplicaciones de la teoría son sistemas físicos: hace convivir entidades físicas con entidades abstractas. Creo que no es consistente eso y por eso lo planteo de otra manera. No es que no se reconozca que las estructuras tienen anclaje físico, pero este anclaje físico está metido dentro de estructuras abstractas y esto crea una contradicción; crea la primera contradicción entre una estructura abstracta y una semántica wittgenstaniana. Es el viejo problema platoniano de cómo lo físico se conecta con lo ideal. Platón no lo resolvió nunca y la versión estándar de la concepción estructuralista tampoco. Ningún filósofo resolvió este problema. Por eso, Aristóteles, que es consciente del problema epistémico del platonismo -no tiene una teoría del conocimiento, de cómo conocer las ideas y sólo ofrece mitos-, presenta su propia concepción de las ideas -recuerden que siempre hablamos del problema de los universales- en la cual la estructura está en la cosa "in re", no está por fuera de la cosa. Estando enfrente de algo, se observa en ese algo junto con la materia, la forma, a la que se la conoce por abstracción. La teoría del conocimiento como abstracción siguió una larga carrera, e incluso fue adoptada por teóricos marxistas, como Dobs. Esta curiosa mezcla de empirismo (por el componente de observación, no olvidar que el padre de Aristóteles es médico e Hipócrates es un maestro de la observación), esta mezcla, decía, de empirismo e idealismo es sumamente atractiva. Por este motivo muchos de los filósofos analíticos toman en consideración como una doctrina rescatable desde el punto de vista actual mucho más a la aristotélica que a la platonista.

Por ahí se me escapa algo, pero más o menos es así. De cualquier manera, esto hace, por ejemplo, que Marx sea aristotélico. En el primer capítulo de El Capital reconoce a Aristóteles como el hombre que hubiera llegado a la noción de plusvalía, etc., si no hubiera tenido el contexto social que tuvo. Lo reconoce específicamente porque él también le ve la impronta materialista, lo cual es un problema para Marx también, ¿no? Tengo un escrito sobre eso, el materialismo de Marx. Materialismo, fisicalismo, nominalismo, son la misma cosa.

C. A.: ¿Cuáles son hoy las relaciones entre Kuhn y el estructuralismo?

Kuhn tiene mala suerte con los estructuralistas, no con el estructuralismo. Cuando se quiere presentar al estructuralismo se lo presenta a través de lo que escribe Kuhn en el Posdata. Se cuenta que la estructura de una teoría consta de generalizaciones simbólicas -enunciados tan generales que no dan indicaciones dónde podrían aplicarse-, de los que se derivan de manera no deductiva leyes especiales -que indican a qué sistema empírico pueden aplicarse-, y

ejemplares paradigmáticos, que son los casos específicos a los que se aplican las leyes, y muestran a qué otros casos pudieran aplicarse. El desarrollo histórico de una teoría en su etapa de ciencia normal consiste en nuevas leyes especiales que se aplican a nuevos sistemas físicos con sus propios casos paradigmáticos. Kuhn lo ilustra mencionando el segundo principio de Newton -fuerza es igual a masa por aceleración- como la generalización simbólica, de la que se derivan la ley para péndulos, para cuerpos que chocan, para el sistema planetario. Todavía hoy se encuentran nuevas leyes especiales de la mecánica de Newton, como las que guiaron el aterrizaje de un cohete en Luna (¿alunizaje). Se cuenta el estructuralismo desde Kuhn y después no se mencionan sus raíces en Wittgenstein en textos fundacionales. Lo he escuchado montones de veces. Todos lo dicen. Kuhn enseñó a los estructuralistas cómo es la estructura de un paradigma y la estructura de un paradigma es la estructura del conocimiento científico. Después es reconstruido de manera formal. Sin Kuhn no se podría enseñar estructuralismo. Son tan claros sus ejemplos.

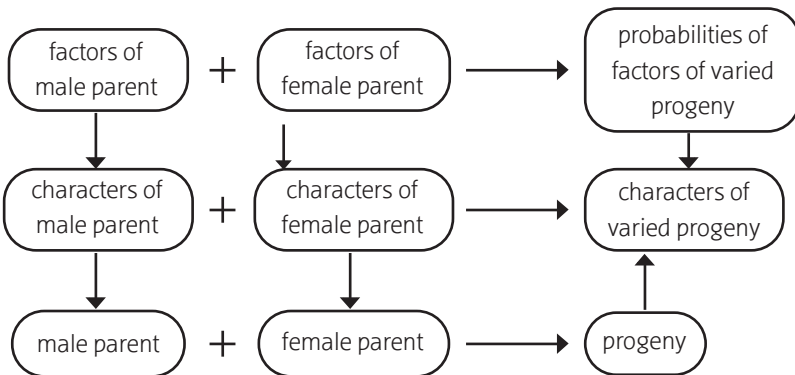
R. C.: ¿Por qué hacer un estructuralismo no formalizado?

Diría no representado con recursos de la lógica matemática y la teoría de modelos.

R. C.: ¿Quién fue el primero en proponer eso?

Uno de los primeros que lo hace es Balzer y lo hace precisamente en la reconstrucción de la genética en la que se basa mi hijo Pablo para hacer su tesis de doctorado siguiendo la forma normal en que se trabaja en filosofía de la ciencia.

Lo que hace Balzer es mostrar la estructura de la genética de transmisión con diagramas. Este es un ejemplo:



El diagrama es una entidad de representación que no es lógico-matemático, pero aceptado desde Peirce en adelante, y es tan preciso como lo lógico-matemático. Uno puede convertir esa representación mediante diagramas lógico-matemático de ida y vuelta. No hay problema. Nada más que lo hago con diagramas porque me permite evadir el platonismo y, además, porque lo hace más comprensible para la gente que no posee el conocimiento lógico-matemático; permite enseñar estructuras de conocimiento científico a gente que no ha pasado por cursos de lógica. Uno de los grandes problemas que tiene el estructuralismo es que es tan complejo desde el punto de vista de la representación de las estructuras que es muy difícil de seguir. Mi forma de representación mediante diagramas conserva absolutamente todo lo del estructuralismo, pero vertido de otra manera. Me tomo a mí mismo como una variante dentro del estructuralismo. Les gustará a algunos estructuralistas o no. Pero como diría alguien “todavía no me echaron de la iglesia por apóstata, yo estoy adentro”. Sí, soy un divergente pero no un apóstata.

C. A.: Un divergente en el modo de representar.

Y lo vierto de manera no platonista, sino fisicalista o nominalista. El primero que utiliza diagramas en el Círculo de Viena -imágenes, al fin y al cabo- para transmitir conocimiento es Otto Neurath. Otto Neurath es el creador del isotype. Todo el señalamiento de los ferrocarriles, los subterráneos, etc., se inspira en la obra de Otto Neurath. Es la idea de representar el conocimiento por imágenes.

Mi propuesta entronca con la concepción de quien fue probablemente el teórico principal del Círculo de Viena dejado en el olvido por la reivindicación de Carnap —que la merece sin duda— por todo el sector formalista, platonista del estructuralismo. Creo haber sido el primero dentro del estructuralismo que participó en un coloquio de reivindicación del pensamiento de Otto Neurath. Se hizo en Lisboa, donde presenté una reconstrucción nominalista o fisicalista de la teoría de la histeria de Freud. Fue mi homenaje a Otto Neurath, seguir y utilizar sus concepciones en una aplicación específica.

C. A.: ¿En quién influyó Kuhn con su trabajo?

En Sneed y en Stegmüller. La Posdata de Kuhn es del año '69... y en el '71 aparece *The Logical Structure of Mathematical Physics* de Sneed. Es decir, dos años antes de publicar su libro Kuhn ya había publicado el suyo. En la Posdata plantea que la aparición de sucesivas especializaciones de la generalización simbólica con sus correspondientes casos paradigmáticos durante un prolongado período de tiempo, caracteriza a su más importante aporte a la filosofía de la ciencia, la existencia de una ciencia normal en que el paradigma no se discute, sino que guía las investigaciones. No por nada Stegmüller titula al texto en el que difunde

la concepción de la ciencia de Sneed, y su importancia para comprender el aporte de Thomas Kuhn, Estructura y dinámica de teorías. Las teorías poseen una estructura, pero no son entidades estáticas, siguen una evolución en el tiempo, una dinámica descrita por Kuhn. En los primeros trabajos de Ulises, sobretodo cuando analiza el caso de la mecánica newtoniana, también figura todo esto, incluyendo los aspectos socio-psicológicos de la comunidad científica.

Quiero recordarte una cosa. Cuando lo conozco a Ulises, había publicado su tesis en la que reconstruye la estructura de la termodinámica bajo la dirección de Stegmuller, en alemán por supuesto. Es el primero que publica un artículo en español, titulado Hacia un nuevo concepto de teoría empírica, en el que se da a conocer esta nueva filosofía de la ciencia. En este artículo y subsiguientes la concepción de la ciencia de Kuhn ocupa un espacio importante, incluyendo la noción de ejemplar paradigmático como semántica de la estructura formal, que Kuhn toma de Wittgenstein.

En el año '75 se encuentran Kuhn y Sneed en un congreso y Kuhn acepta la versión de Sneed de teoría. Lo que está aceptando además es la justificación que hace Sneed del trabajo kuhniano y esto ya es en el año '74.

C. A.: ¿Logra ver alguna influencia del estructuralismo en Kuhn?

No. Kuhn, a mi entender, se pierde en el análisis del lenguaje. Es decir, abandona el terreno de la ciencia, de la estructura de la ciencia, y trata de explicar la inconmensurabilidad yendo a la estructura del lenguaje en la cual crea cosas que son interesante, pero no tienen nada que ver con el estructuralismo. Ni siquiera creo que sean interesantes porque aparece, de nuevo, el problema de los universales. Sí es cierto que lo que él presenta como estructuras significativas de un vocablo "x", por sus relaciones con otros vocablos que se van dando, lo podría traducir en un lenguaje fiscalista de ejemplares, otra vez más yendo a Wittgenstein, viendo cómo varía la significación a medida que se van incorporando ejemplares paradigmáticos. Yo iría por ese lado, pero no por el lado del lenguaje.

Todavía estoy de acuerdo con Popper cuando se pelea con sus amigos neopositivistas y dice que dejan de lado los grandes problemas para discutir acerca de palabras, acerca de los significados. "Esas son cosas metafísicas —le dice Popper—, lo que interesa es la verdad o la falsedad de los enunciados". Este es el problema. Dice "lo que ustedes plantean es metafísica pura" y en ese momento Popper no era metafísico. Es muy importante esto. Es el Popper antes de su transformación como filósofo una vez que llega a Inglaterra y adopta el neoliberalismo, etc. Popper pasa de una concepción coherentista de la verdad a una concepción semántica de la verdad leyendo mal o bien a Tarski. Yo creo que lo lee mal, aunque Tarski también tiene esa dualidad, puede leerse tal cual lo lee Popper o puede leerse que lo que Tarski da es una semántica para

lenguajes formalizados y no para lenguajes naturales. Sería lo más razonable dado que Tarski era un lógico de primera línea y no tanto un filósofo de la ciencia ni un filósofo del lenguaje. Posteriormente, Popper adopta el neoliberalismo y acepta el trabajo de Hayek, acepta que la estructura de la investigación es la que propone la economía y la que propone la economía es lo que dice Hayek. Es un filósofo del cual se puede decir, como ocurre con muchos, que fueron revolucionarios en su época y son conservadores de viejos.

C. A.: ¿Qué opina que será lo importante en adelante para la filosofía de la ciencia?

Hace alrededor de 20 años me pidieron que representara a la universidad en una charla en la que estaba de moda un norteamericano que decía qué iba a pasar con el mundo –hacia futurismo– y yo soy absolutamente enemigo de la posibilidad de profetizar el futuro. Popper era enemigo del historicismo y yo también. Su crítica al historicismo es la siguiente: “dado que el conocimiento científico es una variable importantísima dentro del desarrollo de la historia y que no se puede predecir el desarrollo del conocimiento científico, por lo tanto, no se puede predecir el curso de la historia”. Ese es el primer argumento.

Otra cosa es contestar una pregunta como “¿cómo te gustaría el futuro?”. Eso es otra historia. ¿Qué proyecto puedo tener yo para inducir que otros lo tengan para el futuro? Eso lo podemos decir. El proyecto es actual, no es futuro.

C. A.: ¿Qué lo inquieta en filosofía de la ciencia actualmente? ¿Qué cosa tiene ganas de investigar?

Fundamentalmente, estoy cerrando. No sé si voy a investigar algo. Lo que hago hoy es terminar cosas, mientras pueda. Estoy en la etapa de preparar una herencia.

C. A.: De los que otros están haciendo, ¿qué cosas ve que sean interesantes?

Desgraciadamente con los años uno deja de seguir lo que se va haciendo, salvo en congresos internacionales.

C. A.: ¿Qué ve ahí?

Yo sigo siendo un estructuralista que se rodea de estructuralistas o que va donde están los estructuralistas. ¿Qué hay más allá de esto? No lo sé. Sí sigo también las posiciones en filosofía del arte, en teoría del arte. Últimamente me he relacionado mucho con la gente que dirige la sección de Filosofía del Arte de la Federación Internacional de la Sociedad de Filosofía. Me pidieron que participe con ellos. Esto me interesa mucho. Ahí creo que todavía tengo mucho para pensar.

R. C.: ¿Y en filosofía de la tecnología?

Filosofía de la tecnología, esto sí lo voy a hacer. Ya hablé de filosofía de la tecnología al hablar de filosofía de la cirugía. Vos tomaste parte de esto, pero quiero hacerlo independientemente.

R. C.: ¿Ve un campo interesante como para trabajarlo?

La tecnología es la que cambia al mundo. Probablemente intentaría presentar una relación distinta entre la ciencia básica y la tecnología de la que presenta lo que hoy se llama "tecnociencia". No es sólo tecnociencia, es otra cosa. Esto sí se puede profundizar y se puede ver con más detalle. Esto me va a tomar unos meses. A lo mejor empiezo con otra cosa.

FILOSOFÍA DE LA MEDICINA

R. C.: En su trabajo del '77 se plantea por primera vez la independencia teórica de la medicina con respecto a la biología, y en hacer un análisis epistemológico de la medicina. La pregunta es, ¿en qué se basó?

Era médico y no veía que me sirviera la biología en el ejercicio profesional. Es un conocimiento que presupone a la biología, pero que no se deriva de sus teorías. ¿Cuáles son las teorías específicas de la biología? La teoría de la evolución, la teoría celular y ¿qué más? La genética. Ninguna de esas tiene que ver con el estudio fisiológico del cuerpo humano normal ni con el cuerpo humano enfermo. No podés derivarlo de las teorías de la biología en cualquiera de sus versiones. ¿Deducirlo? No. Es una forma demasiado fuerte de relación y ni siquiera es aplicable la noción de derivar. De la teoría celular no podés derivar la fisiopatología, ni la anatomía patológica, pero sin la teoría celular no podés estudiar el funcionamiento de órganos enfermos.

Así que cuando Ulises me propuso que hablara sobre medicina en el Seminario del Instituto de Investigaciones Filosóficas, lo primero que hice fue establecer la independencia epistemológica de la medicina separándola de la biología, pero también de la química y la física, y considerarlas como disciplinas presupuestas, de la misma manera que las matemáticas son presupuestas para la astronomía, pero no son la astronomía. Son herramientas para construir el conocimiento médico o el astronómico, sin ser ni medicina ni astronomía. El segundo paso fue deslindar la práctica médica del conocimiento que posibilita esa práctica -una confusión habitual en los filósofos y en ocasiones también en los propios médicos-. Al igual que sucede en la astronomía o en la física, en las que se considera desde el punto de vista epistemológico como "astronomía" a las teorías de Copérnico en adelante, y "física" a las teorías de Newton y de Einstein, y no lo que hacen en su práctica profesional astrónomos o físicos, que la filosofía de la ciencia analiza en los textos en los que se las exponen, debemos considerar como "medicina" el conocimiento específico que se encuentra en los libros de texto y artículos con los que se forman los médicos, y a los que consultan una vez egresados. Ese es el material básico en el que desarrollar un análisis epistemológico de la medicina.

R. C.: ¿Y de cómo estructurarlo?

Lo hice en la manera en que se hacía en la concepción heredada. Es la forma en que Nagel lo presenta y yo le agregué ítems propios de la medicina, como "medicinas alternativas" o cosas por el estilo. Era muy clásico dividir el lenguaje en nivel uno, nivel dos, nivel tres. Era lo que se hacía en ese momen-

to. Era lo que yo aprendí también de Klimovsky. Utilicé esas herramientas para ver qué podía sacar de la medicina si separaba, como lo digo siempre, la práctica médica de lo que está expuesto en textos, y tratarlo igual que en cualquier disciplina científica. Una cosa es lo que se hace y otra cosa es la fuente teórica de esto.

Cláudio Abreu: Así que, en resumen, tomó el libro La estructura de la ciencia y aplicó sus categorías a la medicina. Señaló las particularidades de la medicina que se seguían de eso.

Y traté de encontrar una teoría de la que pudiera seguir la evolución. A mí me influyó mucho la teoría de Hans Selye del estrés. Era muy importante, porque trató de ser la teoría básica de la medicina, la que unificaba por un único mecanismo fisiopatológico a la casi totalidad de las enfermedades, e introdujo los corticoides en la práctica médica, que antes de esto casi no se utilizaban. Hubo un abuso, porque se usaban corticoides a rolete. Leí los trabajos originales de Selye incluso antes de recibirme de médico. Papá era un entusiasta de eso y tenía el libro. Así que seguí año por año todos los artículos que encontré acerca de la teoría del estrés y fui viendo cómo disminuían anualmente hasta desaparecer. Pensé que esto corroboraba que las teorías no se refutan, sino que van languideciendo por falta de seguidores. Ya no había más trabajos acerca de esto. Después resurgieron de otra forma.

Bunge publica, después de mi análisis, un libro, *latrofilosofía -latros, medicina en latín-*, con un artículo suyo en el que caracteriza a la enfermedad como un espacio de estados del organismo.

Yo no coincidía en que ésta fuera la estructura de la enfermedad.

R. C.: ¿Y en qué no estaba de acuerdo con Bunge

Comencé a investigar la estructura de la enfermedad basado simplemente en que en mi formación médica, aprendí que el conocimiento médico se construía desde el primer año de la facultad por sucesivos escalones en los que estudiaba -sintetizando- primero anatomía e histología, luego fisiología y anatomía patológica, luego semiología (signos y síntomas de la enfermedad), fisiopatología, y culminaba con la disciplina que utilizaba los elementos previos para caracterizar las diversas enfermedades, la clínica médica.

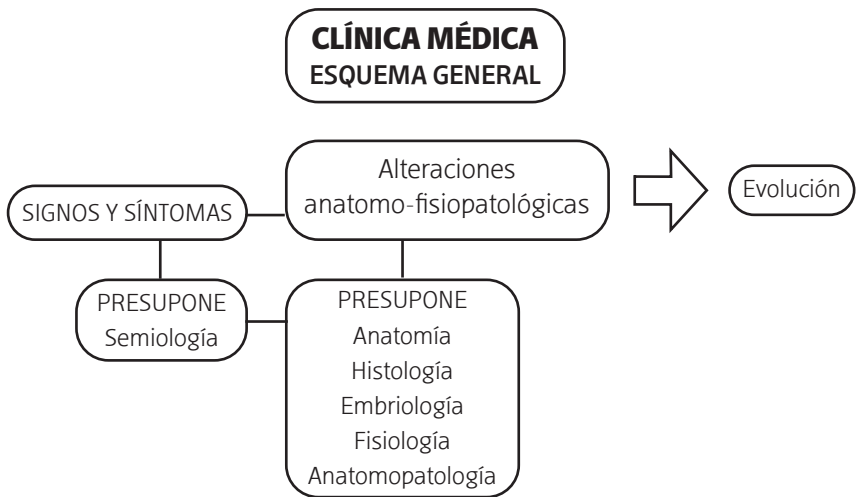
Sabía qué textos debía analizar para determinar la estructura de la medicina: el de Cecil, un clásico de clínica médica con el que había estudiado, y los dos gruesos volúmenes de Harrison, a los que acudía como consulta actualizada ya con años de recibido.

En esos textos ves claramente los tres grandes interrogantes que enfrenta la medicina:

- i. la etiología -cómo se origina la enfermedad-,
- ii. la clínica médica, que presenta una estructura que consta de:
 - a. datos semiológicos: signos objetivos de la enfermedad -por ejemplo, tos, fiebre- y síntomas subjetivos -malestar general, dolores difusos-,
 - b. alteraciones anatómicas -anatomía patológica-, y del funcionamiento -fisiopatología-, que los explica, y
 - c. el pronóstico, que dice cómo evoluciona.

Esta estructura muy posteriormente la presentaría desde la concepción estructuralista de las teorías -muy sintéticamente-, como “modelos no teóricos” -signos y síntomas-, “modelos que pueden devenir teóricos”, agregando la fisiopatología-, y finalmente “modelos teóricos”, cuando el pronóstico de cómo evoluciona la enfermedad se interpreta como la ley de la teoría. Es decir, traduje a términos epistemológicos los escritos científicos tal como está constituida la clínica médica en los libros de texto de Cecil y de Harrison.

Ustedes saben que esta forma de representar una teoría no es la que adopté luego de aceptar al estructuralismo, que opté por una manera de representación mediante diagramas. Sin ir más allá de esto, les incluyo un diagrama por el que caracterizo a la clínica médica, con las disciplinas necesarias -presupuestas-para construir los signos y síntomas, y los cambios anatómo-fisiopatológicos, formando una “red teórica”.



A partir de eso, empecé a estudiar la historia de la medicina y a tratar de encontrar la misma o similar estructura en Hipócrates y en Galeno. Y a investigarla por pedazos.

R. C.: ¿Puede profundizar más en eso de investigar pedazos de esta estructura?

Sí, en pedazos quiere decir las asignaturas básicas. Comencé por la fisiología, y tropecé con la figura de su creador, Claude Bernard, y con él con otra de mis líneas de investigación, la de los médicos filósofos, ya que Claude Bernard es el que define al método hipotético-deductivismo unos 70 años antes que Popper; el último que investigué fue Ludwik Fleck. Pude compararlos en “Dos racionalismos críticos: Claude Bernard y Karl Popper”, el primer artículo en el que se demuestra, o se muestra, que contrariamente a lo que se pensaba, Claude Bernard, el creador de la fisiología, no era positivista sino hipotético-deductivista. Lo publiqué en el año '80 en la revista Teoría de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es un trabajo que se cita todavía porque es pionero en este sentido. Te comenté que cuando se escribe acerca de la “Filosofía de la Ciencia en Latinoamérica”, en la Enciclopedia Stanford de Filosofía, a mí se me menciona como “académico de larga y prestigiosa carrera” y se cita solamente ese artículo mío (después lo hice más completo, pero se vuelve siempre a citar el primero).

R. C.: ¿Y en qué no estaba de acuerdo con Bunge

Él usaba una herramienta formal que yo no utilizaba. Yo no hacía ese tipo de cosas. No lo hice nunca. Lo que sí —ahí lo menciono— estaba en contra de Kuhn y de Bunge que calificaban a la medicina como una especie de artesanía similar a la metalurgia...

R. C.: Y a la confección de calendarios.

Así es. Muchísimos años después íbamos a ver juntos que la tecnología tiene también su propio espacio teórico.

R. C.: Dice que hay gente que piensa que el paradigma en su estructura determina los modelos de aplicación y que eso a usted no le gusta. Porque parecería que de una manera hegeliana —en ese escrito lo pone— ya todo está contenido en el paradigma.

Sí. Si mal no recuerdo, la discusión era si en la investigación el paradigma sigue su propia lógica o si hay caminos de investigación que son propuestos, favorecidos, impulsados, por factores que no son internos del paradigma, sino que son factores sociales. Por ejemplo, los estudios sobre cáncer de mama después de la operación de cáncer de mama de la mujer de Reagan. Hay demasiados ejemplos dentro de medicina, o de donde sea, de que las vías de investigación son determinadas por factores sociales y más aún después de que aparece la gran ciencia, es decir la ciencia después de la investigación atómica

en Estados Unidos, donde intervienen muchos científicos y que es producto del estímulo estatal. En la actualidad esto es muy claro. Los proyectos y programas de investigación, por ejemplo, de la Unión Europea, llenan necesidades y dan plazos en los cuales tienen que obtenerse resultados. Si uno quiere tener fondos, tiene que investigar en alguno de esos programas. En Argentina pasa algo similar con respecto a la enfermedad de Chagas. El Chagas creo que no importa demasiado porque los que se enferman son los santiagueños, chaqueños, tucumanos, y al porteño, por lo general, no le llega. Pero sí se inscribe como necesidad investigar el Chagas. Así que si algún investigador quiere obtener un subsidio pone, que parte de la investigación tiene que ver con la enfermedad de Chagas. Lo hacen biólogos del Instituto Leloir y de todos lados. Esto muestra que la necesidad social orienta la investigación o hace que los científicos actúen como si fueran orientados por la demanda social.

C. A.: Es decir que al mismo tiempo que buscaba la estructura de la clínica médica, de la medicina, no se quedaba sólo con la parte estructural, afirmaba también su desarrollo según el contexto social.

Desde el punto de vista kuhniano la pregunta es cuál es el sistema físico al que voy a dirigir la investigación; como los caminos posibles son potencialmente infinitos, o lo decide el propio científico o es orientado por la esposa, la sociedad, los compañeros de investigación, etc. Son factores sociales, no son estrictamente inscriptos en el desarrollo científico del paradigma. El grupo de Houssay decide estudiar los mecanismos por los cuales se producía la hipertensión maligna, una investigación motivada porque un brillante discípulo de Houssay muere muy joven de esa enfermedad. Bajo la dirección de Braun Menéndez descubren que la angiotensina, una enzima que produce el riñón cuando disminuye el flujo sanguíneo por obstrucción parcial de la arteria renal, es la responsable de la enfermedad hipertensiva.

R. C.: Los filósofos todavía siguen pensando que la Medicina debería formar parte de la Biología. ¿porqué?

Porque son prejuiciosos e ignorantes. Hay muy pocos médicos que hagan filosofía de la medicina o filosofía. Hay pocos filósofos que arrancan desde la medicina y como arrancan desde la física, los físicos son los reyes de la creación; miran con desprecio a los demás, a los biólogos por supuesto, porque todavía no terminan de aceptar que la biología valga la pena; y los biólogos no terminan de aceptar que la medicina valga la pena; y los físicos no aceptan que la química valga la pena; y los matemáticos puros no aceptan que la física sea independiente porque es un cálculo que ellos desarrollan independientemente de que sean sistemas físicos o no, por ejemplo la teoría de cuerdas. La teoría de cuerdas es desarrollada

sin que haya la menor evidencia de que se inscriba, ni siquiera superficialmente, sobre algún sistema físico; es una especulación puramente matemática. A los matemáticos “no hay quién les gane”, como diría un político argentino.

R. C.: Nunca escribió, creo, por lo menos, sobre ética médica.

Escribí un solo artículo sobre ética. Lo presenté en las Jornadas de Epistemología e Historia de la Ciencia que se celebran anualmente en Córdoba. Estaba la gente de Ética de La Universidad Nacional de la Plata y quedaron muy conformes con lo que había dicho: presenté a la ética como una construcción social que se plasma en documentos. Así como hay derecho positivo, hay una ética positiva que se deriva de un acuerdo intersubjetivo y social, como la Declaración Universal de los Derechos Humanos, a la que se agregan los acuerdos de Helsinki sobre las investigaciones biológicas y biomédicas. De ahí se desprenden muchas cosas. Este es el punto culminante de la ética y es una construcción, no está inscripto a priori. No me basé en la ética del juramento hipocrático, demasiado explorado. Me pareció que no valía la pena.

Esta forma de ver la ética es contraria a lo que se llama la falacia naturalista en ética. La falacia naturalista consiste en que si se dice que ética son tales y tales conductas, como lo hace el utilitarismo, esto es una falacia, pues la ética no puede ser una o muchas conductas que se califican de éticas; es independiente de esto, el bien es un objeto abstracto. Esto es Moore, ¿no? Y esto es absolutamente platonista. Es el argumento de Platón. Pregunta “qué es caballo”. Le señalan varios, y dice “ese es uno de ellos”, pero añade que “no es ‘caballo’”. Concluye que es una idea. Es nuevamente el problema de los universales, de cómo un término se aplica a muchos individuos. La respuesta platonista es porque es una idea. Desde un punto de vista nominalista, no quiere decir nada.

C. A.: Del ser al deber ser.

Vos lo conocés esto ya... Moore es el que plantea esto. Eso era uno de nuestros acuerdos con Rabossi. Yo estaba en contra de eso. Cuando leí la falacia naturalista pensé “esto es una falacia de la falacia” y se lo conté a Rabossi él me dijo “estoy de acuerdo”. Era la antifalacia.

R. C.: Cuénteme un poco cómo llegó a abordar la medicina desde la perspectiva de la concepción estructuralista.

Simplemente tengo herramientas y las uso. Había adquirido las herramientas del estructuralismo y las empecé a usar en el campo de la medicina.

R. C.: Hay dos artículos en que las usa: La causalidad en la estructura teórica de la medicina y Lo teórico y lo no teórico de las ciencias médicas. Son más o menos de un año o dos años de diferencia en los '90.

La primera versión de “La causalidad...” fue una ponencia en el Congreso Interamericano de Puebla, en 1999. Comparto lo que sostiene Hume, quien señala que lo único que percibimos es que a un suceso sigue otro, pero no su relación causal. No hay tal cosa como una causalidad necesaria en supuestas leyes de la naturaleza. Causalidad es lo que postula una comunidad epistémica cuando una ley expresa que “si sucede p, ocurrirá q”. Sé que los escritos médicos están atravesados por esta noción. Pero también sé que ha cambiado tanto a lo largo de la historia, que sólo se puede sostener si se deja de lado la noción de necesidad y de ley natural, y se acepta su carácter hipotético y falible. Es la comunidad médica, como sujeto epistémico, la que postula causalidad en ciertos lugares de una estructura teórica. Para esto tenía ya armado cuál era la estructura teórica de la medicina y podía indicar en qué lugares el pensamiento médico predicaba causalidad. Lo ilustro con la teoría infecciosa de las enfermedades, en la que se predica causalidad cuando se añade al esquema general de enfermedad el microorganismo como ente causal, y se justifica si la investigación sigue los postulados de Koch:

- i. si el microorganismo se encuentra en tejidos lesionados del paciente,
- ii. si puede cultivarse en un medio apto, y
- iii. si los microorganismos de ese cultivo inoculado en animales de experimentación reproducen las lesiones de los pacientes. En el artículo confluyen investigaciones acerca de la estructura teórica de la medicina y mi no creencia -ni su utilidad a la hora de entender la ciencia-, en los universales ideales, uno de los cuales es la causalidad. En este artículo sigo desarrollando mi pensamiento nominalista. Utilizo estas herramientas para entender cómo la comunidad médica piensa la causalidad, porqué lo hace y dónde lo hace.

R. C.: Y en esa historia de tratar de entender... Acerca del concepto de enfermedad, cuando le atribuye el parecido wittgensteiniano ¿es eso Kuhn?

Fundamentalmente, el parecido de familia es de Wittgenstein. Traté de entender su relación con Wittgenstein en el artículo “El Wittgenstein de Kuhn”, o algo parecido, en el que veo cómo Kuhn utiliza las nociones de Wittgenstein sin que lo explicita totalmente. La idea de ejemplo paradigmático lo toma de Wittgenstein. La idea de que las leyes de la física se aprenden resolviendo los problemas prácticos que proponen los ejercicios de los libros de texto y no mediante definiciones, también la toma de Wittgenstein. Ya estaba listo para trasladarlo a la filosofía de la medicina, y a la concepción de “enfermedad”.

C. A.: Porque lo de Wittgenstein aparece en '53, que es el año de publicación de Investigaciones filosóficas. Kuhn publica en el '62 y César tiene todo esto para pensarlo.

Tenía mucho que ver con la llegada al Instituto de Investigaciones Filosóficas de México de un filósofo inglés –Mark Platts–, autor de un excelente libro *Ways of meaning*. Dio un curso magnífico sobre Wittgenstein. También fui uno de los primeros en conocer de primera mano el trabajo de Coffa sobre el uso de Wittgenstein y el lenguaje como cajón de herramientas, etc., cuando todavía no lo había publicado. Es decir, ya tenía el armazón y dónde buscar. Leía muchísimo. Y el famoso artículo de Brambrough –que cito siempre– “Universals and Family Resemblance” como la solución de Wittgenstein al problema de los universales-. No es muy citado y creo ser uno de los pocos que lo cita siempre. Pero está en un libro acerca de Wittgenstein en el que varios autores analizan su obra. Cada cual elige el Wittgenstein que más le acomoda, el Kuhn que más le acomoda. Como diría alguien “je prends mon bien où je le trouve” (“tomo mi bien donde lo encuentro”).

R. C.: En varios trabajos habla de la existencia de leyes en medicina. Eso también tiene bastante controversia en el sentido de que la ley, en teoría, debe tener una necesidad y usted la incluye como parte de la prognosis de la enfermedad.

Claro. El mismo Hipócrates decía que el orgullo del médico consistía en que el paciente evolucionara como lo pensaba, no que curara. En realidad, casi todas sus historias clínicas -43 en total- registran la muerte del paciente. Por supuesto, no tengo nada que ver con la noción de ley como necesidad. No hay necesidad en absoluto. Esa es una visión idealista, platónica, que yo no comparto. En última instancia, la ley de la evolución de una enfermedad es de bordes difusos, porque hay un sinfín de evoluciones posibles distintas una de la otra, que un sujeto epistémico puede unificar mencionándolas con una única palabra, pero no son lo mismo. Por lo tanto, no hay ninguna necesidad de que evolucionen esta manera o de esta otra. Además, la evolución no se comporta como lo prevé la teoría, porque no se da en sistemas cerrados en los que existen las únicas variables de la teoría; fácticamente, los sistemas son abiertos, intervienen otras variables. La evolución de una enfermedad que presento esquemáticamente como una estructura que va del estado 1 al estado 2 en un período de tiempo es en realidad una simplificación, pues no solamente intervienen en su determinación la fisiología, la anatomía patológica, la semiología, etc., sino también la alimentación, el hábitat, la edad, enfermedades concomitantes, etc., que también influyen sobre este desarrollo. Lo hacen de tal manera que los sistemas empíricos, que se comportan dentro de esta realidad, tienen una variabilidad aún mayor que la de considerar que hay muchas variables posibles.

R. C.: ¿Qué opina de los que piensan que la Medicina debería formar parte de las Ciencias Sociales?

Depende a qué medicina se refiera. La Medicina es una ciencia social y biológica, no es exclusivamente ni biológica ni social. Los dos tipos de medicina sirven para objetivos diferentes.

La Medicina Social nos enseñó muy claramente en investigaciones de discípulos de Gino Germani, el fundador de la sociología científica en Argentina, que los miembros de clases sociales diferentes enferman, cursan la enfermedad, curan y mueren de manera distinta. Una de las críticas que hice en su momento es que los poblados coloniales de indígenas en México son ámbitos culturales en los cuales enferman de lo mismo el comerciante, el distribuidor, el obrero agrícola, etc., porque comen lo mismo, tienen los mismos hábitos defecatorios, etc. Es decir, los miembros de ámbitos culturales diferentes enferman, evolucionan y curan de forma diferenciada y, además, conciben a la enfermedad y a los tratamientos de manera diferenciada. La formación médica debería incluir herramientas sociológicas y antropológicas para entender quiénes son sus pacientes y cómo van a recibir las indicaciones que reciben. Esto es, por un lado, lo que tiene que ver con la medicina social. Yo creo que ha sido muy valiosa en esto. Creo que es prácticamente obligatorio que la formación médica incluya nociones de Sociología y Antropología Médica, sino no se entiende lo que es la enfermedad ni cómo se da en las comunidades.

A su vez, lo que se llama Medicina Biológica es fundamental para entender cómo se da en el organismo biológico la enfermedad en sí misma, distinta a la medicina social que no es percibida por los médicos actuantes. Esto es lo que llamaría "la brecha entre sanitaristas y médicos de hospital". ¿Por qué me preocupó muchísimo? Porque como filósofo me llamaban los sanitaristas y como médico los médicos clásicos, cada uno sin entender el trabajo de los otros. Es decir, había críticas cruzadas.

R. C.: ¿Por qué el médico no ve el aspecto social de la enfermedad?

Porque ve la enfermedad en los hospitales y en los hospitales el paciente entra a un esquema de vida que es homogéneo, da lo mismo que sea Macri o que sea el barrendero. Se entra en un esquema en el que se levanta a una hora; come a una hora; son tratados de la misma manera; le ponen la chata de la misma manera; lo limpian de la misma manera. No hay factores sociales o sí, hay un único factor uniforme que impone el ámbito hospitalario. Allí no intervienen los factores sociales de la vida extrahospitalaria de los pacientes, porque en el hospital da lo mismo que sea obrero, jornalero u oficinista. En la práctica de consultorio también es muy difícil de ver, porque los pacientes van al médico por problemas físicos, y éste no tiene interés o no percibe que esto puede tener una causalidad social. Empieza a verse que tiene causalidad psicológica, pero esto es en Argentina por el enorme, inusitado y a lo mejor inne-

cesario crecimiento de las corrientes psicoanalíticas, lacanianas, etc. Es decir, la enfermedad tiene una estructura bio-psico-social.

C. A.: ¿La medicina, la ecología y la geografía podrían estar haciendo un poco difusa esta distinción ciencias sociales/ciencias naturales?

Me resulta muy difícil, si bien es cierto que hablo de “medicina”, hablar de “ciencias”, porque hablo de “teorías. Hay teorías que son una síntesis entre lo social y lo biológico, otras que son una síntesis entre lo social y lo económico, etc. No veo una forma de generalizar si hay una división absoluta o no. Hay divisiones en algunas teorías y en otras no.

La enfermedad es una sensación de disconformidad que sienten con su estado físico y psíquico sujetos individuales. Eso es la enfermedad. Que haya muchos que tengan incomodidades similares autoriza a nombrarlas con una única etiqueta, un mismo nombre de enfermedad tal o cual. En la terminología médica, son los síntomas de una enfermedad, tipificada por la disciplina médica de la semiología, y que surgen de lo que cuenta el paciente espontáneamente, y además dirigido por el médico.

R. C.: Desde la posición estructuralista, la enfermedad es un modelo teórico del cual hay ejemplos empíricos que existen en el mundo. ¿Está de acuerdo?

No, lo único que hay son modelos empíricos o ejemplares. Eso es lo único que hay.

R. C.: ¿Y el modelo teórico de esa enfermedad?

El modelo teórico es simplemente una síntesis lingüística de esos ejemplares existentes. En esto voy avanzando de a poco, ¿no? No es sencillo. Es mucho más fácil ser platonista porque hay esencias y al demonio, no tenés que pensar más. Pero cuando querés apartarte del platonismo es muy difícil.

En uno de los escritos –Inconmensurabilidad creo– planteo que lo que hay son ejemplares no teóricos, ejemplares teóricos y ejemplares actuales siguiendo a mi manera nominalista las distinciones de la concepción estructuralista, pero esto es simplemente una síntesis escrita de los ejemplares del mundo real, utilizando una herramienta de comunicación que trata de ser lo más precisa posible. El lenguaje es una herramienta de comunicación bastante equívoco. Vos fijate sino cómo podría haber todavía interpretaciones de Platón. Qué dijo efectivamente Platón. Si los escritos platónicos lo fuesen de ideas nítidas y únicas -universales, en suma-, no habría discusión alguna. Ni se interpretaría a Shakespeare o a quien sea. Si decimos que este o aquel ejemplar de El Quijote, no son El Quijote, El Quijote es un ideal. ¿Por qué cada cual ve una cosa distinta en El Quijote? ¿Por qué seguimos todavía preguntándonos qué quiso decir Platón? Y

hay gente que se gana la vida tratando de interpretar a Platón, como si fuera algo ideal al que uno pudiera acceder. Platón era consciente de esto. Según el mito de la caverna los pobres ignorantes (nosotros y quizás los intérpretes de Platón) a lo único que tenemos acceso es a una forma cambiante que creemos que es la idea, pero no lo es. Nadie más que Platón -y junto con él los platonistas-, que está afuera de la caverna puede ver directamente las ideas. Los filósofos les comunican a los ignorantes, que no ven las ideas, cómo son realmente. Es curioso.

R. C.: Entiendo y, como lo dice, es coherente.

La pregunta es esta: si la idea de lago es una, ¿cómo es posible que haya lagos quietos, lagos rojos, lagos turquesa, lagos de agua fría? Son todos distintos y ¿qué tienen en común todos ellos? Nada. ¿O hay un universal para cada uno de ellos? Esto está en Platón muy claramente, y es algo que nunca pudo solucionar. Por eso los críticos -incluso contemporáneos a Platón- piensan que no deja otra alternativa que la de duplicar en el mundo de las ideas los entes del mundo físico. Un ente ideal para "Lorenzano", otro para "Chulmir", ya que, siguiendo el razonamiento de Platón, si cuando Platón pregunta qué es Lorenzano y alguien me señala, Platón diría -como en la pregunta por caballo- "no, ese es Lorenzano viejo sentado frente a la computadora, no es Lorenzano" (la idea). Sólo si lo considero una idea, puedo nombrar todos los estados de Lorenzano con una única palabra. El argumento de Platón hace que incluso los nombres particulares sean, contradictoriamente, universales. El conocido principio -al menos en el ámbito filosófico- de parsimonia ontológica, "no multiplicar los entes sin necesidad" que indica que ante dos explicaciones debiéramos preferir la más simple, lo debemos a Guillermo de Ockham, filósofo escolástico nominalista a quien Umberto Eco toma como modelo para el personaje de Guillermo de Baskerville en *El nombre de la rosa*. Este principio se denomina "navaja de Ockham", pues afeita las frondosas barbas de Platón.

R. C.: Pero en el concepto de enfermedad hay una...

No hay conceptos.

R. C.: Claro, bueno, justamente. Entonces, desde el punto estructuralista usted tiene un modelo teórico y aplicaciones empíricas.

No. A lo que voy llegando es a que no hay modelos teóricos.

R. C.: ¿Usted dice que la aplicación empírica va construyendo el modelo teórico? Así yo, por lo menos, entendí el universal...

No hay modelo teórico, hay sistemas físicos que categorizo de determinada manera. Igual que hablo de agua cuando digo "traeme un vaso de agua" y no

voy a decir “traeme el vaso de H₂O de 350 cm³ que está en ese objeto cuadrangular de 1,20 x 0.70 metros blanco que se abre”. Me parece ridículo. Uno ahorra con el lenguaje. Dice “está en la heladera”. Uno usa lo que diríamos “universales”, porque esta es la forma de hablar.

C. A.: Lo que existe es alguna forma de lenguaje y un consenso de que podemos hablar de tal cosa y de tales fenómenos.

Por ejemplo, cuando digo “casa”, es una palabra que usamos y los dos tenemos nociones de casas determinadas, o del libro de tal que tiene tal ilustración, o un cáncer que viste, pero no hay más allá de eso. No hay una semántica por fuera de la que vos puedas aplicar en tu experiencia particular. Por supuesto, no es una forma de solipsismo, ya que el sujeto se forma en una comunidad epistémica y interactúa permanentemente con ella. La experiencia es privada, el lenguaje es público.

R. C.: Entonces, el nombre de las enfermedades es una convención que aceptamos dados tales síntomas, tales cambios orgánicos etc.

Sí. Es una convención, pero no existe por fuera de cada vez que se enuncia la convención. No hay una convención en el aire que dice “esto es una convención”. Vos y yo entendemos lo que es enfermedad porque tenemos una formación similar, en la que aprendimos casos similares de lo que es enfermedad.

R. C.: Por otra parte, para la metateoría estructuralista, hay un modelo teórico que tiene aplicaciones intensionales. Usted no está de acuerdo con eso.

Claro. El gran problema siempre es el siguiente: supongamos que existen entidades abstractas o ideas, proposiciones, conceptos, etc., ¿cómo los conocés? ¿cómo sabés de eso?

R. C.: Bueno, según cuál es la escuela.

No, no. No me digas eso. Cómo conocés vos...

R. C.: Por la experiencia vivida.

Listo. Ya acabaste. Lo único que tenés es la experiencia vivida.

R. C.: Entonces repregunto: ¿la enfermedad es un fenómeno natural?

Claro.

R. C.: Me refiero a un fenómeno natural como una tormenta, o la caída de la nieve, algo que ocurre en la naturaleza.

No sé qué querés decir. Yo creo que hay enfermedad. Desde la historia de la humanidad siempre han existido enfermedades, formas de tratar la enfer-

medad y comunidades específicas para tratar las enfermedades como brujos, curanderos, quien sea. Siempre ha sido una función diferenciada. Es decir, la enfermedad es una situación límite que comienza con la humanidad y ha generado su propia teorización elemental y los agentes sociales que la tratan. Médicos ha habido desde el comienzo, igual que ha habido artistas y científicos.

R. C.: Hay autores que hablan de la importancia del lenguaje en la epistemología médica y el modo en que se construye esa proposición. Entonces, la pregunta es: ¿qué importancia le da al lenguaje y a los conceptos médicos dentro de la epistemología médica?

Primero que no hay conceptos, hay lenguajes que tienen distintas formas de estructura: hay lenguajes sin lo que vos llamás “conceptos”, los chinos, por ejemplo; hay escrituras que no lo tienen; pero hay formas de comunicación. Las formas de comunicación siempre se dan entre sujetos epistémicos en situaciones reales y el lenguaje es aquello que permite comunicar en forma hablada o escrita y que no va más allá de lo que está escrito o está hablado. Así que el sistema de diagramas no está más allá de los dibujos de diagramas y del conocimiento de un sujeto epistémico de lo que son los diagramas, a partir de lo cual puede trazarlos.

R. C.: Espere que me deja sin palabras. Tengo que procesar primero todo eso.

El primer artículo que publiqué después de este se llama “La conciencia ¿existe?”. En el '77 o '78 hay una colección de artículos de un científico español residente en México, Fernández Guardiola, donde contribuyo con un artículo que todavía se cita —yo firmaba César Julio Lorenzano Ferro— y sigue la línea de Ryle. Niego absolutamente que exista algo que se llame conciencia. La “conciencia” no existe, al igual que no existen las proposiciones, los conceptos, etc.

R. C.: Bueno, vayamos a unos temas un poco más amigables para mí. Entonces, la pregunta un poco más amigable es: ¿qué le aportó a usted la filosofía de la tecnología para la epistemología médica?

Diría que es al revés: lo que aportó la filosofía de la medicina a la epistemología de la tecnología. Fue reflexionando acerca de las definiciones clásicas de lo que es una tecnología ya desde el comienzo. En los primeros artículos pongo al tratamiento como una tecnología. Es decir, cuando estudiamos una tecnología específica en cirugía puedo hacer aportes a la tecnología desde la filosofía de la medicina, porque es un ejemplo claro en el que uno puede estudiar distintos aspectos que no son estudiados por la filosofía de la tecnología. Entre ellos, el famoso Círculo Epistémico del que hablamos, que, pensándolo seriamente, es una especificación de la concepción de Fleck en el sentido de

que no solamente cambia el río, sino que también cambian las márgenes. Si el conocimiento se asienta sobre el conocimiento anterior, el próximo conocimiento se asienta sobre conocimiento anterior que es, también, el conocimiento que apareció después. Siempre van cambiando, el río y las márgenes. Es una vuelta dialéctica mucho más seria que la habitual.

C. A.: Nada es fijo.

Porque siempre cambia el conocimiento anterior. Cada vez que conozco algo, cambia el conocimiento anterior. Esto es un círculo epistémico que redescubrí en la tecnología y que, posteriormente, veo que lo puedo inscribir en Fleck pero no lo hice pensando en Fleck, lo hice viendo cómo se daba fácticamente.

R. C.: Además, vuelve a la historia de cómo el conocimiento surge de la parte práctica más que de una teoría... Digamos, la medicina práctica modifica el conocimiento.

Las concepciones teóricas de la práctica modifican a la medicina. En última instancia, todo es teoría y todo es ejemplificaciones específicas de la teoría. La teoría es aquello que se comunica mediante escritos y comunicaciones verbales, consensuada como tal por una comunidad epistémica. Más o menos. Esto sería el resumen de todo esto.

C. A.: Uno que hace Filosofía ve estas cosas con más detalle, estamos entrenados para creer que hay conceptos.

Por supuesto. Lo peor es que los filósofos ven Platón antes que cualquier otra cosa y eso los marca para siempre. Lo más divertido fue... Hace varios años di una charla en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de México. No sé qué dije y alguien preguntó “pero, y los pensamientos?”; le contesté “no hay pensamientos”. Chau, se acabó. Se acabo la discusión, se acabó todo. Fue la última pregunta y fue la última respuesta.

R. C.: ¿Qué opina de la inteligencia artificial aplicada a la medicina?

La inteligencia artificial no es la medicina. Vamos a aclarar una cosa, la lógica es un cálculo formal y no sirve para nada en lo fáctico; apenas lo trasladás al mundo con una semántica no formal tiene fallas gravísimas. Por ejemplo, el principio de identidad es imposible trasladarlo a un plano empírico, porque cuando se quiere pone “soltero = no casado”, entran tantas variables en este “igual” que es imposible igualar soltero con no casado. La lógica es un cálculo, no tiene nada que ver con el razonamiento y es parte de las matemáticas. Sirve si está interpretado para hacer inteligencia artificial, sino no, porque es un cálculo matemático que tiene sus propias reglas de construcción. Pero sabemos,

además, que no es el cálculo central de las matemáticas, así que tampoco sirve. No soy amigo incondicional de la lógica.

R. C.: Se está trabajando en todo ese proceso, con el tema del diagnóstico. También con la Medicina Basada en la Evidencia, que restringe al médico en sus opciones artesanales para elegir tratamientos...

El problema es qué ocurre después de las dos desviaciones estándar. Porque todo está muy bien mientras está en la media estadística. ¿Y después?

R. C.: ¿Usted dice en el diagnóstico, por ejemplo?

El diagnóstico. En todo, todo lo que tiene contrastación estadística tiene el problema de si entra o no dentro de las desviaciones estándar y esa es la falla de la medicina basada en la evidencia. Todo razonamiento válido tiene que ser anti-empírico y contrainductivo, como decía Feyerabend, si querés llegar a un buen puerto, sobre todo cuando tenés un caso no estándar, ¿no?

Acordate cómo el Dr. Hause resolvía los casos que nadie podía resolver. Desconfiaba de la evidencia que todos aceptaban y proponía soluciones que generaban sus propias evidencias.

R. C.: Entonces, ¿no le gusta o le ve fallas a la idea de la Medicina Basada en la Evidencia?

Hay dos formas de ver la medicina basada en la evidencia. Una, con un rastreo de los artículos pertinentes y ver quién acuerda o qué porcentaje concuerda con una cosa y con otra. Es ridículo: que un artículo sea de la minoría, no quiere decir que no sea el mejor. El criterio estadístico para elegir lo mejor me es absolutamente ajeno. Hace poco busqué —está, si lo querés ver, en “In-tramed News”— el tratamiento de la estadística del cannabis de uso medicinal. Llegan a la conclusión de que, porque la mayoría de los artículos dicen que no da resultado, no sirve para nada. El problema es que, si sirve para algunos casos, ¿qué hacés? ¿Vas a decir que no sirve para nada porque en cierto número de casos no funciona o decís que sirve, porque en cierto número de casos funciona? La conclusión que se sigue es que en el criterio estadístico es que no hay elementos para decidir. Andá a contarle a la mamá que tiene un chico con crisis epilépticas y que se le calman con el aceite de cannabis. Es decir, son incapaces de admitir la refutación. Así que esa forma sectaria de ver la evidencia basada en la medicina no la creo.

La otra forma de ver la medicina basada en la evidencia es la que surge del método científico estándar en el cual uno crea situaciones de experimentación empírica, etc., etc. Esto es evidencia, pero no tiene nada que ver con todo ese otro criterio de evidencia.

El tercer criterio es hacer uno las experiencias estadísticas y no basarse en las experiencias estadísticas de otro. Esto es valioso y ha servido, entre otras cosas, para establecer el carácter patógeno del tabaco, cosa que si no hubiera sido por Doll y su estudio durante 40 años de los médicos de Inglaterra que fumaban, que no fumaban y cómo evolucionaban, no se hubiera llegado nunca a comprobar científicamente de que el uso del tabaco es estadísticamente significativo en cuanto disminuye la supervivencia cerca de 10 años (debido a cáncer de pulmón, de laringe, enfermedades cardíacas, etc.). Así que eso sí me parece valioso.

Estuve leyendo esta semana lo mismo con respecto a las medicaciones anti parkinsonianas. Leí sobre el uso de la rasagilina en un estudio estadístico de largo término, como de 15 años de seguimiento. Esto también es evidencia importante. Es decir, uno busca la evidencia, no es que la encuentra diseminada.

C. A.: Me parece importante esclarecer qué tipo de evidencia.

Sí. Hay tres tipos de evidencia: uno, la evidencia experimental de la medicina clásica; otra, la evidencia que surge del relevamiento estadístico de todas las publicaciones acerca de algo; y otro el buscar uno la significación estadística por medio de muestras significativas que uno mismo construye, que esto es distinto a basarse en una media de publicaciones. Las evidencias número uno y número tres son valiosas y aceptables, la segunda no. Y la última versión, que me resulta implausible, dice que el médico siga las indicaciones del artículo que juzgue es el mejor en el tema que le preocupa. Como si un médico individual tuviera las herramientas metodológicas para evaluar cuál es el mejor artículo. Ni siquiera fijándose en el prestigio de la fuente puede llegar a la mejor decisión. Para el tratamiento del Parkinson, la Clínica Mayo recomienda dosis altas de levodopa, mientras que otras fuentes recomiendan dosis bajas.

C. A.: Si la estadística, junto con la informática, permite que trabajemos con más datos, también mejor.

Claro. Si vos querés saber si es válido hacer nominalismo en la Filosofía de las Ciencias, hacés una estadística de cuántos filósofos hacen nominalismo y cuántos no... y ahí terminás diciendo que hacer nominalismo no es valioso porque la mayoría dice que no.

C. A.: El control es todavía mayor.

Claro. Igual no estoy de acuerdo con lo que dice Hempel en cuanto a que la medicina es estadística y no determinista. La medicina es absolutamente determinista. Él da como ejemplo el sarampión, pero una cosa es si el bichito causa el sarampión —y esto es absolutamente así— y otra cosa es cuántos van a tener

sarampión en una muestra. Esto es estadístico. Lo primero es simplemente hacerse la siguiente pregunta, que tiene que ver con los métodos más tradicionales de epistemología: ¿puedo tener sarampión sin el bichito del sarampión, aunque tenga disminuida la inmunología o lo que quieras? No. Por lo tanto, esto es determinista. Ahora, ¿esto obliga a que todos los que tienen el bichito tengan manifestaciones? No, porque sabemos que hay portadores sanos. El portador sano sí tiene que ver con la situación concreta de alguien que tiene un alto estándar, se inmunizó con el sarampión, lo que sea. Esto es diferente. Hempel confunde las dos instancias. Esto está en Filosofía de la Ciencia Natural.

Toda teoría científica determinista tiene implícita una “cláusula ceteris paribus” que dice que no hay otras variables relevantes. Y lo comprueba en el laboratorio, aislando las variables relevantes. Pero en el mundo real esa cláusula no es válida. No pueden evitarse otros factores. Es lo que olvida Hempel. En el laboratorio el virus del sarampión cumple todos los postulados de Koch: está presente en el enfermo y no en el sano, puede aislarse del enfermo, puede cultivarse, el cultivo debe producir sarampión, y el microorganismo obtenido en su cultivo ser el mismo del que se aisló al comienzo.

R. C.: Le comento algo que leí y me pareció interesante. A ver si qué opina. Dice: “si la medicina sirve para aliviar el sufrimiento, evitar lo que hace mal y favorecer lo que hace bien, ¿quiere decir que la medicina es una práctica moral?”.

No. Hacer bien no es en el sentido moral, es hacer bien para la salud, el organismo; no es el bien ¿no?

R. C.: En el '76, y volviendo al principio, la pregunta era: ¿qué puede ofrecer la Filosofía de la Medicina a la Filosofía de la Ciencia? ¿Qué piensa que puede ofrecer hoy?

Lo que ha estado ofreciendo. Lo último es Filosofía de la Tecnología. El lenguaje ya lo analicé. Inconmensurabilidad y todos los temas típicos de Filosofía de la Ciencia los abordé desde el punto de vista de la Filosofía de la Medicina y se puede seguir haciendo, se pueden refutar o se pueden perfeccionar, pero se puede seguir usando la Filosofía de la Medicina como banco de pruebas de las posiciones epistemológicas.

C. A.: ¿Cuál es la función última de la medicina?

Lo que ya la historia le vaya indicando. ¿Leíste mi artículo último del devenir de la medicina? Ahí planteo claramente que los avances han cambiado su estructura teórica. Hay datos que son puramente empíricos -esto puede suceder- si la aparatología da todas las determinaciones y da los diagnósticos, al

ver directamente toda la fisiopatología actuando, con lo que desaparece lo que era teórico con respecto a la semiología.

La teoría ha sido decapitada, y ya no hace falta, simplemente existe lo empírico ampliado por los aparatos. A través de los aparatos se puede ver la fisiopatología, por lo tanto, te da cuál es la enfermedad directamente.

Esto ha llevado a la desnaturalización de la medicina por las situaciones institucionales en las que los administradores médicos, con tal de ahorrar, prefieren médicos que casi no examinen, no hagan semiología, no revisen ni hablen con el paciente, sino simplemente los reciben y pidan análisis en el menor tiempo posible. Conocí prepagas que exigían que atendieran 20 pacientes por hora, uno cada 3 minutos.

No ahorran absolutamente nada, porque como no saben qué estudios pedir, la cantidad de análisis innecesarios es enorme. Es decir, la conclusión es que nunca se puede prescindir del médico ni de la figura del médico que sabe cuáles son los análisis pertinentes, cuáles elegir, y cómo conducir al paciente. El médico formado tradicionalmente es, además, un factor de curación en sí mismo. Ese tipo de medicina humanizada es la que no tiene que desaparecer nunca, a pesar de que estamos en presencia de su deshumanización.

Lo que comentábamos es la falta del médico que se hace responsable de los pacientes; en los sanatorios, quien lo trata es un equipo anónimo, nadie escucha al paciente, no es intersubjetivo el diagnóstico, no interviene el grupo en el diagnóstico, etc., etc. Es decir, que veo distintas evoluciones de la medicina, algunas de las cuales son satisfactorias y otras no.

El último giro que aparece en horizonte de la medicina es el de teoría sin semiología, sin síntomas. Los diagnósticos genéticos que pueden decir que alguien va a llegar a vivir tantos años, por ejemplo, si tiene una poliquistosis de determinado tipo y que va a morir. ¿Cómo lo considerás? ¿Enfermo? No tiene malestares. Eso cambia también el criterio de enfermedad. Lo que digo es que hay que considerarlos como pacientes. Pero además es importante, porque tiene que ver con la edad de jubilación. ¿Cómo vas a jubilar a alguien a los 50 años o a los 60 cuando a los 43 se va a morir? ¿Cuál es el seguro que puede tomar? ¿Qué pasa con los hijos? Son problemas que están ahora mismo y eran similares a cuando alguien tenía diabetes y no lo sabía. Tenés pruebas de diabetes por sobrecarga de glucosa y que detectaban a los diabéticos potenciales, pero que no eran diabéticos aunque vos sabías que tenía que tener ciertos cuidados, porque, sino, iba a acabar diabético. Esto altera, cambia, la estructura normal de la que habíamos hablado al comienzo.

C. A.: ¿Esto sería restablecer un equilibrio? ¿Salir de lo patológico y volver a lo normal?

La noción de equilibrio solamente es válida con respecto a la enfermedad fisiológica, que no es la única que existe. Es decir, la fisiología establece el equilibrio alrededor de ciertos parámetros. El primero fue el nivel de la glucosa y después siguen todos los otros niveles. El equilibrio es mantener estos parámetros fisiológicos dentro de un rango aceptable de valores en el cual no se detectarían cambios significativos en la parte orgánica, porque esto es fisiología y no es anatomía patológica.

R. C.: La famosa ley de salud mental obliga a cerrar los hospitales psiquiátricos porque ya, en teoría, no tienen que estar internados los locos.

Vos conocés mi artículo de psiquiatría. ¿Sabés que gracias a eso soy miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Psiquiatría Biológica? Lo escribí especialmente para un congreso de esa sociedad. El artículo consiste en ver las dificultades que tiene la psiquiatría para adoptar las reglas de la enfermedad orgánica, la dificultad para localizarla cerebralmente, fisiológicamente, etc., y los errores a lo que esto lleva. ¿Cómo puede ser que haya casi desaparecido la esquizofrenia, que era la enfermedad psiquiátrica más abundante hace años? ¿Qué haya desaparecido de la escena la madre esquizofrenizante, que enfermaba a sus hijos dándoles indicaciones contradictorias? ¿O la importancia actual de los ataques de pánico, que no conocíamos hace 20 años?

FILOSOFÍA DEL ARTE

Raul Chullmir: ¿Por qué se interesó por la Filosofía del Arte?

Lo cuento en un video. Yo era un chico de Trenque Lauquen que llegaba a estudiar Medicina a Buenos Aires. No conocía absolutamente nada de arte. Lo único que conocía era lo que producía el profesor de dibujo del Colegio Nacional, que era un copista pasable, pero no un artista. Una vez, a mis 17 años o algo así, ya ingresado en Medicina, llega una gran exposición traída del exterior y avisan los grandes carteles "tal exposición pertenece a la gran colección de Fulano de tal". Entonces fui, atraído por la publicidad y la curiosidad. En el primer salón de Bellas Artes (era un salón grande, me acuerdo perfectamente de eso) del lado de enfrente de la entrada, había un desnudo de Modigliani. Lo miré, atravesé todo el salón sin dejar de mirarlo, llegué frente al desnudo y se me empiezan a caer las lágrimas; no siempre me pasa eso cuando veo una obra de arte, pero, en ese momento, entendí que eso me importaba mucho.

Por supuesto, desde allí en adelante siempre me interesó el arte. Me preguntás si Graciela, como artista, influyó en mi primer gusto por el arte. Todavía no estábamos juntos. Además, Graciela empieza a hacer arte muy tardíamente, a pesar de que íbamos siempre juntos a museos y galerías. Como ya comenté, cuando muere nuestra segunda hija -algo muy traumático- porque hizo una hemorragia cerebral intraparto (era una beba hermosa y sabíamos que se iba a morir en un par de días), Graciela entró en depresión -creo que yo también- y comenzó a ir como terapia al taller de Leo Tavella (ceramista, escultor, gran artista). Empieza a hacer piezas e inmediatamente despierta la artista que dormía en ella; gana el Segundo Premio Nacional de cacharros; en el año '73 gana el Gran Premio Nacional de Escultura en cerámica.

Ahí es cuando nos invitó Jorge Kleiman, un evento decisivo para que pensara en qué es el arte, no sólo apreciarlo.

Kleiman era un arquitecto muy exitoso, discípulo de Batlle Planas. Batlle Planas era la gran figura del surrealismo en Argentina. Por primera vez vi toda la producción de un artista que trabaja surrealismo desde el comienzo, es decir, no solamente la obra sino cómo había sido gestada. Era muy curioso, porque lo que hacía era tomar una hoja en blanco, plantar un punto (o más, hasta siete puntos) y dejaba fluir la mano libremente. Sin intervención de la voluntad, el lápiz trazaba líneas que tenían relación con el número de puntos, eran ancladas por los puntos, configurando imágenes. De los muchos bocetos que resultaban elegía algunos y aislaba en ellos elementos y figuras. Después, eso lo trasladaba a la tela, lo pintaba, etc. El resultado era estéticamente muy bueno.

Esa noche no pude dormir y empecé a preguntarme: “¿qué diablos es esto?”. No había ninguna duda que era una manifestación del inconsciente, de la misma manera que hacían los surrealistas con el lenguaje, que asociaban libremente palabras incompatibles desde el punto de vista lógico, pero no del inconsciente; en vez de ser palabras, el dibujo exteriorizaba movimientos. Empecé a preguntarme si existía algún inconsciente de movimientos: no podía ser el inconsciente de Freud, poblado con imágenes, y, entonces, caí en la cuenta de que debía ser un inconsciente piagetiano. Las manos, el lápiz, registraban el inconsciente como el kimógrafo registra los movimientos del corazón de un sapito en las experiencias de fisiología. Un inconsciente del que nos habla Piaget, formado por la interiorización de las acciones que un sujeto epistémico efectúa en su intercambio práctico con el mundo natural y social, y que se exteriorizan en esos trazos del lápiz que nos mostraba Kleiman. Ahí empecé a desarrollar una teoría en que tomaba en cuenta todos los elementos que las críticas y las teorías del arte piensan que son centrales para su análisis, y propuse que las imágenes del arte eran el resultado de la exteriorización de estructuras piagetianas. Imagen, contenido simbólico, reglas compositivas, emociones, todos estos elementos reconocidos por los escritos sobre el arte fueron entendidos como la exteriorización de estructuras piagetianas.

R. C.: ¿Puede aclarar un poquito más por qué lo referís a imagen y a estructura piagetiana? Algo un poco más para legos como yo.

La imagen para Piaget resulta de la interiorización de las manipulaciones realizadas sobre un objeto. Es una especie de estructura kantiana en el cual uno tiene imágenes y reconoce cosas porque ha actuado anteriormente con objetos, manipulándolos primero y luego con maniobras perceptuales. Es eso, más o menos es eso. En última instancia, Piaget es un kantiano genético. Kant dice que estas estructuras son a priori mientras que para Piaget son el fruto de una larga construcción del sujeto epistémico desde el nacimiento hasta, por lo menos, la adolescencia. O sea, la imagen para Piaget es esto y yo lo hice extensivo a la imagen de la obra de arte. En esta estructura piagetiana que intermedia entre el objeto y el sujeto es donde se gesta la imagen de la obra de arte.

También algo muy importante en la obra de arte es lo que se llama el contenido simbólico. Cuando uno ve algo no ve solamente eso, ve, al mismo tiempo, algo que está atrás de eso. ¿Por qué uno mira algo y esto le resulta atractivo o le fija la atención? Porque hay otras imágenes que están conectadas con eso y que son importantes para uno. Esto se llama también en lingüística contenido simbólico -lo exploraron bastante bien los surrealistas-, y en el que se conectan imágenes mediante reglas de metáfora (las imágenes comparten algún parecido) y metonimia (se encuentran próximas en situaciones complejas: un

árbol evoca una pradera, el pasto o flores). En síntesis, cuando lees una línea de un poema, sus palabras evocan otras imágenes que no son solamente las que están en el poema. Todos estos procesos no son conscientes. Bueno, así que también la parte simbólica la referí a Piaget, pero un Piaget historizado porque este contenido simbólico no es solamente del niño sino también del adulto. La principal tesis que sostiene todo esto es que las etapas de un sujeto epistémico que según Piaget culminan y terminan en la adolescencia con un pensamiento lógico hipotético deductivo, persisten en el adulto. Son eslabones de una cadena de sucesivas estructuras en un orden que comienza con las estructuras sensorio-motrices de un sujeto práctico -desde el nacimiento a los dos años-, seguido por las estructuras simbólicas -de los dos a los seis años-, y luego por las conceptuales y lógicas (desde los seis a los doce y quince años).

R. C.: ¿Podría detallar un poco más?

Las estructuras elementales por las cuales se construye todo esto es lo que llama *groupement* o agrupamiento (que es similar a la estructura matemática de grupo). Para decirlo brutalmente, leyendo Piaget uno entiende que las estructuras piagetianas centrales y que podrían ser innatas, sin las cuales no hay posibilidad de construcción del conocimiento, tienen la estructura matemática de grupo (transitividad, asociatividad) y él enfatiza –por eso es *groupement*– la operación inversa. Un sujeto epistémico está en condiciones de reconocer algo cuando puede entender que hay una operación inversa que le permite regresar al punto de partida... Vamos de nuevo. Lo central para conocer es tener estructuras estables y la estructura estable solo puede existir si hay una operación inversa. Por ejemplo, uno no puede poner en un orden que vaya de menor a mayor elementos diversos, si no posee en su interior la estructura matemática de la seriación, y tiene la estructura matemática de la seriación si tiene la operación inversa. Esto es típico de lo siguiente: uno le propone a un chico que ponga varillas de distinta altura en orden creciente o decreciente, a los tres años pone dos juntas, luego otras dos y se acabó; cuando llega a los seis años no tiene ninguna duda en ponerlas el orden creciente o decreciente, porque ya tiene armada la estructura en su interior y la utiliza para ordenar las varillas. Sabe, que, por ejemplo, en el agua puesta de un recipiente a otro, aunque varíe la forma del recipiente, la cantidad de agua es siempre la misma porque eso que puso en un recipiente y luego la traslado a otro de diferente forma lo puede volver a poner en el primero. Es decir, si no hay constancias, no hay conocimiento posible. En las medidas pasa lo mismo: si una vara se achica o se alarga según se la desplaza, no es posible medir nada. El metro tiene que conservarse igual a medida que uno lo va desplazando. Esta es una prueba que se les hace a los chicos. Si dos varillas iguales de largo se colocan paralelas

sobre una mesa o en el piso y pregunto “¿son igualitas?”, el nene dice sí, pero si uno desplazó la segunda y pregunta “¿y ahora?”, a los tres años dice que no “porque esta es más larga”, o “es más corta”, . Hasta que no hace la operación inversa internamente no puede entender que se conserve la distancia o el tamaño, la forma, etc. Bien. Esto en cuanto a la estructura.

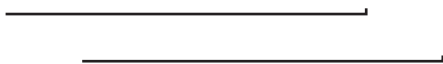


Figura 7: Dos líneas paralelas de la misma longitud.
En la experiencia se desplaza la inferior y se pregunta si tiene la misma longitud.

Las estructuras lógico-matemáticas que rigen el equilibrio de las estructuras piagetianas, rigen el equilibrio que existe en las obras de arte. ¿Qué es lo que hace que una obra de arte sea equilibrada? Para los griegos es la proporción aurea (es la razón entre el largo y el ancho dividido por tres) y es así [se pone a mostrar la forma] cruzado en los tercios, los puntos principales están en la intersección de los tercios.

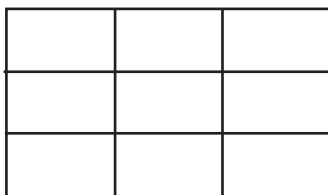


Figura 8: Las líneas dividen el rectángulo por tercios. Se intersectan en los puntos áureos

Todos los fotógrafos, todos los artistas, lo sepan o no, construyen su obra siguiendo esto de la proporción áurea. Incluso, cuando es muy compleja la obra, podés dividir cuadrado por cuadrado y trazar lo mismo en cada uno de ellos, viendo cómo los objetos se acomodan a este tipo de estructura. Si no se hace esto, la obra carece de equilibrio. Hay además distintas estructuras que predominan en distintos períodos históricos. Por ejemplo, tomemos la diagonal: el estilo Barroco compone sobre la diagonal. Mirá ese cuadro. Si prestás atención, podrás ver cómo los distintos elementos se sitúan en los puntos áureos, y una diagonal que va desde la cola izquierda hasta el sitio del hombro del lado opuesto cruzándose en la cintura con otra diagonal. ¿Se entiende?



Figura 9: Fotografía de César Lorenzano expuesta en el Centro Cultural Borges en el año 2014.

Entonces, todas estas estructuras, que para Piaget son etapas superadas y se van dejando atrás como escalones hasta que se llega al sujeto epistémico kantiano que tiene las categorías de objeto, espacio, tiempo, estructuras lógicas, etc., pienso que se mantienen a lo largo del tiempo, y cuando el adulto, por ejemplo, actúa prácticamente, lo hace con estructuras sensorio-motrices, las cuales, entre otras cosas, son topológicas. Es decir, no se desplaza midiendo los movimientos, actúa mediante aproximaciones sucesivas que van corrigiendo la proximidad o la lejanía hasta que consigue lo que quiere hacer. Camina hacia la puerta y no dice “ahora voy a recorrer tres metros; ahora me aproximé dos metros, y así sucesivamente”, sino que uno se va aproximando hasta llegar a la puerta y este tipo de aproximación es topológica.

Las estructuras sensorio-motrices que continúan, se resignifican o se completan en el sujeto adulto, se especializan de acuerdo con el oficio que se tenga. El herrero, el artista o el cirujano actúan con estructuras sensorio-motrices especiales construidas partir de las estructuras sensorio-motrices de la infancia. Es decir, se actúa permanentemente con estructuras prácticas y además con estructuras simbólicas que le dan contenido a aquello que está haciendo. Lo que hacemos carecería de significado si el psiquismo no conectara lo que hacemos con experiencias reales o imaginadas de hondo significado emocional. Freud diría que se las “invierte libidinalmente”, haciendo que sea grato e importante hacer determinada cosa. Eso no está en el hecho presente, está más allá de eso. Está en imágenes profundas que desconocemos, pero que nos guían en nuestras elecciones. Cuando el artista realiza su obra, hace algo que a él le importa, pero no sabe por qué le importa o por qué lo está haciendo, simple-

mente hace. Las estructuras simbólicas condicionan el hacer y el percibir. Lo cual quiere decir que cuando distintos sujetos epistémicos se enfrentan a una misma situación ninguno va a ver lo mismo. El relato que pueden construir distintos testigos de un hecho es absolutamente diferente, tienen un punto de coincidencia, pero no ven lo mismo, porque no significa lo mismo para cada uno de ellos. No es solamente porque estén situados en otro lugar y vean las figuras desde otra perspectiva, sino porque lo que ven es distinto.

R. C.: Es el contenido simbólico.

Es el contenido simbólico lo que se ve ahí.

R. C.: Y el contenido simbólico tiene connotación histórica también.

Tiene connotación personal, social e histórica.

R. C.: Por eso la teoría explica que una obra funciona a través de distintos períodos históricos.

Claro, su interpretación depende de la sociedad en que se vive y de la pequeña sociedad o comunidad epistémica a la que se pertenece (la de los cirujanos, los artistas plásticos, lo que diablos sea). Esto da, a su vez, un fuerte motivo para actuar, para hacer. Se tiene una gratificación de cierto tipo cuando se concretan y exteriorizan cosas que son importantes para uno, pero también cuando encuentra ecos en la sociedad, y particularmente en los miembros de las más restringidas comunidades epistémicas a las que se pertenece. Es su reconocimiento lo que arranca de la insignificancia a la obra y su autor.

Lo que hice fue trasladar todas las categorías de Piaget a la obra de arte, historizándolas, haciéndolas sociales. Esto cambió radicalmente varios años después, porque las hice específicas a cada comunidad epistémica. Al principio era una cosa general, historizada, etc., pero no la había hecho específica de cada comunidad epistémica. Los miembros de cada comunidad epistémica, sea la que sea, saben lo que tienen que hacer, cómo hacerlo, etc., etc., y esto es producto de su formación dentro de la comunidad. Esto sucede con cada esfera de actividad humana. Es lo que llamo estructuras pospiagetianas: sería el equivalente a decir “el sujeto epistémico ha llegado a la etapa de Kant, y con esto construye la mecánica clásica, pero de allí en adelante construye la mecánica relativista, luego la cuántica, etc.”, es decir, que no queda en la primera construcción. En una palabra, lo que hice fue introducir Kuhn y Fleck y, además, llevarla más allá de las capas sociales. Cada capa social ve el mundo de manera diferente y también lo ve de manera diferente cada campo cultural específico, y dentro de él campos aún más específicos. No ve lo mismo lo mismo un fotógrafo que un médico general, ni éste que un cirujano, ni por ejemplo un cirujano

plástico, compañero mío, que jugaba al polo. Seguramente no tiene la menor perspectiva de la cirugía que vos podés tener como cirujano.

R. C.: ¡Así es!

¿Se entiende lo que digo? Es decir, las distintas clases sociales también tienen sus perspectivas particulares sobre cada campo específico. Pero esto...

R. C.: No, está bien. Está claro. O sea que usted, digamos, sectoriza —a ver si lo entiendo o puedo resumir un poquito esto de la última parte— cada expresión artística que depende de la comunidad o del sujeto epistémico que involucra a esa...

¿Por qué había dos corrientes de literatura en el país, una que se llama Boedo y otra que se llama Florida? Porque la de Florida tendía a privilegiar los aspectos formales de la literatura —Borges, Bioy Casares—, mientras que Boedo acentuaba el compromiso social, en la pluma de escritores provenientes del socialismo, del Partido Comunista, o del anarquismo. Eran corrientes en cierto sentido antagónicas y también complementarias, porque cada una, al polemizar con los miembros de la otra corriente, los reconocían como pares.

R. C.: ¿Y el consenso de la obra clásica? Digamos, porque hay un consenso en la obra clásica si es tal. La Gioconda, en teoría, le tiene que gustar a todo el mundo o lo tiene que considerar una obra de arte todo el mundo.

No le gusta a todo el mundo.

R. C.: No, obvio y por eso el consenso de la obra clásica no existe como tal.

Lo que existe es una sacralización de la obra por los museos. Para empezar, es lo único que te permite decir que hay arte. Esto, además, es algo que me aparta de la noción antropológica de la cultura, que la define como aquello que da significado a los distintos aspectos de la sociedad, porque para mí la cultura es mucho más que dar sentido. Es productiva: hay objetos que se producen culturalmente. La existencia de los museos es la muestra de que hay una actividad cultural que se llama arte, lo cual te permite, a partir de ahí, analizar que si el arte es un hecho, cuáles son las condiciones de posibilidad de ese arte, del arte clásico, etc., etc. Igual que la ciencia es un hecho.

¿Qué quiere decir que la ciencia es un hecho? Que hay un consenso social expresado en universidades, que son los depositarios sociales del conocimiento, que dicen “hay tal cosa, tal cosa, tal cosa y esto es ciencia”.

R. C.: Eso es cierto. Ahora, cuando usted ve un cuadro como Sin pan y sin trabajo de De La Cárcova, eso es un cuadro que, yo creo, a cada clase social

le pega de diferentes formas, de los que se sienten espectadores a los que se sienten protagonistas. Eso atraviesa las clases sociales.

Claro, de la misma manera atraviesa, pero tal vez la ven de manera diferente. Es decir, hay un consenso de que está en el museo, está sacralizado. Eso es un hecho. ¿Cómo lo ven? Lo ven distinto. Por ahí debo tener la colección completa de... Hubo una exposición entera dedicada a...

R. C.: ¿A quién?

A la obra de De la Cárcova. Sabíamos que en las encuestas realizadas al público que concurre a museos y exposiciones las respuestas a qué observan en una obra no son las mismas, sino que varían según las clases sociales. No todos verían en la ventana la policía a caballo y la fábrica cerrada por huelga.. Lo curioso que artistas invitados a reproducirla desde concepciones actuales del arte, en un homenaje a sus más de 100 años de vigencia –lo que se denomina paráfrasis– hicieron excelentes y originales paráfrasis, aunque curiosamente no conservaron en todos los casos su fuerte contenido simbólico.



R. C.: Así es. Hay otra obra que me parece que se toma como ejemplar respecto de la visión del espectador y la visión del propio artista que es Las meninas, de Velázquez. Tiene que ver con esto que vos decís.

Claro. Las meninas... Trabajé muchísimo el tema de Las meninas porque, además, hay un salón entero de interpretaciones cubistas de Las meninas en el Museo Picasso y hay otras de distinto tipo. Lo de Velázquez es muy curioso, porque llama a preguntarse “¿qué diablos es esta obra?”, es decir, cómo el pintor está pintando a los que están en primer plano y se pinta a sí mismo

que está pintando en el fondo. Compositivamente es enigmática. Incluso los desnudos de Velázquez son desafiantes. Hay un desnudo de una mujer acostada que se mira en el espejo, pero, en realidad, ella no se mira en el espejo, sino que ahí se refleja su cara y la mira el espectador. Simétricamente, si el espectador ve la cara de la mujer desnuda, mediante el espejo la mujer mira al espectador.

R. C.: Claro. Porque sino, uno no podría verlo, no podría ver la cara.

¿Es muy curioso, no? Y eso, bueno. Quién mira a quién, qué es lo que busca y qué es lo que está diciendo ese cuadro.

R. C.: Como una digresión, la primera vez que fui a ver Sin pan y sin trabajo lo fui a ver con César y para mí era un cuadro chiquito, nunca había ido a verlo. Me impactó, primero, el tamaño y la fuerza que tiene.

¿Viste?

R. C.: No, no, es...

Desesperado.

R. C.: Porque no se ve. Lo que dice de que porque está en el museo es una obra de arte, es cierto, pero también ahí entendí la justificación. Nunca me afectó ese cuadro hasta que lo vi personalmente. No sé si es el tamaño, el ambiente o lo que fuera.

Es lo que digo yo y lo que dice Vlady —es el artista del que hice mi primer trabajo de crítica de arte sobre su obra—: no tiene nada que ver la obra impresa en libros de arte con la obra real, es otra cosa.

R. C.: En eso a mí, personalmente, me...

Desde el tamaño hasta cómo está dispuesta, las pinceladas. ¿Qué increíble las pinceladas, no?

R. C.: Además la diferencia entre una foto, que parecería que es lo mismo porque es una imagen, del cuadro y el cuadro en sí mismo. No sé qué es lo que tiene. O sea, sé que es lo que tiene distinto, pero no puedo expresar la emotividad que genera.

Es lo que me pasó a mí con el desnudo de Modigliani.

R. C.: Seguramente con una foto no te hubiera pasado.

No. Es algo que está ahí delante de uno y ya no lo podés ignorar. Es un hecho, ahí está.

R. C.: Usted representa mediante ejemplares. Porque me quedó pendiente de las charlas del otro día, que dice que –a ver si lo interpreto bien y discúlpeme la ignorancia– justamente lo de Piaget le interesa, porque primero se hace la práctica y está después el simbolismo que llega a esa práctica. ¿Es así o no? ¿Interpreto mal?

Hay simultáneamente práctica y simbolismo, es decir, uno no tiene una práctica si no tiene un simbolismo detrás que permite hacer esa práctica, sea cual sea la práctica.

R. C.: Ocho años desde que yo cursé con Antonio Castorina y vimos el pensamiento de Piaget, y nunca hasta ahora había entendido porqué metió a Piaget en el doctorado. Es un posdoctorado esta entrevista.

El doctorado es lo que soy yo. Hice el doctorado a imagen y semejanza de mi formación epistemológica.

R. C.: Claro. Pero eso no está claro y es una crítica que le puedo hacer, porque, en realidad, yo, hasta estas charlas nunca entendí porqué pone a Piaget. Primero, la inadecuación del tema del ejemplar, de lo platónico, de lo que te molesta esa historia, que no es fácil entender. Ahora empiezo a entender algo más de eso. Seguimos: ¿Graciela influyó en su ingreso en la filosofía del arte?.

Yo conocí a Jorge Kleiman por Graciela.

R. C.: Está bien, pero podía haberlo visto y no haber pasado la noche insomne.

No fue sólo conocerlo en cualquier momento. Lo conocí en una situación social, en la que fuimos a cenar a su casa, charlamos, vimos sus obras. Al regresar a casa es cuando me tuvo despierto el pensar en el significado de lo que vimos. Después lo conocí a Leo Tavella, que llegó a ser muy amigo nuestro y venía a almorzar casi cotidianamente durante mucho tiempo. Leo es uno de los mejores artistas que conozco. Tomé infinidad de fotos de su obra –como buen fotógrafo–. Posteriormente, aprendí la técnica de dibujo sin tocar el papel junto con Graciela en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de México. La técnica de Nikolaides para mí fue otra revelación y que, además, ratifica mi teoría piagetiana. La historia es que uno tiene en la cabeza la clásica técnica en la que se agarra un papel, un lápiz, toma las proporciones de, por ejemplo, un jarrón con el lápiz, y las traslada al papel. Yo aprendí así a dibujar y era aburridísimo, no me salía absolutamente nada.

¿En qué consiste la técnica de Nikolaides aplicada por el maestro de dibujo de la Escuela Nacional de Bellas Artes de México de la que Graciela fue alumna y se recibió? En vez de tomar las medidas, hay varios ejercicios y el primero se

llama “contorno lento”. El contorno lento consiste en una hoja en blanco, se mira el modelo, el lápiz está apoyado en un lugar del papel y la vista está fija en un lugar del contorno del modelo vivo, y se empieza a recorrer con la vista el contorno y va siguiendo con el lápiz el movimiento de la mano que coincide con el movimiento del ojo, etc. En una palabra, hay un isomorfismo entre el movimiento de la mano y el movimiento de la vista. Lo más curioso es que al principio las líneas se entrecruzan, sale una porquería. Al cabo de un tiempo, el dibujo es perfecto, expresivo, nada rígido. El segundo ejercicio es contorno rápido, cada 20 segundos el modelo cambia de posición, hay que captarlo y ahí hay expresión. Otro de los ejercicios es apoyar un carbón, se aprieta la zona que es sombra y se levanta en lo más claro para dar la sensación de volumen. Esto lo traduzco a mi teoría piagetiana diciendo que hay una interiorización de los movimientos que hace la mano para construir la imagen, con lo que resulta interiorizada la imagen misma. Esto es una ratificación completa de la teoría. Además, otro de los ejercicios que hay y que es muy notable, una vez que van terminando el año, el ejercicio es “dibújelo como si lo estuviera viendo desde allá o desde allá” y el modelo está siempre en el mismo lugar. Desde el punto de vista de Piaget quiere decir que ha construido una estructura completa del objeto, de tal manera que permite saber, por ejemplo, que hay una espalda, aunque no se la vea, etc., etc.; es una coordinación de los distintos puntos de vista que está directamente en Piaget y que corrobora la teoría psicosocial del arte.

En uno de los videos que hice sobre el arte, digo que, en las crucifixiones, Dalí seguramente no puso al modelo en una cruz y la alzó, sino que estaba ahí presente y lo dibujó como estuviera mirándolo desde arriba. Aprendí luego que cualquier dibujante que tiene entrenamiento dibuja así. La técnica me pareció excelente. Además, salían dibujantes de primera. Tengo fotografías del ayudante de cátedra, Begonia, tengo obras de ella, y era formidable. Begonia no siguió trabajando en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, sino que se fue a vivir a la costa del Pacífico, en Ixtapa. Quedó fascinada por el mar en las profundidades y quedó allí como profesora de buceo.

Cláudio Abreu: Usted trabajó algo de los estilos en arte. ¿Cómo llegó a eso?

Termino de publicar mi libro sobre el arte, recibo muchos elogios y algunas críticas: “no menciona los lenguajes propios del arte”. Entonces empecé a buscar los estilos en el arte. Wölfflin establece que la Historia del Arte es la historia de una óptica en la que distingue dos tipos, clásica y barroca, que evolucionan a lo largo de un lapso prolongado de tiempo y son reemplazadas una por la otra. Esto lo exploré mucho, me impresionó mucho. Inmediatamente me di cuenta de que era análogo a los paradigmas de Kuhn. El gran problema es que

Wölfflin escribe 70 años antes que Kuhn y no hay el menor indicio de que Kuhn lo conociera. Kuhn se ocupa mucho del arte y en ningún momento menciona algo semejante a estilos, hasta que descubre a Fleck. Fleck, quien postula que la ciencia consiste en estilos de pensamiento, una estructura que evoluciona durante largos períodos de tiempo, similar a los paradigmas de Kuhn. Nadie sabe cuáles son los antecedentes teóricos de Fleck. Todo lo que él tenía se perdió. Pero sí supe que el padre tenía una tienda de arte y era un gran coleccionista de arte. Así que es prácticamente imposible que no conociera a Wölfflin y la teoría de los estilos. No es casual que tomara el nombre de estilo para su estructura. Cuando Wölfflin dice “la óptica es una estructura perceptual”, habla de óptica porque todavía no se había desarrollado la concepción de la Gesta, y esto es lo que después empieza a desarrollar Fleck.

C. A.: La idea de Gestalt ya está en ese texto.

Sí, ya está. Mi idea es esa, que Fleck es el intermediario de la noción de una estructura que evoluciona en el tiempo, una estructura perceptual que dice lo que es posible y lo que no es posible en una etapa determinada de la historia. El Kuhn más clásico, ¿no? El que habla, sobre todo, de la Gestalt propia de los paradigmas, coincide con los estilos de Wölfflin y Fleck.

CRÍTICA DE ARTE

Raul Chullmir: Hizo crítica de arte, cuénteme un poco de eso.

La primera crítica que hice fue sobre la obra de Vlady. Vlady es el hijo de Víctor Serge, el creador de la Internacional Obrera Roja, que era un sindicalista de origen ruso que militaba en Europa, muy reconocido en España, Francia, países nórdicos, etc. Cuando triunfa la Revolución Rusa, es llamado por Lenin para que organice la Internacional Obrera y ahí nace Vlady, que tiene su nombre por Vladimir Illyich Lenin. Me cuenta que recordaba cuando Lenin jugaba con él sentándolo en su pierna y hacía ico ico caballito. Por supuesto, cuando llega Stalin al poder, él, la madre y Víctor son desterrados a Siberia, donde la madre enloquece. Vlady tenía seis años, aproximadamente. Pero como Víctor era un hombre reconocido en occidente, todos los países socialdemócratas y las organizaciones sindicales piden por su libertad. Lo liberan y van a París, donde Vlady se encuentra por primera vez con el arte del Louvre. Ahí hace permanentemente bocetos de todo lo que ve. Bocetos del Louvre, de reuniones del Comité Central del Partido Comunista Francés, de los cafés parisinos, de Notre Dame. Permanecen en París hasta el año '40 cuando viene el gobierno de Vichy (el gobierno filo nazi de Francia) y la ocupación de París por el nazismo. Se trasladan a Marsella, en donde consiguen embarcarse, finalmente, con una visa a México. En México, el mundo plástico estaba dominado por el Partido Comunista, así que no lo recibieron a Vlady muy bien; en realidad, lo trataron muy mal. Siqueiros, comunista reconocido, era el hombre que había organizado un atentado contra Trotsky que fracasó. Vlady, junto con su mujer, inician el posmuralismo. Organizan la primera galería de arte que hubo en la ciudad de México y allí exponen los que no eran muralistas (reivindican la pintura de caballete, reivindican lo subjetivo frente a lo objetivo del muralismo).

Vlady es un gran personaje de la cultura mexicana. Lo conocí cuando me invitaron a cenar a la casa de un médico cirujano que tenía una mujer que se dedicaba al arte, y que curiosamente lo único que pintaba eran manzanas. Yo pensé "me va a pedir que haga una crítica de la obra de su esposa" y por suerte no, pero ahí estaba Vlady.

R. C.: ¿Cuál es el nombre completo de Vlady?

Vladimiro Serge, pero se lo conoce como Vlady. Vestía con rubashka, que es la clásica vestimenta rusa, y el pelo atado con una colita. En esa cena me entero de que había terminado un mural -él, que es el anti-muralista- y que había demorado siete años en hacerlo. Había pintado 2.500 m² de mural en una iglesia colonial que era la biblioteca del Ministerio de Relaciones Exteriores de México

-acordate que Benito Juárez expropia todos los bienes de la iglesia—, murales con el tema de Los elementos y las revoluciones. Me invita a verlo. Llego antes y lo recorro solo, con lo que tuve la oportunidad de intentar descifrar su compleja y a la vez transparente simbología. Cuando Vlady me da luego una prolongada visita guiada pude contrastar lo que me cuenta de la obra con mi propia interpretación y este vaivén entre ellas enriqueció mi análisis. Lo que pinta son las revoluciones: la Revolución Francesa, la Revolución Norteamericana, la Revolución Rusa, las del arte y la ciencia. Dos o tres años después me comenta que el ministro de cultura de México le dice: “pero usted pinta solamente revoluciones traicionadas, derrotadas, y la nuestra ganó”.

Quedé tan impresionado con la obra que decidí escribir un artículo utilizando las categorías de mi teoría del arte, que ya estaba publicada en el '82, pero ocultando el aparato teórico, es decir, una escritura literaria y no teórica —había elementos teóricos, pero no mostraba la teoría—. Era el segundo o tercer año que estaba vigente el Salón Nacional de Crítica de Arte y lo mandé con un nombre cualquiera. Para sorpresa mía los jurados lo premian y como me dijo Teresa del Conde —era una crítica muy importante que dirigió museos durante muchos años— “se me cayeron los ojos cuando vi que eras tu porque no imaginé que podías escribir de esta manera, yo te conocía de la universidad”. Gané el Primer Premio. Después de eso, me transformé en una especie de teórico de Vlady. Prologué un libro que sacó la universidad con dibujos de sus cuadernos de apuntes. Tomaba apuntes de cualquier lado. Yo hice el texto introductorio, que también es un texto literario con esquemas. Voy enriqueciendo la teoría a medida que analizo la obra, pero a partir de una sólida base teórica. La tercera es cuando a Vlady le hacen un gran homenaje en el Museo Nacional de Bellas Artes en el año '85 y me pide que escriba la presentación de la muestra. Ahí trabajé mucho más y lo conocí mucho más a él, porque fui, incluso, a su taller en Cuernavaca. Me hizo pintar algo para que viera en qué consistía la aplicación de sucesivas capas de veladuras en la pintura al óleo, olvidada en la actualidad. Bueno, es un texto también muy importante. Me decía “cuando vino a verme acá el secretario de cultura me dijo ‘Vlady tal cosa’ le dije ‘Miguelito’ porque si él me llama Vlady tengo todo el derecho de llamarlo Miguelito”. Era un loco lindo. Murió hace unos años.

Todo esto me valió también... Es una historia que la debo haber contado. Es una historia rarísima, porque de repente me llega la invitación de ver la obra de Ernst Saemisch, un artista plástico alemán que vivía en México. Era un discípulo bastante lejano de la Bauhaus. Entonces voy a su casa, charlamos un rato, me muestra sus cosas. La obra estaba exponiéndose en un centro cultural cerca del Zócalo. Era un sábado, así que se circulaba libremente por el D.F. Estábamos cerca de Ciudad Universitaria o algo por el estilo y la exposición estaba en el centro del D.F. Entonces fuimos y mientras tanto íbamos charlando, él en alemán, Ger-

trudis, su mujer, traducía, y yo en inglés o español —ya no me acuerdo—. Llegamos y la exposición estaba cerrada. Comienza a suceder una cosa rarísima que era la búsqueda de la exposición; por lo general uno va a la exposición, no la busca. Primer paso, abrir la sala. No tenían la llave los empleados del centro cultural. La tenía el director. Vamos en busca del director. Vivía en una extraña edificación en el Centro Histórico del D.F., diseñada como una plaza mayor española, con un gran espacio central, adornado en sus cuatro lados por bañaderas vacías, y delimitado por dos plantas de departamentos. Era una cosa surrealista. Lo localizamos, por fin, al director, un español que vivía en un departamento del segundo piso, se había casado con una mexicana. Nos atiende muy bien. Nos acompaña hasta la sala de la exposición, abre las puertas, y nos encontramos con las paredes vacías. Le pregunto qué pasó con la obra. El tampoco entiende lo que sucede. Con un gesto de pesar nos cuenta que la muestra se iba a bajar el lunes. Pero era sábado y ya la habían bajado. La esperanza es lo último que se pierde. Vamos hacia el depósito, que también estaba cerrado y finalmente no la pude ver. Así que escribí un artículo acerca de esto, lo mandé y no se publicó nunca. ¿Por qué hice el artículo? Porque quedamos muy amigos con Ernesto, aunque no pude ver la obra. Nos despedimos, lo abracé y tuve la sensación de haber abrazado a un pájaro, no tenía carnadura. Ernesto muere y yo escribo esto en su memoria. Se lo muestro a la mujer y entonces pude ver la obra que ya estaba en la casa. El estudio estaba en un primer piso al que se accedía por una escalera exterior en caracol. Constaba de dos grandes habitaciones llenas de obras. Gertrudis me deja solo para que las viera. En eso entra un pájaro por la ventana, revolotea un poco y se pierde en la habitación más lejana. No lo volví a ver en todo el tiempo en que miraba las obras. Cuando bajo, empiezo a escribir mis apuntes y le cuento a Gertrudis sobre el pájaro. Gertrudis me mira y dice con una voz muy suave “¿sabe que Ernesto decía que él era un pájaro?”. Escribí un artículo contando de Ernesto, su obra, y nuestro encuentro. Lo envié a la revista Proceso. Nunca lo publicaron. Tiempo después iba a Cuernavaca, paso por el peaje, donde compro por primera vez en muchísimo tiempo el Excelsior, un gran periódico mexicano —yo leía un periódico de izquierda, el Uno más uno—. En la casita que alquilaba en Cuernavaca lo empiezo a leer y encuentro un artículo que dice “En memoria de Ernesto Saemisch”. Iba a decir que me ganaron de mano, copiando incluso mi título. Al leerlo advierto que no era otro artículo sobre Saemisch. Era mi artículo y constaba que yo era el autor.

R. C.: Ah, firmado.

Sí. ¿Cómo se publicó? No lo sé. A la noche me llama Gertrudis, la mujer de Ernesto, quien me dice “se cumplió un año de la muerte de Ernest; habría que publicar lo que escribiste sobre él” y le contesto “ya lo publicaron”.

Pasa el tiempo. La embajada alemana decide hacer una gran exposición de Ernesto como artista no nazi y me piden que escriba la presentación de la obra. Estuve trabajando durante varios meses en la selección junto con Mariana Frenkel, que fue la directora del Museo Nacional de Arte Moderno de México durante muchos años, alemana y esposa de uno de los teóricos más importante del expresionismo alemán. Junto con ella estuvimos seleccionando obras. Regresé a Argentina y, antes que llegara el container con nuestras cosas, escribo el artículo prometido con elementos mínimos: una mesita de pino, una silla de paja, y mi Lettera 22. Lo terminé de escribir y lo envié al Museo Carrillo Gil, donde se exhibirían las obras de Ernesto. Nunca se publicó. Otro escribí acerca de la exposición de Ernesto Saemisch y nunca supe porqué.

Hace un año me escribe Gertrudis y me dice "estamos juntando todos los textos que escribieron sobre Ernesto, el tuyo era muy lindo, ¿me lo podés mandar?". Ahora está publicado.

Bueno, esta es mi trayectoria como crítico de arte.

R. C.: ¿Acá no hizo nada?

No, porque no me interesaba. Lo que yo quería e hice fue escribir textos paradigmáticos de cómo se tiene que escribir una crítica de arte, es decir, cuál es su armazón y su contenido.

R. C.: Usted hace una teoría del arte, ¿pero la utiliza al hacer las críticas?

Permanentemente. Hice al revés de lo que hice con el escrito de Leloir. El escrito de Leloir está hecho al revés, es decir, relato una historia, pero muestro al mismo tiempo cuál es la teoría que está detrás de la historia. Quise hacerlo así porque había en esa época toda una tendencia en la cual el análisis y la teoría literaria formaban parte de la narración. Piglia lo hace y yo decidí hacerlo en historia de la ciencia. En la crítica de arte, ya no me acuerdo cuáles eran los parámetros exactos, pero fundamentalmente, entre otras cosas, proponía inscribir la obra en corrientes pictóricas reconocidas y ver los parentescos y similitudes entre distintas obras, pensando que la relación no es entre mundo e imagen pictórica. Intervienen las tradiciones artísticas. El arte pinta el arte, no pinta lo que se ve. En el escrito que hice sobre Ernesto, una de las tantas cosas que hice, fue mostrar cómo un cuadro en el que había banderas se relaciona con otro cuadro que pintaba banderas, y con otro cuadro en el que había banderas, etc., y cómo todos estos son semejantes.

Posiblemente sea en los escritos de crítica de arte donde expongo con más libertad mis convicciones epistemológicas, en los que dejo de lado la escritura más formal para adoptar un estilo más literario.

FOTOGRAFÍA

Cláudio Abreu: ¿Cómo se inició en la fotografía?

La primera vez que tuve una cámara en mis manos fue gracias a Graciela, que me llevó a ver a Lilia Guerrero.

Lilia era una poetisa esposa de Luis Sommi, un militante del Partido Comunista y de la Fede, que pasó varios años preso en Ushuaia junto con varios miembros del Comité Central del Partido Comunista. Lilia fue a la URSS y como buena poetisa se relacionó con Maiakovski, el poeta de la Revolución Rusa que desilusionado se suicida muy joven. Lilia fue su traductora.

Lilia trajo una Leica soviética, porque la fábrica de la cámara y los lentes Leica quedaron del lado de la Alemania Oriental. La usé y finalmente, no sé porqué no terminé comprándola.

Cuando realmente empecé a hacer fotografía en serio fue con una Voiglander Besamatic, una cámara réflex. Ya estaba casado, estaba viviendo en Beccar, ejerciendo el oficio de médico. Muere muy joven, de poliomielitis, en una época en que se había casi erradicado por la vacuna, una prima a quien quería mucho. Eso me causó una fuerte depresión de la que salí gracias a la fotografía. Empecé a fotografiar y el fotografiar canalizó creativamente la depresión.

Raul Chullmir: ¿Qué año habrá sido?

¿'61? Y después, ya no paré de fotografiar. De nuevo, gracias a Graciela, me relacioné con Anatole Saderman. Anatole Saderman era el que yo creo el mejor retratista que haya habido nunca en la Argentina. Era ruso, tenía el estudio en la calle San Martín al 400 o 500, una casa magnífica en La Lucila y yo le llevaba mis fotografías. Entonces, aprendí cosas... Aprendí de él sin que fueran lecciones. Por ejemplo, yo sacaba la foto de un señor viejito, pero la cara no decía nada en la fotografía; me pregunta Anatole "¿quién es este señor?" a lo que le dije "es el que cuida los coches en el club"; entonces me di cuenta de que la cara del señor no expresaba nada porque su vida no había dejado huellas. Como decía él "después de los 40 años, cada uno es responsable de su cara". [Risas]. Después, por ejemplo, saqué la foto de una piba y me dice "linda chica, ¿no? ¿Cómo hizo para que la luz viniera desde abajo?". Así me di cuenta de que no había manejado bien la iluminación del rostro. De esa manera aprendí fotografía y aprendí junto con él, sobre todo en el retrato, a seguir la técnica de los maestros del Barroco. Él usaba muy poca cosa, dos lámparas nada más (una lámpara de 500 watts para la iluminación principal, y una de 250 watts para que rellenara lo que había quedado en la sombra), con las que moldeaba total-

mente la cara. Decía “¿para qué usar más? ¿No ves lo lindo que es el mundo y hay un solo sol?”.

Entré al Cineclub Buenos Aires, al Fotoclub Buenos Aires y cuando fui a vivir a El Talar de Pacheco entré al Fotoclub San Isidro.

No sé si lo dije alguna vez, pero el otro día ustedes me preguntaron “¿qué es lo que uno fotografía?”. Uno fotografía una estructura, una composición, es decir, que lo que se fotografía es centralmente una estructura compositiva. Cuando uno la ve y aprieta el botón te aseguro que es una sensación de sensualidad que no podés imaginarte, no importa que sea una chica, un viejo o un sapo, da lo mismo. Es una satisfacción de sensualidad. Hice una foto que le ganó a Raota: es un chiquilín en la Boca que está sentado en una escalerita de madera de la entrada de una casa de chapa. Después seguí sacando fotografías. Hice en el '73 mi primera excursión a Europa e hice una exposición en el club Nahuel con las fotografías que había tomado.

Cuando muere nuestra nena, después de haber nacido, también recurrí a la fotografía. Fue una de las cosas que me ayudó a salir. Igual la depresión duró tres años, como duran las depresiones sin tratamiento. Un día iba caminando por la plaza frente al hospital Rawson, ya había dejado cirugía, e iba a ver lo que hacía Martella, que era el sucesor de Malenchini, en el Pabellón 6 del Rawson. Era muy temprano. De repente digo “estoy contento, así debe sentirse la gente cuando está contenta”.

El otro episodio, muy curioso, fue cuando lo mataron al Che salí con la cámara a fotografiar lo que fuera. Lo que buscaba era simplemente fotografiar. Salí a la Panamericana, pero había llovido tanto que era imposible ir hacia el centro, así que fui para el otro lado, para San Antonio de Areco. Había una procesión con chicos extrañamente vestidos de angelitos. Otra imagen inesperada la proporcionó un gaucho de botas y bombacha, chueco de andar a caballo, que llega hasta un auto moderno, sube y se aleja. La fotografía siempre estuvo presente en mi vida.

R. C.: ¿Salía a buscar composiciones o ibas con la cámara y las encontraba?

No siempre es necesaria la cámara para que uno mire el mundo con ojos de fotógrafo. Inesperadamente la vista selecciona algo, lo sitúa en un cuadrilátero y guarda esa imagen como si la hubiera capturado con un lente. Eso es lo que tiene la fotografía. Educa la mirada. Enseña a ver. Cuando fui a México en el año 1976, me despidieron en Ezeiza mi familia y algunos amigos. Me llaman de aduana y me interrogan: “¿usted va de turista y lleva una ampliadora?”. Finalmente salí de allí camino a embarque. Llevaba mi Durst 600 para continuar haciendo fotografía.

R. C.: ¿Hacia revelación y todo?. ¿no?

Todo el proceso. Sí, había aprendido con Anatole a usar como revelador el D23, que tiene un grano mucho más fino y modula mejor las luces. Mejor que el D76, mucho más usado, fabricado por Kodak. El D23 lo preparaba personalmente. Era muy sencillo, sólo tiene metol y sulfito. En el vestidor del departamento de México tenía mi laboratorio, en el garaje de El Talar tenía mi laboratorio, con bandejas y todo. Compraba la torta de negativos y hacia los rollitos yo mismo.

En el '77 hubo una gran demostración cultural del exilio en México que ocupó el Centro Cultural Siqueiros durante un mes entero. Yo expuse mis fotografías, Graciela presentó dibujos. Ahí tuve una anécdota de lo más insólita. Se arrima Fermín Estrella Gutiérrez, el hijo de Estrella Gutiérrez, el poeta, y me dijo "oh, muy lindas las fotos, ¿eh?, te llamás igual que el radiólogo que me atendió en el 20 de noviembre", le digo "tonto, yo era el radiólogo". La gente te ubica en un rol y es incapaz de verte en otro.

En México hice dos o tres series que considero importantes. La principal fue cuando Adolfo García Videla, un cineasta documentalista argentino, me invita, junto con un historiador que estudiaba el zapatismo —en esa época nadie les daba pelota a los rebeldes de la Revolución Mexicana, ni Zapata era bien visto-, a ir a entrevistar a lo que quedaba de los veteranos del zapatismo. Entrábamos en los pueblos, nos recibían, cuidaban a los veteranos como si fueran los testigos de un tiempo mejor y no los podías ver si no te llevaban. Entonces saqué infinidad de fotos. Después saqué fotografías en Cuautla, que es donde nació el zapatismo como tal, en una asamblea del Movimiento Nacional Plan de Ayala, que era una recreación hecha por el hijo de Emiliano Zapata, Mateo Zapata, de lo que había sido el gran plan de reforma agraria del zapatismo. Saqué fotografías ahí e hice varias exposiciones con ellas en México, D.F. En esa época amplié solamente 20 fotos. Tuve serios problemas para conseguir el tono de piel de los campesinos. Lo que había en esa época era solamente sepia, virador sepia, pero era muy rojizo y los campesinos tenían la piel color tierra, no gris ni rojiza. Entonces lo que hice fue ir degradando con revelador el virador sepia, hasta que dio el tono que yo quería. Hice con eso, por lo menos, dos o tres exposiciones en el D.F. En una de ellas, la gente que iba a verla decía "¿qué le hemos hecho nosotros a esta gente?", impresionados por esos rostros. Lo mejor de todo fue que hice una exposición en la casa del Movimiento Nacional Plan de Ayala en Cuautla, a la que concurrió el subsecretario de cultura, festejando no sé qué aniversario del Plan de Ayala. Se corta la cinta, entran los veteranos y se ven a sí mismos fotografiados. El delegado del ministerio da todo un discurso y termina diciendo que agradecía al exilio argentino que rescatara a su gente. Fue creo que, junto con las fotografías que hice de Borges y de Cortázar, lo mejor que he hecho en años.

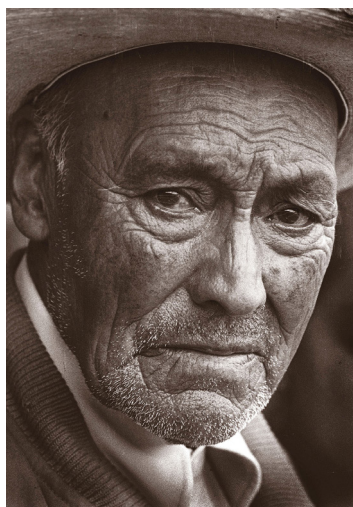
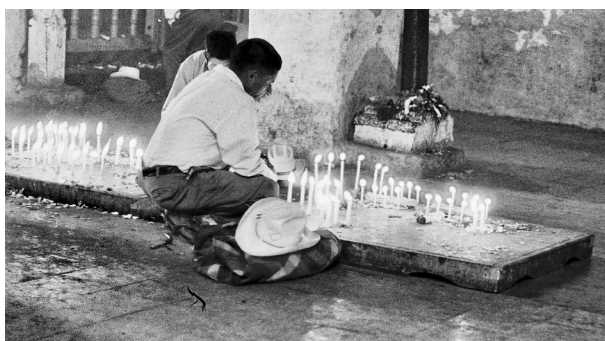


Figura 10: Veterano del ejército zapatista de la revolución mexicana. Fotografía de Cesar Lorenzano del año 1980.



Figuras 11 y 12: Iglesia de Chichicastenango, Guatemala. Rituales de un sincretismo católico-indígena. Fotografías de César Lorenzano del año 1973.

Acá hice una exposición –vos la viste– del zapatismo, en una de las salas más grandes del Centro Cultural Borges. Afortunadamente encontré los rollos originales, más de quince, y pude ampliar muchas más fotografías. Así pude llenar las paredes de la sala y organizarlas en lo que en curaduría se llama “narrativa”. O sea, una exposición tiene una coherencia dada por un relato que vas viendo a medida que recorrés la muestra, aunque no te des cuenta. Fue cuando la Embajada de México mandó unos mariachis y yo canté. Después saqué fotografías de infinidad de cosas con un problema muy grave: no podía sacar fotos en México; el problema era cómo evadir el pintoresquismo, porque todo es muy pintoresco, pero no me gusta mostrar pintoresquismo. La fotografía tiene que decir algo. Es muy fácil ser pintoresco en México, ¿no? Todo México tiene colores en las paredes, en las vestimentas. Empecé a experimentar también con color, con el gran problema que el negativo color, y también las transparencias, daban fotografías de un color muy burdo. La única forma que encontré de hacerlo es transformando el color de dos maneras: una, utilizando filtros. Llegué a tener 40 filtros diferentes. Otra forma de alterar los colores es revelándolas de manera no convencional. No quieran saber la cara que ponía el empleado del supermercado que revelaba los rollos en una máquina automática cuando le decía que cambiara manualmente el proceso hasta obtener una gama de colores diferente. Conseguí buenos resultados, como en una serie de conventos mexicanos que regalé a la embajada de México en Buenos Aires, en la que alteré los colores y cambié la perspectiva de las columnas utilizando teleobjetivos. Esas fotografías se expusieron en el Centro Cultural Recoleta, también auspiciado por la embajada.

Después, como digo en algún lado, siempre estuve cautivado por la dulce sensualidad de las muchachas en flor. Tengo montones de fotografías de jovencitas...

R. C.: Hoy sería políticamente incorrecto, ¿no?

Tendrían 16 años, algo por el estilo... Además, eran hijas de amigas, de amigos, con las cuales todavía mantengo correspondencia. Hace cuarenta años no eran fotografías políticamente incorrectas, y hoy su sensualidad es la de dulces abuelas.

R. C.: ¿Y el Tigre? ¿La fotografía en Tigre?

Yo vivía en el Partido de Tigre y estaba en el hospital de Tigre, era socio del club náutico Nahuel y salía a remar con la familia, etc., pero no tengo muchas fotos del Tigre de ese momento. Sí tengo de la gente, amigos, siempre con la onda de hacer retratos, buscando rostros interesantes entre los socios amigos, sus hijos e hijas, también de las señoras del club (me agradecían mucho y se las regalaba al esposo para que no se ofendiera).

R. C.: El Tigre tiene esa sensualidad paisajística, ¿no?

Claro. No era común en esa época llevar cámaras en los botes de remo. De regreso, alquilé sucesivas casitas en las islas, y finalmente compré una sobre el río Carapachay e hice infinidad de fotografías del río, de las casas. Además, en esa época yo hacía fotografías en blanco y negro.

R. C.: Una pregunta que no tiene nada que ver. Cuando era chico –estoy hablando entre el '60 y el '70– los rollos a color había que mandarlos a imprimir a México.

No. Acá lo hacía Fuji.

R. C.: Tardaban 30 días, 60 días.

No, acá Fuji tenía una casa en Don Torcuato o por ahí.

R. C.: ¿En los '60 o '70?

Sí. Te digo porque a mí me arruinaron 10 rollos color de un viaje a Europa, me devolvieron 10 rollitos intactos y después me enteré de que habían contratado un empleado nuevo que abrió la puerta cuando estaban revelando y me velaron todos los rollos. Eso en los '70, o en los '60, no me acuerdo.

C. A.: ¿Hoy, con qué fotografías? ¿Con digital?

Con el celular. Lo único que utilizo es el celular.

CHEF

Cláudio Abreu: ¿Cómo empezó con esto de cocinar?

Siempre cociné. Vivía solo, así que aprendí a cocinar. Vivía en un departamento, así que cocinaba. La primera comida en la cual invité a dos o tres compañeros era arroz a la cubana. El arroz a la cubana es arroz blanco, banana frita y también huevo frito. Uno de los amigos compañeros era peruano e hizo un solo comentario: “las bananas estaban bien fritas”. Se acabó y no dijo absolutamente nada más.

Graciela no sabía cocinar cuando se casó y aprendió conmigo; después cocinamos juntos. Incluso cuando se casó Sandra la cena la hicimos nosotros para unas 70/80 personas. En el exilio había lo que se llamaba la Comisión Argentina de Solidaridad, donde unas 15 parejas nos encontrábamos todos los sábados a ver una película. Se veía la película y se cenaba. Uno llevaba la comida para todos. Uno cocinaba para todos. Recuerdo que llevé una receta que tuvo mucho éxito cuando la hice la primera vez a los 23 años o algo así: pollo al whisky. Así que cocinar, cocinamos siempre. Después me limité a hacer los asados de los fines de semana y se acabó.

Hará unos tres años, o menos de tres años, el pan integral me resultaba –o como se llame, con granos, etc.– malo y muy caro, fundamentalmente muy caro. Así que le pregunto a Daniel dónde podría conseguir una buena receta, así la hacía. Me dijo “fijate en la página Cookpad” y encontré una receta, pero no me gustó. Entonces lo que hice fue cambiar la receta para mi gusto, la publico y para mi enorme sorpresa, a los 15 días, me avisan que fue una de las recetas más populares de la página. Le había puesto alguna bebida o qué se yo. Era muy buena. A partir de ese momento me empecé a entusiasmar y es la manera en que me saco la mufa de encima, así como me la sacaba con la fotografía, ahora me la saco cocinando. Me estimuló muchísimo la gente de Cookpad, me invitaron a sus reuniones, me agasajaron cuando estuve en España en la sede en Alicante de la página española de Cookpad. En estos momentos tengo 144 recetas subidas y cada receta tiene una historia. Son recetas originales, producto de una investigación. Es decir, si querés saber de mi vida, ahí hay relatos de mi vida, algunos sí y otros no, porque otros son relatos de gente de conozco. Son historias y están hechas –me di cuenta a posteriori– como las hace un profesor y un fotógrafo, son muy didácticas. En estos momentos, esas 140 y pico de recetas las vieron en dos años y medio o algo así, 375 mil personas.

C. A.: Un éxito.

Me consideran mucho, me tratan muy bien. Disfruto mucho haciendo las

recetas, ahora cada vez menos, porque tengo problemas con el brazo y me cuesta mucho trabajo, sobre todo hacer el texto. Por eso hago gráficos y cosas por el estilo; me acostumbré a usar la mano izquierda en vez de la derecha. Ahora me pidieron una y ya está hecha: es boeuf bourguignon. Esa receta la adapté y simplifiqué muchísimo. Desde el punto de vista culinario tengo idea de cómo debe ser la cocina.

C. A.: ¿Cómo debe ser la cocina?

Primero, pocos elementos.

Segundo, de temporada. A esto, el principal chef francés, Paul Bocuse lo llamaba “la comida del mercado”, porque los ingredientes cuando son frescos son baratos y mucho más sabrosos.

Tercero, debe ser simple.

Cuarto, el sabor del ingrediente principal no se tiene que perder tapado con otros ingredientes y condimentos. Como anécdota muy curiosa, este año, cuando fui a Cancún, un chef francés controlaba la calidad de la comida y no le quise decir que su soup a l'oignon, la tradicional sopa de cebolla francesa, era una porquería, tenía muy poca cebolla. También había un pescado bastante bueno con salsa de mostaza, pero no tenía sabor a mostaza ¡insólito! Si uno hace algo, el sabor tiene que conservarse. Son principios muy básicos. Después, hay manías mías: nunca uso manteca, siempre uso aceite para todo, de girasol para una cosa y de oliva para otra (de girasol cuando es repostería), y hago las salsas y las espeso con polenta, porque me gusta que tengan textura (todo el mundo espesa con harina o con maicena). Esos son, digamos, mis cosas fetiches. Esa es más o menos la historia.

¿Por qué surge una receta y no otra? Y qué sé yo. A veces me pide la gente de Cookpad una receta de algo, por ejemplo, de locro, y entonces hago una receta de locro que fue la mejor de todas las que se presentaron en ocasión del 25 de mayo. Hice una investigación muy seria de lo que es el locro. El primer registro de locro está en el año 1570 y pico de un sacerdote antropólogo que cuenta que los indígenas en Perú, Altiplano, etc., tenían un guiso que llaman “locro” que era con las verduras autóctonas (papa, maíz, tomate) de América y cuando podían le echaban alguna carne que habían cazado. Por supuesto, todos los pueblos, los que no son aristócratas, tienen una comida barata, guiso o puchero.

Raúl Chullmir: Yo pensé que el locro era porteño.

Claro, todo el mundo piensa ese tipo de cosas y, en realidad, es indígena. Es toda una historia cómo llega a Buenos Aires. Cuando el ejército del Altiplano de Belgrano da las batallas de Salta y Tucumán y es derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, los sol-

dados del ejército quedan ahí participando de la guerrilla de Güemes. Ahí es donde prueban el loco y cuando regresan a las provincias traen la receta.

La otra cosa es cómo, mediados o fines del siglo XIX, las elites porteñas inventan el criollismo, que es la ideología de las clases dominantes que oponen lo autóctono frente a la inmigración extranjera, creando el mito del gaucho, de la chinita que ceba mate. Cuando hay una fiesta folclórica aparece todo esto. ¿Quiénes eran los criollos? Los criollos eran los hijos de españoles nacidos en América, no eran los gauchos, sino la elite la que se independiza de España. Cuando en la plaza del Cabildo el pueblo se reúne porque quiere saber lo que pasa, el pueblo son los blancos hijos de españoles; ni los negros, ni los indígenas, ni los gauchos eran criollos. Esta es una historia que rescaté para hacer una comida y para decir que criollos somos nosotros: todos los que vinimos de afuera para hacer de este un país, para hacerlo propio. Ellos son los que nunca nos quisieron acá, como no quisieron a los indios, no quisieron a los gauchos, no quisieron a los extranjeros cuando llegaron. Bueno, esa es la historia que conté. Te cuento esto porque es una muestra de literatura. Te lo digo en serio.

La última receta que hice es una que a mí me impresionó mucho cuando la hacía. Es una receta italiana que se llama “papas y fideos van crudos al horno y salen cocinados” y es un clásico de Calabria.



Figura 13: Cesar Lorenzano con delantal, guante y cucharón, premio de Cookpad, página exclusiva de cocina.

R. C.: ¿Van crudos o van cocidos?

Crudos. Van al horno crudos, las papas y los fideos. La historia que la acompaña es así:

“Mi abuelo nació en Caloveto, Calabria, un pequeño paese de mil habitantes, que corona una altura de 600 metros desde donde se ve el Mar Jónico. Allí están mis orígenes, mi familia, que me reconoció, aunque mi abuelo dejó Caloveto hace más de 100 años. Fui en su búsqueda con Pablo, mi hijo. En el registro civil encontré la partida de nacimiento de mi abuelo, hermano del abuelo de Antonio, el primero que nos recibió en su casa. Desde entonces somos primos y sobrinos nuestros hijos. Enfrente a su casa vive otro familiar, más allá otro, y otro. Los Laurenzano viven bien. Durante treinta años trabajaron en Alemania once meses al año. Tienen la jubilación alemana. Hacen jamones y embutidos con cerdos criados a bellotas y hacen el vino con las cepas que trajeron los griegos cuando eso era la Magna Grecia. Paolo, el hijo de Antonio, es igualito a Pablo, mi hijo. Con él recorrimos Caloveto. Nos presentó a medio pueblo. Conocimos a la parte medieval donde vivió mi abuelo, casas de piedra, húmedas, piso de tierra que nadie habita. Comíamos, brindábamos, felices de encontrarnos. Paolo se casó y Pablo viajó para estar allí. Nos vimos y hablamos por internet.

Hace pocos días murió Antonio. Esta receta es en su homenaje.”

R. C.: Muy linda.

Es una historia. ¿Ven? Parece una descripción, pero no es una descripción. Cuando termina te das cuenta de que no es una descripción.

C. A.: Hay mucho más. Yo había leído esto.

Ah, ¿lo habías leído?

C. A.: ¡Sí! Además, estaba por aquí el día que cocinaba esa receta.

Ah, y la receta figura con explicaciones y todo.

R. C.: ¿Cómo se llama la página?

Cookpad. Las historias las hago sin pensarlas, en una especie de automatismo, y sin embargo salen. Cuando termino de escribir esa historia me doy cuenta de que tiene una estructura similar a la técnica de Hemingway. Me parece que es esto, ¿no? Una descripción como la que hace en ¿Por quién doblan las campanas? Cuando termina diciendo “las campanas doblan por mí”, la descripción cobra otro sentido.

C. A.: ¿Hay una estructura en la práctica culinaria?

Hay tradiciones. Hay estilos culinarios. Tengo una teoría según la cual toda gran tradición culinaria contiene los elementos nutritivos necesarios como para perpetuar la especie.

C. A.: La tradición va funcionando y, entonces, seguimos así...

Claro. La china, la india, la mexicana, la indígena, todas las grandes tradiciones culinarias permiten la supervivencia de la especie... como las teorías científicas, como el arte.

PARA TERMINAR

Raúl Chullmir: A determinada edad uno siente que hubo etapas cruciales en su vida, momentos en que uno se da cuenta que su vida hubiera podido ser distinta o de otra manera. Mirando para atrás, ¿cuáles fueron los momentos cruciales de su vida? O, visto de otra manera, ¿qué se perdió de hacer por haber hecho lo que hizo?

No me perdí de nada.

R. C.: Nada.

Hice absolutamente todo lo que tenía ganas de hacer. Jugué tenis 25 años, al menos una hora diaria. Hice fotografía, cine, filosofía, qué sé yo. Para mí la etapa crucial fue cuando descubrí que no quería hacer cirugía; cuando descubrí la filosofía de la ciencia. Yo sabía que toda la filosofía que había aprendido antes, marxismo incluido, no servía para nada. Después, a partir de eso, empecé a hacer filosofía, filosofía del arte, etc. También seguí haciendo fotografía, remaba, jugaba al tenis siempre.

Jugué, incluso, con los que poco tiempo después fueron los juveniles del equipo argentino de tenis, entre ellos Batata Clerc (muy pocos años después llegó a ser un top 10). Jugaba con los pibes, los hacían correr a ellos y a mí también. Tenía un drive poderosísimo. Aprendí a ver bien tenis y a enseñarle a los chicos cómo tenían que mejorar los golpes.

R. C.: O sea que mira para atrás y no tiene ninguna mochila colgada.

Más fiaca. No sé. Aparte, desde que descubrí la filosofía nunca más estuve deprimido.

Cláudio Abreu: ¿Y qué diría a los jóvenes de hoy?

Que hagan lo que tengan ganas de hacer. Que sean felices y que hagan lo que tengan ganas de hacer. Que no se preocupen si se equivocan. El error es una de las maneras de llegar a buen puerto.

R. C.: En el libro de Bunge –Epistemología–, en el último capítulo, dice como un consejo a quien quiera hacer filosofía de las ciencias que primero empiece con una carrera científica y después haga filosofía, ¿usted piensa lo mismo?

Te lo contesto con una sola cosa. Cuando Pablo decide hacer filosofía de la ciencia le sugerí que se inscribiera en la facultad de ciencia y aprendiera Biología. Estuvo como un año estudiando biología.

R. C.: Sí, en realidad es difícil hacer filosofía de la ciencia sin preguntarse acerca de la ciencia, sin saber lo que es la ciencia.

Claro. Hay que saber filosofía y hay que saber ciencia. Como mínimo. Y después lo que más haga falta. Por eso el Posgrado en Epistemología e Historia de la Ciencia de la UNTREF es para todos los egresados de cualquier carrera. Bunge es más terminante todavía, excluye de los futuros alumnos de una maestría en filosofía de la ciencia a los filósofos, porque no conocen ninguna ciencia.

R. C.: Conoció a Ulises Moulines el primer año en que llegó a México y desde entonces son muy amigos. ¿En qué más fue importante?

Yo lo admiraba y sigo admirándolo mucho. Los mexicanos no se pelean, porque si se llegan a pelear, sacan la pistola y se matan, esto es en serio; en cambio, los españoles y los argentinos, en esa época al menos, nos podíamos gritar y no pasaba nada. Los mexicanos pensaban que nos íbamos a matar porque discutíamos a los gritos. Él sacó un artículo, “¿Por qué no soy materialista?”, y se armó un revuelo enorme. Por supuesto, como era amigo mío discutía con él, pero no publiqué nada. Igual salió un libro sobre la disputa que hay por el materialismo. Todos le tiraban con un hacha. La posición de Ulises está en que tanto el materialismo como el idealismo son metafísicas o algo por el estilo, pero siempre dentro de una onda relativamente platonista. Conocí, de primera mano antes que se publicaran, los artículos que iba publicando Ulises. Además, fue mi amigo durante todo ese tiempo, durante 10 años de vernos, almorzar juntos, cenar juntos, amistad que compartían Graciela y Adriana.

R. C.: Hay amigos que son mentores, ¿fue algo así o no llegó a tanto?

No. El primer libro sobre el arte lo escribí de un saque, solito.

R. C.: A mentor me refiero a estimular el pensamiento de uno hacia una línea.

Sí, estábamos charlando siempre. Por él lo conocí a Sneed. Cuando llegué a México en el año '78 más o menos, íbamos a tomar juntos tequila al bar “Tenampa”, en la Plaza Garibaldi. Era una amistad. A lo mejor pasaba lo mismo que pasó con Ruth Sautu, cuando fui el único alumno de Metodología de las Ciencias Sociales y me dijo “Lorenzano, yo aprendí mucho de medicina” y le dije que yo mucho de metodología. Es un intercambio amistoso. Es decir, nadie había hecho nunca Filosofía de la Medicina. Así que, en ese sentido, él también aprendió. Fue el que me dijo “no te preocupes por usar mucha lógica, porque para la medicina no te hace falta tanta lógica”, consejo que he seguido incluso en mi etapa nominalista. Dejémonos de insistir tanto en la lógica. Lo que pasa es que el pensamiento tiene que ser claro.

Cuando presenté —está en el video que hice en su homenaje— que publicamos al mismo tiempo los que fueron nuestros primeros libros en México, él *La exploración científica* y yo *La estructura psicosocial del arte*; que él gana un premio a la producción científica y yo gano el premio en crítica de arte, y así siguen las coincidencias a lo largo de los años. Tenemos una trayectoria muy semejante. Él aprecia mucho lo que yo hago, y yo lo que hace él. Quedó muy sorprendido cuando hice el escrito ese sobre *Antes del olvido* —Tríptico de la contemplación del tiempo, con cartas entre César y Ulises.

Es el único escrito no filosófico de Ulises. Consta de tres relatos excepcionales, de una escritura hermosísima, y además son autobiográficos. El asunto de las cartas es así. En 2014 se hizo en Barcelona un homenaje a Ulises. Cuando deciden publicar el homenaje que le habían hecho quedé con un problema, pues había hecho un video para la ocasión. Por supuesto, un video no puede estar en un libro; entonces decidí hacer el análisis de la única obra no filosófica de Ulises. Además, conocía muy bien gran parte de la historia, porque conocí su relación con sus padres y el temor de Ulises a volverse como ellos, que siendo republicanos españoles en el exilio, terminan en una pensión o en un sanatorio, algo así, de ancianos, regido por monjas, mientras miran el mar sin recordar nada. Ulises se veía reflejado en esto. Conocía todo eso y por eso escribí un análisis que lo empecé acá, en Buenos Aires, y seguí cuando estuve internado con una septicemia en Bangkok. Pensé que me moría...

R. C.: Me acuerdo de eso.

Y escribí lo que pensé eran mis artículos póstumos. Se los enviaba desde Bangkok como si fueran una carta, y él me contestaba desde Auxerre por email, en los que decía, por ejemplo:

“He recibido tu “*Cartas a Ulises*”. Estoy realmente conmovido: creo que solo tú podías desenterrar los vínculos subterráneos y escondidos que (inconscientemente) existen entre mi labor como filósofo y como ‘novelista metafísico’...”

Muchas gracias, querido Gogui. Estoy impaciente por recibir tus siguientes ‘cartas’. Etc., etc.”

Sin proponérselo, al cabo de un tiempo, teníamos entre las manos un curioso intercambio de cartas y de emails.

Me recupero y ya en Buenos Aires escribo un texto al que llamo “*Cartas a Ulises*”, uniendo cartas y respuestas como si se tratara de un intercambio epistolar. La epístola es una forma literaria reconocida que han seguido muchos autores. Decidí hacer esto y, como siempre, es algo que sale como si brotara del inconsciente. Cuando escribo el texto sale solo, los dedos se conectan a

la maquina y sale algo. Entonces propongo que esta sea mi contribución al homenaje de Ulises. Cuando recibe el manuscrito, Jose Díez, que coordinaba el libro, dice “no puede ser, un artículo no se escribe así”, a lo que Ulises responde “es buenísimo, quisiera que salga publicado”. Lo único, tuvimos que acortarlo, porque querían una cierta longitud y pedí que fuera un poquito más largo. Entre Ulises y yo lo fuimos recortando hasta que quedó justo y lo publicaron.

ANEXO 1:

Profesor emérito

Rectorado de la Universidad Nacional de Tres de Febrero a los 20 días de septiembre de 2017.

Propuesta a la distinción como Profesor Emérito a César Lorenzano, realizada por el Dr. Samuel Amaral:

“Nuestro querido colega y amigo el Dr. César Lorenzano ha cumplido recientemente ochenta años, y desde hace veinte es una pieza clave de nuestra universidad, en la que ha realizado una destacada y productiva labor. Por eso se me ha encargado que invite a los integrantes del Consejo Superior a apoyar su designación como profesor emérito de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, en reconocimiento a cuanto ha hecho por ella. Está demás decir que es una tarea que asumo con gran placer, y con gran facilidad, ya que sus méritos justifican ampliamente esta propuesta.

César se graduó de Médico en 1960, y obtuvo la Especialización en diagnóstico por imágenes en 1971. Pero esa es la prehistoria de César, su otra vida, ya que la vida por la cual lo hemos tenido entre nosotros desde hace veinte años se vincula con los intereses que se decidió a perseguir en su exilio en México. Allí completó una Maestría en Filosofía en 1980, y un Doctorado en Filosofía en 1986, ambos grados obtenidos en la Universidad Nacional Autónoma de México. Su primera tesis, la de Maestría, trataba de las relaciones entre estética y epistemología, y la segunda, de Doctorado, sobre la estructura del conocimiento. Estética y epistemología, creo, han sido los centros de su interés en el campo de la filosofía.

Todavía en México, publicó dos libros: “La estructura psicosocial del arte”, en 1982; y “Los cuadernos de Vlady”, sobre un destacado artista plástico mexicano, en 1986. Ya de regreso en la Argentina, publicó otros libros, siempre dentro de esos campos del conocimiento: “La estructura del conocimiento científico, basada seguramente en su tesis de doctorado”, en 1988; “Por los caminos de Leloir”, en 1994; “El enigma del arte”, en 2009. Fue el editor también de “El pensamiento astronómico desde los griegos a Newton: teorías y contexto sociocultural”, en 2001; y cinco tomos de “Historias de la ciencia argentina”, publicados entre 2003 y 2011, por la editorial de nuestra universidad. Sus publicaciones más recientes, hechas en formato digital, son “Estructura y métodos de la ciencia: escritos actuales de epistemología”, y “Filosofía de la medicina: epistemología del conocimiento médico”, ambas de 2015.

Esta última, se me ocurre, es el corolario de una carrera que une a sus dos pasiones: la de la juventud, la medicina, y la de la madurez, la filosofía. A esta considerable producción académica deben agregarse 59 artículos publicados en revistas académicas nacionales; 35 en revistas académica extranjeras; y 21 capítulos de libros. Esa extraordinaria productividad le ha permitido permanecer en la Categoría I en el Sistema Nacional de Incentivos del Ministerio de Educación de la Nación desde 1994.



Figura 15: César Lorenzano recibe la placa honorífica de las manos del rector Anibal Rozami y vicerrector Martín Kaufmann en el acto en que es nombrado profesor emérito en 2018.

La actividad intelectual de César se ha manifestado igualmente en su participación en numerosas reuniones científicas: cinco en México, 49 de carácter nacional en la Argentina, y 59 en congresos internacionales; y en su actividad editorial, como editor de “I+D. Investigación y Desarrollo” entre 1995 y 1998 y, en colaboración con su hijo Pablo, de “Metatheoria”, revista de filosofía e historia de la ciencia publicada por nuestra universidad desde 2010.

César ha tenido asimismo una distinguida carrera académica en el campo de la enseñanza universitaria. Ella comenzó en México, donde fue profesor titular de Filosofía de la Ciencia y de Historia de la Ciencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México entre 1976 y 1986; y continuó a su regreso a la Argentina como profesor titular de Filosofía de la Ciencia en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, entre 1987 y 2004; como profesor titular de Teoría y Sociología del Arte, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, entre 1987 y 2008; y como profesor titular de Filosofía de la Ciencia en nuestra universidad desde 1998. Asimismo, ha sido profesor invitado en más de veinte universidades de la Argentina, Brasil y Europa y profesor de posgrado en quince universidades de la Argentina y del exterior.

Además de esta prolífica actividad en la investigación y en la enseñanza, César también ha desarrollado una distinguida carrera en la planificación y gestión universitaria.

En cuanto a la planificación de carreras de grado, fue miembro del equipo de diseño curricular de la carrera de Medicina de la UAM Xochimilco, en México; coautor del plan de estudios de la carrera de Medicina de la Universidad Maimónides, de Buenos Aires, coautor del plan de estudios de la carrera de Administración Pública y Municipal de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora.

En cuanto a la planificación de carreras de posgrado, fue el autor del proyecto de Maestría en Metodología e Historia de la Ciencia de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora; autor de la carrera docente de esa misma universidad; coautor de los criterios para la evaluación de los posgrados en Humanidades de Coneau; y fue contratado por el Banco Mundial para la evaluación de doce carreras de Medicina. En cuanto a la planificación universitaria, es el autor del reglamento de posgrado de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora; el autor del proyecto académico completo de la Universidad Nacional de Lanús y, ya en nuestra universidad, el autor del proyecto institucional y académico aprobado por la Coneau y del plan de estudios de la Maestría y del Doctorado en Epistemología e Historia de la Ciencia.

En cuanto a la gestión universitaria, César ha sido director del Departamento de Introducción al Pensamiento Científico de la Universidad de Buenos Aires, entre 1988 y 1996; codirector de la Maestría en Psicoanálisis de la Universidad Nacional de La Matanza, desde 1999; y en nuestra universidad, director del Departamento de Ciencias Sociales desde 1998 y director de la Maestría y del Doctorado en Epistemología e Historia de la Ciencia desde 1999.

Su distinguida trayectoria académica le ha valido la obtención de distinciones y designaciones que manifiestan el reconocimiento de sus colegas a su talla intelectual y a intensa actividad. En 1983 obtuvo el primer premio en el Premio Nacional de Crítica de Arte, de México, con su trabajo “La revolución de los elementos. Murales de Vlady”; en 1990 obtuvo una mención especial en el Premio Nacional de Historia de la Ciencia “Dr. José Babini”, organizado por el CONICET, con el trabajo “Luis Leloir. Un científico paradigmático”; en 2005 fue miembro fundador del Comité de Ética del Conicet; en 2007 fue declarado Maestro de la Filosofía Argentina, en el Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía realizado en San Juan; en 2010, fue nombrado Académico Correspondiente Efectivo y Perpetuo por la Academia Brasileira de Filosofía en Honra a su Mérito; en 2013, fue elegido miembro del Comité Ejecutivo de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía, en la asamblea realizada en Atenas, Grecia; y actualmente es presidente del Grupo Argentino de Historia de

la Ciencia, miembro nacional por la Argentina de la División Internacional de Historia de la Ciencia y la Tecnología; y presidente de la Asociación Filosófica de la República Argentina.

A la destacadísima trayectoria de César en todos los aspectos de la vida universitaria —la investigación, la enseñanza, la planificación, y la gestión— creo que solamente le falta la designación como profesor emérito de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, por lo que mociono para que este Consejo Superior le otorgue esa distinción.

No puedo cerrar esta invitación, este alegato, sin una nota personal. Hemos trabajado juntos con César desde fines de 1997. Nuestros primeros encuentros, como corresponde a momentos de gran creatividad y de gran responsabilidad que era el del inicio de las actividades de la universidad, fueron a veces desencuentros. César era el árbitro que debía decidir cuando no coincidían las posturas de quienes apenas nos conocíamos y estábamos empeñados en una tarea que no todos conocíamos bien. Su arbitraje no siempre fue favorable a mis posturas, pero él supo llevar a buen puerto, rápidamente, la tarea, para satisfacción de todos. Poco tiempo después de finalizada esa tarea, ya puestos en la de diseñar los posgrados tuvimos un encontronazo por un tema que para ambos ponía en juego la calidad de los programas de posgrado que cada uno estaba armando. Para resolver el problema, Martín nos reunió en su oficina... y nos dejó solos. Entonces, uno frente al otro, expusimos con vehemencia nuestros puntos de vista repetidas veces, hasta que César detuvo la discusión. Mientras debatíamos él estaba reflexionando y en un momento se puso en mis zapatos: vio el problema desde mi punto de vista y admitió que si el estuviese en los míos sostendría el mismo argumento que yo estaba sosteniendo. Allí se arregló el problema y eso me reveló no solamente su capacidad para abstraerse y reflexionar en medio de una discusión sino también su calidad humana, ya que no tuvo reparos en actuar en sentido contrario al que hasta pocos minutos antes había argumentado. No digo esto para alardear porque me dio la razón sino para destacar esa capacidad que él posee, tan poco frecuente en los seres humanos y más infrecuente aun, según mi ya larga experiencia, en los medios académicos.

Algún tiempo antes o poco después de que esto sucediera, César me dijo que éramos aliados estratégicos. Sin embargo, ese incidente, el último que tuvimos en tantos años de trabajo común, sirvió para transformarnos con el correr del tiempo en muy buenos amigos. Por esa amistad que nos une, generada en esta universidad, me alegro muchísimo por la distinción que hoy le concederemos y que tanto merece”.

ANEXO 2:

Escrito de César Lorenzano en Facebook en el aniversario del golpe militar de 1976.

“Pienso que no quiero pensar en la mamá de mis sobrinos asesinada por la dictadura, ni pensar en que mis sobrinos de 8, 6 y 2 años fueron rescatados por mi papá del correccional de menores después de ser llamado a medianoche a Campo de Mayo para informarle esto. No quiero pensar en las pelotas de mi papá que fue solo a Campo de Mayo y después fue solo a Mercedes a increpar al juez para rescatar a sus nietos. No quiero pensar en mis amigos asesinados por la dictadura y la Triple A. No quiero pensar en mi paciente fusilado con su hijo en brazos a cuatro cuadras de mi casa. No quiero pensar en los libros quemados, enterrados, tirados al río. No quiero pensar en el decreto que me dejó cesante en el hospital de Tigre junto con otros médicos, cuando en esa época éramos solo cuarenta. El decreto está en el boletín oficial, pero el expediente desapareció para que no quedara registro de los cobardes que lo pidieron. No quiero pensar en el coronel interventor del hospital cuando me informó que era por ideólogo. Un raro ejemplar de médico y filósofo no podía no ser visto como un peligroso ideólogo. No quiero pensar, pero lo pienso. Por eso cuando escucho hablar del curro de los derechos humanos tengo ganas de vomitar”.

Buenos Aires, a 10 días del mes de diciembre de 2015.

ANEXO 3:

Reconocimiento de César Lorenzano a los compañeros que estuvieron con él desde su cátedra en el Ciclo Básico Común de UBA.

Dedicado a Angelito y Luis, que están conmigo desde hace treinta años. Regresé al país en 1986, con un título de Doctor en Filosofía –creo que el único en ese tiempo– y numerosos antecedentes bajo el brazo. Pero mis compañeros de generación eran médicos –mi título de grado–. Ellos me reconocían. Ellos, y los compañeros de exilio. Éramos cerca de 20 los sobrevivientes de la dictadura que nos encontrábamos los sábados en El Taller de Palermo Viejo, para charlar, compartir, discutir, ayudar y finalmente almorzar. Me compensaba largamente el desconocimiento del stablishment de filosofía cuando me presentó en la carrera el entonces decano Norberto Rodríguez Bustamante, del grupo de El Taller. Al año siguiente Mario Margulis me invita a colaborar en la refundación de la Carrera de Sociología. Durante 25 años estuve allí, con mi sociología y teoría del arte. Encontré mi lugar finalmente en 1987 en el Ciclo Básico Común, con esa mezcla de sobrevivientes al que yo también pertenecía, en la cátedra de Introducción al Pensamiento Científico. Estaban allí Luis Larison, con años de clases dictadas en la carrera de filosofía, que al llegar la dictadura decide dejar de ser visible, y va a vivir a un barrio de Ramos Mejía. Cuando lo conocí, fabricaba sillas para oficinas. Tenía todo el empuje por la docencia que arrastraba por muchos años. También Angel Pardo Fidalgo, probablemente el mejor egresado de filosofía de su generación. Eran los dos adjuntos de mi cátedra. Y mi profesor asociado, el entrañable Eduardo Bregman, una especie de erudito de otros tiempos, con un conocimiento inabarcable y al mismo tiempo una incapacidad casi infantil para moverse en la vida cotidiana, él, Luis y Angel eran mis puntales en la cátedra. Tenía también el gran apoyo y amistad de Jorge Quesada, mi JTP, licenciado en física en Madrid y regresado del exilio español.

Tenía tanto empuje como ellos. La cátedra creció hasta ser, con 36 profesores, la más grande del CBC, con clases para 6000 alumnos por cuatrimestre. Para que se formaran, organicé un seminario los miércoles cada 15 días en la que exponía tanto lo tradicional como las nuevas investigaciones, seguidas de acaloradas discusiones y una cena inolvidable guiados por Eduardo. Así durante muchos años. Nunca estudié, expuse e hice tantas cosas nuevas como en esa temporada.

Y forjamos amistades que perduran hasta hoy. Maria, Inés, Liz, Fernanda, Jorge, Antonio, y más. Disculpen si estos recuerdos que surgen como se les ocurre dejan de nombrarlos.

Al tiempo, dirigí el Departamento de Introducción al Pensamiento Científico, sin dejar la cátedra. La Universidad de Buenos Aires no se portó bien conmigo. A los 65 años aplicaron el artículo 51 y me “cesaron en mis funciones”, sabiendo o no que debido al exilio no podía reunir los años de antigüedad para una jubilación. Demoré cuatro años en que se me reconocieran los aportes como médico del hospital de Tigre. Inicié un juicio por discriminación por edad que la UBA pleiteó y ganó, como buen gigante que es. No dejaron siquiera que conservara mi mínima dedicación simple en sociología. Querían que sin jubilación siguiera ad-honorem. El enojo todavía me dura.

Echo raíces en la Universidad Nacional de Tres de Febrero, luego de hacer su proyecto académico e institucional.

Hasta allí me acompañaron Luis, Angel, Eduardo, Inés, ... Es hora de concluir.

Eduardo, heredero de dos fortunas (su papá fabricaba los motores Garef que surtían a todas las heladeras y demás), las perdió estafado por el estado y por socios impresentables en empresas delirantes, como dirigir el parque de la ciudad, o clubes nocturnos para salteños.

De una honestidad inquebrantable, para saldar deudas pone en venta uno de sus riñones. Un gesto que abre una discusión pública en los grandes medios. Nadie compra su riñón. Trabaja triple turno de clase en clase, de universidad en universidad, con un viejo coche tartamudo que una noche de invierno lo deja en el camino y en la lluvia. Sus pulmones de fumador no resistieron la neumonía.

Pasan muchos años desde entonces. Con Luis y Angel nos seguimos encontrando para festejarnos, festejar la vida, y recordar a tiempos pasados y actuales. Ayer llamó Angelito para desearme felicidades, y organizar nuestro almuerzo ritual. Comencé a recordar. A ellos, a Eduardo, a los compañeros y amigos del CBC, de sociología, de medicina, que me siguieron a donde fuera. Y dejé que las manos recorrieran el teclado escribiendo al compás de los recuerdos.

Buenos Aires, a 15 días del mes de diciembre de 2019.

BIBLIOGRAFÍA

- Balser, W., Moulines, C.U., Sneed, J. (1987) *An architectonic for Science*, Reidel, Dordrecht.
- Brambrough, R. (1966) "Universals and family resemblance", Pitcher, George (ed.). *Wittgenstein*, New York, Anchor Books, pp. 186-205.
- Coffa, A. (2005) *La tradición semántica de Kant a Carnap*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México. Edición póstuma en inglés, 1991.
- Fleck, L. (1986) *La génesis y el desarrollo científico*, Alianza, Madrid.
- Hempel, C. (1987) *Filosofía de la Ciencia Natural*, Alianza, Madrid
- Kuhn, Thomas (1971) *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México.
- Moulines, C.U. (1982) *Exploraciones metacientíficas*, Alianza, España.
- Nicolaides, K. (1969) *The natural way to draw*, Houghton Mifflin Company, Boston.
- Neurath, Otto (1931) "Physicalism: The philosophy of the Viennese Circle", *The Monist* 41, 618-623.
- Ockham, W. de (1990) *Philosophical Writings: A Selection*. P. Boehner (ed. y trad.), Hackett Publishing Co. Indianapolis.
- Piaget, J. (1975) *Introducción a la epistemología genética*, Paidós, Buenos Aires.
- Piaget, J. (1976) *Problemas de la psicología genética*, Ariel, Barcelona.
- Schapiro, M. (1953) "Style", In: A. L. Kroeber (ed.), *Anthropology Today*, University of Chicago Press, pp. 287-312, Chicago.
- Sneed, J. (1971) *The logical structure of mathematical physics*, Reidel, Dordrecht.
- Stegmüller, W. (1973) *Theorienstrukturen und Theoriendynamik*, Springer, Heidelberg.
- Stegmüller, W. (1979) *The Structuralist View of Theories*, Springer, Berlin.
- Stegmüller, W. (1983) *Estructura y dinámica de teorías*, Ariel, Barcelona.
- Villoro, Luis (1982) *Creer, saber, conocer*, Siglo XXI, México.
- Wittgenstein, L. (1958) *Philosophical investigations*, Basil Blackwell, Oxford.
- Wittgenstein, L. (1956) *Remarks on the Foundations of Mathematics*, Basil Blackwell, Oxford.
- Wolffling, E. (1947) *Conceptos fundamentales en la historia del arte*, Espasa-Calpe, Madrid.

Trabajos de César Lorenzano

- Lorenzano, C. (1977) "Análisis metodológico de una ciencia empírica: la medicina", *Dianoia*, F.C.E. México, p. 124 a 137.
- Lorenzano, C. (1979) "La conciencia ¿existe?". En: Guardiola, F. (ed.), *La conciencia*, Ed. Trillas, México, pp. 35-47.
- Lorenzano, C. (1980) "Dos racionalismos críticos: Claude Bernard y Karl Popper". En: *Teoría*, Anuario de Filosofía, UNAM, México. pp. 223 a 245.
- Lorenzano, C. (1982a) *La estructura psicosocial del arte*, Siglo XXI, México.
- Lorenzano, C. (1982b) *Los Cuadernos de Vlady*, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección de Difusión Cultural, México.
- Lorenzano, César (1983) Salón Nacional de Artes Plásticas, Sección de Crítica de Arte Primer Premio: "Las revoluciones y los elementos. Murales de Vlady". En: *Premios Nacionales 1983. Ensayos en Artes Plásticas*. Ediciones del Instituto Nacional de Bellas Artes. México, pp. 14-19.
- Lorenzano, C. (1983) "Notas de filosofía de la ciencia. (Criterios para formular políticas de investigación científica)". En: *Cuadernos Americanos*. No. 2, México, pp. 93-109.
- Lorenzano, C. (1983) "Hipócrates y Galeno. Teorías, métodos y paradigmas en la medicina griega". En: *Médico Moderno*, Vol. XIII, No. 2, México. pp. 35-75.
- Lorenzano, César (1985a) "En memoria de Ernst Saemisch", Publicado en *Excelsior*, Sección Cultural, México.
- Lorenzano, César (1985b) *La estructura del conocimiento*, Tesis de Doctorado, UNAM, México.
- Lorenzano, C. (1985c) "Pintar es pintar bien". En: *Vlady. Exposición metodológica*, Ediciones del Museo del Palacio de Bellas Artes, México.
- Lorenzano, C. (1985d) "La dialéctica en Marx. Una crítica". En: *Cuadernos Americanos*, No. 4, México, pp. 90-106.
- Lorenzano, C. (1986) "Acerca de la fundamentación del valor", En: *Crítica*, No. 48, México.
- Lorenzano, César (1988) *La estructura del conocimiento científico*, Zavalía, Buenos Aires.
- Lorenzano, César (1989) "La ciencia paradigmática de Luis Leloir", En: D'Ambrosio, U. (ed.), *Historia da ciencia e da tecnologia*, Ed. Nova Stella, São Paulo, pp. 164-173.
- Lorenzano, C. (1990) "Estructuras de conocimiento en el niño. Ciencia y tecnología". En: *Seminario Iniciación al conocimiento físico y tecnológico en el nivel inicial*. Ministerio de Educación y Justicia.

- O.E.A. Serie III., Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (1991) "La verdad en ciencia". En: *El devenir de La verdad*, Augusto Pérez Lindo (comp.), Ed. Biblos, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (1993) "Hipotético-deductivismo". En: *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, Vol. 4. La ciencia, estructura y Desarrollo, Editorial Trotta, Madrid.
- Lorenzano, C. (1994) *Por los caminos Leloir. Estructura y desarrollo de una investigación Nobel*, Ed. Biblos, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (1994) "La ciencia y la reflexión", En: *Meridianos*, Publicación del Ciclo Básico Común, Universidad de Buenos Aires, No. 3, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (1994), "Tradiciones de reflexión", En: *Meridianos*. Publicación del Ciclo Básico Común, Universidad de Buenos Aires, No. 5, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (1994) "Thomas Kuhn y las concepciones heredadas. Treinta años de continuidades y rupturas". En: *Cuadernos de Filosofía*. Nueva época, No. 40. pp. 159-189. Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (1994) "La estructura teórica de la medicina y las ciencias sociales". En: *Lo biológico y lo social. Su articulación en la formación del personal de salud*, OPS, OMS. pp. 35-63.
- Lorenzano, C. (1995) "Réplica". En: *REDES* No. 4. Vol. 2, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (1995) "Cerela. La leche que cura". En: *I + D. Investigación y desarrollo*, No. 1. Buenos Aires
- Lorenzano, C. (1995) "Biogenética. Una papa con futuro". En: *I + D. Investigación y desarrollo*. No. 2. Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (1995) "Vacuna contra la hepatitis B. Hacia una defensa masiva".. En: *I + D. Investigación y desarrollo*. No. 3. Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (1996) "Gino Germani y los comienzos de las ciencias sociales". En: *I + D. Investigación y desarrollo*. No.4. Buenos Aires.
- Lorenzano, C. & Lorenzano, P. (1996) "En memoria de Thomas Kuhn", En: *REDES*. No. 7. Vol. 3. Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (1996) "El Chagas-Mazza. Un mal latinoamericano". En: *I + D. Investigación y desarrollo*. No. 5. Buenos Aires
- Lorenzano, C. (1997a) "La concezioni del mondo e lo sveluppo científico". In Agazzi, E. and C. Viesca (eds.), *Medicina e concezione del mondo. Un'analisi concettuale e storica*, Erga, Genova, pp. 277-293.
- Lorenzano, C. (1997b) "La construcción de las clases sociales en Gino Germani". En: Marqués, G., García, P. and E. Scarano (eds.), *Jornadas de Epistemología de las Ciencias Económicas*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, pp. 48-53, Buenos Aires.

- Lorenzano, C. (1998) "La estructura teórica de la fisiología". En: Faas, Salvatico (eds.) *Epistemología e historia de la ciencia No 4*, pp. 210-219, Universidad Nacional de Córdoba.
- Lorenzano, C. (1999a) "La causalidad en la estructura teórica de la medicina". En: *Epistemología e Historia de la Ciencia 5*, pp. 257-265, Universidad Nacional de Córdoba.
- Lorenzano, C. (1999b), "La causalità nella struttura teorica della medicina". In Agazzi, E. and C. Viesca (eds.), *La cause della malattia*, Ergo, pp. 81-97, Génova.
- Lorenzano, C. (1999c), "La concepción de la ciencia de Thomas Kuhn". En Scarano, E. R.(ed.), *Metodología de las ciencias sociales*, Macchi, Buenos Aires, pp. 221-245.
- Lorenzano, C. (2000) "Le concezioni del mondo e lo sviluppo scientifico", In: Carlos Viescas, Evandro Agazzi (eds.) *Medicina e concezioni del mondo*, Ergo, Genova. p 277-293.
- Lorenzano, C. (2000) "César Milstein. Premio Nobel de medicina". En: *Medico Interamericano*, Colegio Interamericano de médicos y cirujanos, Nueva York. pp. 28-34.
- Lorenzano, C. (2000) "La noción de paradigma en Wittgenstein y Kuhn". En: García, Menna, Rodriguez (eds.) *Epistemología e historia de la ciencia. No 6*, Universidad Nacional de Córdoba. pp. 243-251.
- Lorenzano, C. (2000, "Wittgenstein y los paradigmas de Kuhn", *Episteme* 11: 57-69, Brasil.
- Lorenzano, C. (2000) "Más allá de la representación". En: Casetta, G.; Ibarra, A. (comps.) *Representación en Ciencia y Arte. Vol. 4*, Brujas, Córdoba.
- Lorenzano, C. (2001) "Los valores de la ciencia". En: *Epistemología e historia de la ciencia. No 7* Víctor Rodríguez, Luis Salvático (eds) pp. 272-282. Universidad Nacional de Córdoba.
- Lorenzano, C. (2001) "Teorías científicas, ontología y lenguaje". En Sagüillo, J. M., Falguera, J. L. and C. Martínez (eds.), *Teorías formales y teorías empíricas*, Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, pp. 623-637.
- Lorenzano, C. (2002) "Milstein, Premio Nobel de Medicina". En: *Filosofía e Historia de la Ciencia en el Cono Sur*, Pablo Lorenzano y Tula Molina (eds), Universidad Nacional de Quilmes, pp. 499-511.
- Lorenzano, C. (2002) "Semántica y compromiso ontológico" En: *Discusiones filosóficas*, Universidad de Caldas, Colombia, pp. 41-57.
- Lorenzano, C. (2002) "Una reconstrucción estructural de la bioquímica", in Díez, J. A. and P. Lorenzano (eds.), *Desarrollos actuales de la metateoría*

- estructuralista: problemas y discusiones*, Universidad Rovira i Virgili/ Universidad Autónoma de Zacatecas/Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, pp. 209-230.
- Lorenzano, C. (2003), *El Pensamiento astronómico de los griegos a Newton*. César Lorenzano (ed.) Siete Colores, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2003) "La enfermedad de Chagas-Mazza". En: *Historias de la ciencia argentina No I* (C. Lorenzano ed.) pp. 181-207, EDUNTRE, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2003) "Los entes del conocimiento". En: *Epistemología e Historia de la Ciencia* 9, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 272-282.
- Lorenzano, C. (2003) *La estructura psicosocial del arte* 2ª. Edición, Ediciones Cooperativas. Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2004) "El nominalismo de Quine". En: García, Morey (eds.) *Epistemología e Historia de la ciencia No. 10*, pp. 328-337, Universidad Nacional de Córdoba.
- Lorenzano, C. (2004) "Los ancestros de Thomas Kuhn. Homenaje a Ludwik Fleck". En: Martins, Martins, Silva, Ferreyra (eds.) *Filosofía e Historia da ciencia no cone sul*. AFHIC, pp. 91-102, Campinas.
- Lorenzano, C. (2004) "El conocimiento no proposicional". En: *Revista de Filosofía* 29: 40-61. Universidad Complutense de Madrid.
- Lorenzano, C. (2004) "Arte y ciencia. Dos historias paralelas". En: Minhot, Testa (eds.) *Representación en ciencia y arte*. Brujas. Universidad Nacional de Córdoba, pp. 131-143.
- Lorenzano, C. (2005) "La epistemología, herramienta para pensar la ciencia". En: *Pensar la ciencia II*. Boletín de la Biblioteca del Congreso Nacional, pp. 155-179, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2005) "Una investigación paradigmática en el INTA: El enteque seco". En: C. Lorenzano (ed.) *Historias en la ciencia argentina II*, EDUNTREF, pp. 126-142, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (ed.) (2005) *Historias en la ciencia argentina II*, EDUNTREF, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2006) "El diagnóstico médico". En: *Subjetividad y procesos cognitivos* 8, pp. 149-173. Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2006) "Interpretaciones históricas divergentes. El caso de la enfermedad de Chagas". En: Martins, Regner, P. Lorenzano (eds.) *Ciencias da vida. Estudos filosoficos e historicos*, AFHIC, Campinas, pp. 67-113.
- Lorenzano, C. (2007a) "La estructura ejemplar de la bioquímica". En: *Revista de Filosofía*, 32, Universidad Complutense de Madrid, pp. 7-31, Madrid.
- Lorenzano, C. (2007b) El devenir del arte. En: *Segundo Congreso*

- Extraordinario de Filosofía*, San Juan, Ponencia invitada.
- Lorenzano, C. (2008a) "La estructura pragmática de la ciencia". En Lorenzano, P. and H. Miguel (eds.), *Filosofía e Historia de la Ciencia en el Cono Sur*, CCC Educando, pp. 311-321, Buenos aires.
- Lorenzano, C. (2008b) "La estructura de la clínica médica". En: *Epistemología e Historia de la Ciencia 14*, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 288-295.
- Lorenzano, C. (2008c) "La construcción social de los individuos". En: *Discusiones Filosóficas*, Año 9, No. 12, pp. 75-96.
- Lorenzano, C. (ed.), (2008d), *Historias de la ciencia argentina III*, EDUNTREF, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2009), *El enigma del arte*, Prometeo, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2009). "La estructura de la clínica médica", En: Faas, Severgnini (eds.) *XVIII Jornadas de Epistemología e Historia de la Ciencia, Vol. 14*, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 288-295.
- Lorenzano, C. & Lorenzano, P. (eds.). (2010), *Tercer Congreso Iberoamericano de Filosofía de la Ciencia y la Tecnología. Libros de Abstracts y Resúmenes*, Caseros: Universidad Nacional de Tres de Febrero, Edición en CD de 900 páginas.
- Lorenzano, C. (2010), "Génesis, estructura y transiciones teóricas en la inmunología". En: César Lorenzano, Pablo Lorenzano (eds.) *Tercer Congreso Iberoamericano de Filosofía de la Ciencia y la Tecnología. Libros de Abstracts y Resúmenes*, Caseros: Universidad Nacional de Tres de Febrero, Edición en CD de 900 páginas, pp. 739-741.
- Lorenzano, C. (2010) "Interpretaciones históricas divergentes: el caso de la enfermedad de Chagas". En: Cecilia Hidalgo, Verónica Tozzi (eds.) *Filosofía para la ciencia y la sociedad*. Ensayos en honor a Félix Gustavo Schuster, Ciccus, pp. 239-265, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2010a) "Los orígenes fleckianos del pensamiento de Kuhn". En: *Metatheoría*, Revista de Filosofía e Historia de la Ciencia, Vol. 1, No 1, pp. 80-110. Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2010b) "El conocimiento perceptual en las imágenes científicas", in Martins, R. A., Lewowicz, L., Ferreira, J. M. H., Silva, C. C. and L. A.-C. P. Martins (eds.), *Filosofia e História da Ciência no Cone Sul. Seleção de Trabalhos do 6º Encontro*, Associação de Filosofia e História da Ciência do Cone Sul, Campinas, pp. 150-164.
- Lorenzano, C. (2010c) "Estructuras y mecanismos en la fisiología", *Scientiae Studia* 8, pp. 41-69, San Pablo.
- Lorenzano, C. (2011a) "El lenguaje de la ciencia". En: *Arbor* 747, pp.15-24. España.

- Lorenzano, C. (2011b) "La construcción de una teoría y su esquema racional". En Pérez Ransanz, A. R. and A. Velasco (eds.) *Racionalidad en ciencia y tecnología*, UNAM, pp. 441-455, México.
- Lorenzano, C. (2011c) "Los comienzos de las ciencias sociales en la Argentina". En Lorenzano, C. (ed.), *Historias de la Ciencia Argentina, Vol. IV*, EDUNTREF, pp.211-222, Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2011d) "Arte y representación". En: Leticia Minot y León Olivé (comp.) *Representación en Ciencia y Arte. Vol. II*. Brujas, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 155-163.
- Lorenzano, César. (2011e) "Más allá de la representación". En: Casetta, G.; Ibarra, A. (comps.) *Representación en Ciencia y Arte. Vol. 4*, Brujas, Universidad Nacional de Córdoba.
- Lorenzano, C. (2012a) "La estructura pragmática de las teorías". En Peris-Viñé, L. M. (ed.), *Filosofía de la Ciencia en Iberoamérica: Metateoría estructural*, Tecnos, pp. 40-74, Madrid.
- Lorenzano, C. (2012b) "Comment to Minhot 'Reconstrucción semántica de la teoría neurológica de S. Freud'". In Peris-Viñé, L. M. (ed.), *Filosofía de la Ciencia en Iberoamérica: Metateoría estructural*, Tecnos, pp. 174-179, Madrid.
- Lorenzano, C. (2012c) "Una estructura para las artes visuales". En: *Stoa* 3, pp. 223-248.
- Lorenzano, C. (2012d) "A Physicalist Reconstruction of a Theory: The Case of the Freudian Theory of Hysteria". In: Pombo, O., Torres, J. M., Symons, J. and S. Rahman (eds.), *Special Sciences and the Unity of Science*, pp. 233-257, Springer, Dordrecht.
- Lorenzano, C. (2012e) "Estructura y génesis de la teoría humoral de la inmunología". En: *Ágora* 31: 195-224. Madrid.
- Lorenzano, C. (ed.), (2012f), *Historias de la Ciencia Argentina, Vol. IV*, EDUNTREF Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2014). *Estructura y métodos de la ciencia. Escritos actuales de epistemología*. Buenos Aires: el autor. ISBN 978-950-43-2586-4
- Lorenzano, C. (2015a). *Filosofía de la medicina. Epistemología del conocimiento médico*. Buenos Aires: el autor. ISBN 978-950-43-7372-8
- Lorenzano, C. (2015b) "La teoría freudiana de la histeria. Una reconstrucción nominalista". En: *Metatheoria, Revista de Filosofía e Historia de la Ciencia*, 6 (1), pp. 1-20. Buenos Aires.
- Lorenzano, C. (2015c) "The Structure of Know How". En: *Unisinos Journal of Philosophy*, 16 (3), pp. 270-281, Brasil.
- Lorenzano, C. (2016) "La epistemología médica de Claude Bernard". En: *Metatheoria, Revista de Filosofía e Historia de la Ciencia*, 6 (2), pp. 49-63. Buenos Aires.

- Lorenzano, C. (2019a) "Ulises y la literatura". En: *Exploraciones pluralistas: las filosofías de C. Ulises Moulines*, Jose Diez (comp.), Tecnos, Madrid.
- Lorenzano, C. (2019b) "Ernst Saemisch, poeta de la luz y el color". En: *Ernst Saemisch, pintor que oye antología de voces*. Fondo Nacional de las artes y la cultura. México. (escrito y presentado en 1986)

Videos de Teoría del Arte

La interpretación de la obra de arte

Tres videos que integran una única unidad conceptual, en la que se teoriza acerca de la interpretación del arte, su contenido simbólico, en sus condiciones de posibilidad psicológicas y sociales.

Duran en total 6:24 minutos, 7:25 minutos y 9:12 minutos respectivamente.

Se denominan respectivamente, **Más allá de la imagen I, II y III**

<http://www.youtube.com/watch?v=4WFNvg34sXU>

En este video, luego de hacer la crítica a la teoría de la representación en arte se argumenta que el arte atrae no sólo por la imagen que presenta, sino porque a partir de ella el espectador la interpreta, e imagina. Se analizan obras desde esta perspectiva.

http://www.youtube.com/watch?v=M8_iXEdw4_U

En este segundo video, se establecen las condiciones psicológicas de posibilidad de la función simbólica, base de la interpretación del arte, así como las posibilidades que se le abren, sea que se piense que es ilimitada, o que se encuentra anclada en imágenes fundamentales, como lo piensan Freud o Bachelard.

<http://www.youtube.com/watch?v=8ScKDm267n8>

Finalmente, en este tercer video, se exploran los mundos y mitos que construye el arte, así como los relatos que circulan en la sociedad, y que son su condición social de posibilidad. Concluye así el periplo teórico que va desde establecer la importancia central de aquello que la obra de arte despierta en el espectador, su contenido latente, a sus condiciones psicológicas y sociales de posibilidad.

El enigma del arte

Desarrollado en dos videos.

Se narra el encuentro con una técnica de dibujo del surrealismo, que sugiere una teoría del arte, a la que se denominó psicosocial, y que se continúa con un libro del mismo nombre del video, El enigma del arte, editado este año. El proyecto de investigación inquiriere acerca de las condiciones psicológicas y sociales del arte, partiendo de un piagetismo radical, que concibe al psiquismo humano compuesto exclusivamente por estructuras como las que propone Jean Piaget, y al arte como su exteriorización isomorfa sobre un material dado.

1. <https://youtu.be/yNtIJ27waic>

2. <https://youtu.be/hPmuZmelBkA>

La enigmática mirada del arte

En el video se sostiene que: i. la teoría de la representación en arte -y quizás en todo ámbito-, es totalmente errónea ii. aun el más naturalista de los artistas, no muestra el mundo, sino sus propias estructuras -sus específicas Gestalten- forjadas en su desarrollo personal y profesional, en el seno de una sociedad y un campo artístico determinado iii. estas estructuras son la condición de posibilidad de toda obra, de toda percepción, de toda práctica artística y humana En el desarrollo, se justifican estas afirmaciones, desde experiencias psicológicas de la percepción, desarrollo de la imagen según Piaget, técnicas de aprendizaje de dibujo, etc

<https://youtu.be/x3eqPEz5yLw>

Experiencia y. teoridad en las imágenes médicas

Dividido en tres partes porque Youtube no permitía más de 10 minutos, este video desarrolla el conocimiento que portan las imágenes, escasamente tratado en la filosofía de la ciencia.

Se utiliza el diagnóstico por imágenes para mostrar aspectos de la percepción científica que no son estudiados habitualmente. Se explora cómo se adquiere experiencia perceptiva, qué tipo de conocimiento involucra, y las consecuencias que tiene para las nociones de representación y referencia.

1. <https://youtu.be/NqYgwj81WE>

2. <https://youtu.be/qjVzp1tDcl4>

3. <https://youtu.be/DE8hekHcTm4>

EL ARTE CONTEMPORANEO

Contemporary art I: Danto End of history of art

In 1964, Arthur Danto, saw Brillo Box, and in 1984 he stated that, if it can't be distinguished art, from every days objects, this a philosophy problem. Vasari theory of art can't explain it, and therefore can't progress any longer, is ended. We will show that Danto's characterization of progress in mimesis is wrong, and are also mistaken the premises of his arguments. He did not justify the end of history of art. Given the importance of Warhol's work in Danto's theory of art, we will offer a critical analysis of his work, which at the same time transforms the objects of American popular culture into high culture, exposes the dark side of the same culture.

<https://youtu.be/tG3giJPOpr0>

Contemporary art II. Danto and the essences in art

Danto claims that what differentiates a work of art from one is not, is that the former possess an embodied essence, and the essence is what it is about.

He thinks that in the representative art is obvious. It is shown that is not the case in history of art. There are no essences as inmutable interpretations of what they are about. In contemporary art, general public can't see what they about. Danto say that is what critics teaches, or the artists that do if they act as Philosophers. Indeed, Danto thinks that artist in the new art must study in the philosophy schools.

https://youtu.be/nFbLryt_Jrg

Comtemporary art III. Danto and The End of art

In 1984 Danto writes an article, "End of Art", following explicitly the steps of Hegel's writing of the same name. He states that with the work that Andy Warhol exposed in 1964, Brillo Box, the history of the art, and the art we use to know ended. Brillo Box presents a philosophical problem, how to differentiate two objects, one a work of art, and a common one the other, if they are indiscernible from the perceptual point of view. The art that is born then is an art that inquires the concept of art itself, and that we know as contemporary art. Born and born in New York. Art Critics say that the Museums of Contemporary Art, are crowded with people that do not like what they are seeing. It coincides with the end of history, of Francis Fukujama, and the expansion of neoliberalism. Generates important works of art, and others empty, incompressible, banal, or unnecessarily shocking. Danto is mistaken. Art, and its history never ends.

<https://youtu.be/rKMmrBjorDw>

Conversaciones con César Lorenzano presenta esencialmente la compleja vida intelectual de César Lorenzano, médico y filósofo de la ciencia, quien tuvo que exiliarse en México durante la dictadura militar. De regreso a Argentina muchos años después, contribuye a la reconstrucción del país, actuando especialmente en el campo de la educación. *Arte, ciencia y epistemología* puede dividirse en dos grandes territorios. El histórico, que abarca los relatos que van desde su infancia y su abuelos hasta su vida actual, y especialmente el profesional y académico, que involucra además de su formación como médico también el cambio que realizó hacia el campo de la filosofía de la ciencia. En estas conversaciones César Lorenzano se explaya en temas epistemológicos con el ritmo de una charla coloquial y, con la riqueza y paciencia que lo caracterizan, explica con palabras sencillas elaboraciones complejas cual río tumultuoso que llega a destino de un modo claro, transparente y tranquilo.



UNTREF

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE TRES DE FEBRERO